

REVISTA CHILENA

DIRECTOR:

ENRIQUE MATTA VIAL

TOMO X

SANTIAGO DE CHILE

1920

SARMIENTO Y LASTARRIA

*Si ha calzado las botas de nueve leguas,
es natural que levante polvo en la ruta.*

LEOPOLDO LUGONES.

Segundo viaje a Chile de Sarmiento. — Maestro de escuela, empleado de tienda, mayordomo de minas.—Nuevamente en Argentina.—Huye a Santiago donde conoce a Lastarria y Montt.—Redactor de *El Mercurio*.—Una polémica literaria. — En torno al romanticismo.—Cerca de Lastarria.

Cuando, tras el combate de Chacón, el año 31, Facundo Quiroga recobró todo el poder que había perdido en Oncativo, Sarmiento, con los unitarios vencidos, transpuso los Andes y llegó a Chile por segunda vez, mas ésta no como en años anteriores cuando su obligación de empleado movió su planta llevándole hasta Santiago. Pero los amigos de antaño ablandaron ogaño el pan amargo del ostracismo: recibió Sarmiento cordial acogida en los Andes, tras hacer un alto en Putaendo, donde su padre había dejado buenas y firmes relaciones.

Lejos de las luchas de su patria héle allí a Sarmiento perdido en el pueblo andino, entregado de lleno a sus labores de maestro en la escuela municipal, enseñando a escribir y a leer no ya según el rancio método que imponía el deletreo, sino según el sistema silábico. La paz octaviana que le brindaba el poblacho de entonces, no había de serle duradera, porque, tras un altercado con el gobernador, uno de esos clásicos gobernadores de más autoridad que razón, originado por estas sus reformas que hubieron de parecer demasiado audaces, tuvo que



abandonar Los Andes, yendo a vivir dos leguas más lejos, al lugar de Pocuro, donde compartió la atención de un pequeño negocio con las tareas de cierta rudimentaria escuela, para trasladarse luego a Valparaíso que entonces mantenía una fecunda actividad comercial. Fruto de sus primeros diligentes afanes fué el puesto que logró conseguir como empleado en cierto indeterminado negocio, trocando la entonces infamante profesion del maestro por la vara de medir, que le permitió ganar una onza al mes.

Vientos de bonanza comenzaban a soplar del norte del país: los minerales de plata de Chañarcillo parecían prometer la fortuna a quien quiera que se aventurase a ir a recoger. Y Sarmiento, como otros muchos, que en sus horas de privaciones hilaba también largo en su fantasía, puso sus ojos y su voluntad en aquel fácil El Dorado. Chañarcillo le vió primero de peón y bien pronto de mayordomo de minas, un esforzado y verdadero minero, según él mismo lo iba a decir más tarde en sus «Recuerdos de provincias»: «calzaba babucha y escarpín; llevaba calzoncillo azul y algodón listado, engalanando este fondo, a más del consabido gorro colorado, una ancha faja, de donde pendía una bolsa capaz de contener una arróba de azúcar, en la que tenía siempre uno o dos manojos de tabaco tarijeño». ¡Cómo pudo observar y sentir esa ruda vida de campamento, en medio de la pampa árida, en contacto con los rústicos apires y la bravía naturaleza nortea, este argentino fuerte y fiero, que siempre supo abrirse su camino a puñetazo limpio! Allí vió, oyó y sintió el hervor de una existencia que hasta entonces no había gustado: la vida solitaria de la faena en contacto con el minero semibárbaro. En medio de la riqueza que arrojaba la entraña ubérrima, Sarmiento se daba tiempo para escribir y para estudiar rendidamente; su precario aprendizaje de la lengua francesa e inglesa realizó avances positivos, aunque no contaba con otros medios que un mal diccionario, una gramática y algunos libros de escritores modernos.

Entre tanto, la situación en su patria se había modificado grandemente: Facundo Quiroga había sido asesinado en Barranca-Yaco, y Rosas gobernaba sin contrapeso en Buenos Aires. Sarmiento decidió enderezar rumbo a la Argentina, pero, a poco de partir, sufrió un violento ataque cerebral, fruto de

sus largas vigalias, que le tuvo en trance de muerte, llegando aún muy enfermo a San Juan. Sin medios, prematuramente desalentado, sentó, una vez más, plaza de maestro de escuela y bien pronto de tinterillo, pero un tinterillo único, que hubiera podido darle cara y cruz a todos los del gremio por sus conocimientos, que no por sus artimañas, en las cuales no fué un lince pues era demasiado honrado para saber serlo.

Bien pronto su amarga noche de errancias y privaciones va a tener su clara mañana: comenzará a recibir la protección de dos hombres doctos y de corazón, don Antonino Aberastain y don Manuel Quiroga de la Roza, amigo íntimo de Alberdi. Entonces Sarmiento estudia más que nunca; lee sin tregua cuanto cae bajo sus ojos y se improvisa periodista en aquel inolvidable hebdomadario *La Zonda*, vocero y albergue de conspiraciones unitarias, redactado en su casi totalidad por él; hasta que le arrastran a la mazmorra de un calabozo y mientras los ardores de la lucha entre unitarios y federales se hacen más implacables, sus amigos huyen al destierro. Un día la soldadesca enemiga le befa, de cuyas manos logrará ser arrancado para tomar el camino del valle del Zonda y entrar por tercera vez a Chile, no sin estampar a su paso, bajo un escudo de armas, la sentencia de Fortoul: *On ne tue point les idées*.

He aquí, nuevamente, a Sarmiento en tierras transandinas: se encuentra en Santiago sin más amigos que algunos emigrados: don Manuel Quiroga de la Roza y don Domingo de Oro. Nadie le conoce ni ante nadie hace valer las recias aptitudes de su talento. El medio ambiente metropolitano no es tampoco el más propicio para recibir una sorpresa intelectual; se lee poco y se piensa menos: Bello ejerce su magisterio y Lastarria enseña y escribe. Se aproxima la fecha de elección presidencial y con ella comienzan a diseñarse claros síntomas de inquietud política en el ambiente.

Un buen día, un amigo, don José María Núñez, le habla con vivo interés a don Victorino, de cierto emigrado argentino «muy raro, a su parecer, que debía presentarnos;—según ha recordado el propio Lastarria—y por cortesía nos anticipamos a ser presentados a él. Vivía en el departamento del tercer piso de los portales de Sierra Bella, que estaba situado en el ángulo de la calle de Ahumada. Este era un salón cuadrado muy es-

pacioso, al centro una mesita con una silleta de paja y en un rincón una cama pobre y pequeña. A continuación de esta, había una larga fila de cuardenos a la rústica, arrumados en orden, como en un estante, y colocados sobre el suelo enladrillado en el cual no había estera ni alfombra: esos cuadernos eran las entregas del «Diccionario de la Conversación que el emigrado cargaba consigo, como su único tesoro, y que a los pocos días fué nuestro, mediante cuatro onzas de oro, que él recibió como precio, para atender a sus necesidades». Luego esboza Lastarria el animado retrato de Sarmiento, que será imperecedero como sus «Recuerdos literarios»: «El hombre era realmente raro:—dice—sus treinta y dos años de edad parecían sesenta, por su calva frente, sus mejillas carnosas, sueltas y afeitadas, su mirada fija, pero osada, a pesar del apagado brillo de sus ojos, y por todo el conjunto de su cabeza que reposaba en un tronco obeso y casi encorvado. Pero eran tales la viveza y la franqueza de la palabra de aquel joven viejo, que su fisonomía se animaba con los destellos de un gran espíritu, y se hacía simpática e interesante».

Lastarria no tardó en presentir, a través de la palabra cálida y elocuente del emigrado, la vivacidad de su inteligencia, su ya amplia cultura moderna y el liberalismo de sus ideas. Puso desde el primer instante cuánto estuvo de su parte para ayudarle ante todo a vivir no de una merced fácil sino que de algún cargo honroso: «Tanto nos interesó aquel embrión de grande hombre, que tenía el talento de embellecer con la palabra sus formas casi de gaucho, que pronto nos intimamos con él; habiéndole indicado que abriese una escuela para ganar su vida, le ayudamos a fundarla en aquellos mismos departamentos solitarios del tercer piso de los portales, comenzando desde entonces a allanarle el camino para la dirección de la escuela normal de preceptores que tenía en proyecto don Manuel Montt, quien era a la sazón el Ministro que servía de centro a las esperanzas de todos los que anhelábamos por un cambio de política, y por una protección más inteligente y más decidida a la instrucción pública». Poco después don Victorino, que a la sazón mantenía muy cordiales relaciones con don Manuel Montt, en quien, como él más de una vez lo ha recordado, cifraban los liberales sus mejores esperanzas, le presentó a Sar-

miento, dando origen a esa larga y fructífera amistad de la cual nacieron tan positivos beneficios para la instrucción y la cultura nacionales.

Sarmiento había llegado en silencio a Santiago, confiando en poder obtener un buen pasar a fuerza de trabajo, acaso en el periodismo si las circunstancias se presentaban oportunas o bien en el comercio si se ofrecía alguna posibilidad. En su rincón más que modesto, pobrísimo, le había descubierto Rafael Minvielle, «que acertó a encontrarme—según el propio Sarmiento lo recordaba más tarde— en un cuarto desmantelado, debajo del Portal, con una silla y dos cajones vacíos que me servían de cama».

Bien pronto la amistad de Lastarria, el interés de José María Núñez y el afecto de Minvielle prepararon un ambiente de simpatía en torno del hasta entonces inadvertido emigrado. «Un día de Febrero de 1841,—recuerda Lastarria—cuando ya Sarmiento nos contaba entre sus amigos, nos leyó un artículo sobre la victoria de Chacabuco, cuyo aniversario estaba próximo. La pieza nos pareció bien pensada y mejor elaborada, y no vacilamos en enviársela a Rivadeneira, que entonces mantenía *El Mercurio* de Valparaíso sin redacción y viviendo de las correspondencias que sus amigos de Santiago y entre ellas nosotros, le remitíamos de vez en cuando. El artículo de Sarmiento que se publicó en el número del día 12 llamó la atención, y tanto, que Rivadeneira nos escribió comisionándonos para que ofreciéramos al autor treinta pesos por tres o cuatro editoriales en cada semana. Sarmiento vaciló, pero después de ser alentado por los que le apreciábamos, pasó a ser el redactor y el amigo de Rivadeneira, y entonces, dió principio a esa larga vida de diarista en que ha peleado tantas batallas y ha segado tantos laureles como abrojos». De un golpe de pluma, Sarmiento había ganado notoriedad, imponiéndose a propios y extraños. Fué el comienzo de su fortuna y el primero y uno de los más sonados de sus triunfos en Chile.

Sin embargo, la morriña de su tierra, que cada día adivinaba tras los altos picachos andinos, hostigaba su amor propio, hasta que una mañana partió, rumbo a la pampa, alcanzando a llegar hasta la cumbre, de donde volvió a proseguir sus tareas en *El Mercurio* atemorizado ante un grupo de trescientos de

sus compatriotas que, vencidos en el combate de Rodeo del Medio, huían con destino a Santiago. Entre tanto, Rosas dominaba tiránicamente en Buenos Aires y Sarmiento pudo comprender a tiempo que el momento no era oportuno para intentar una aventura suprema en una pasada que podía dar al traste con su vida.

Nuevamente el rudo batallar periodístico preocupará cotidianamente las inquietudes del emigrado: la política, la instrucción pública, el teatro, serán motivos preferentes de sus artículos acerados, que la oposición acogerá como retos y que el Ministro Montt premiará encargándole la dirección de la Escuela Normal de Preceptores, nueva tribuna para la acción docente del educador y del polemista, para el entusiasta lancasteriano que marchaba con el espíritu del siglo en alas de un incontenible viento renovador, que no en balde, según el bello decir de Leopoldo Lugones, si calzaba las botas de nueve leguas, era natural que levantase polvo en la ruta.

Si con un primer reparo escrito con motivo de la publicación del *Canto Elejaco al Incendio de la Compañía*, de Bello, Sarmiento se iba a a concitar la animosidad de la juventud intelectual («creemos y queremos decirlo,—escribió entonces— que predomina en nuestra juventud una especie de encogimiento y cierta pereza de espíritu que le hace malograr las bellas dotes de la naturaleza y la buena y sólida instrucción que ha recibido») con su editorial publicado el 27 de Abril de 1842 en el que comentaba un estudio de don Pedro Fernández Garfias, ex-profesor de gramática castellana en el Instituto Nacional, sobre los *Ejercicios populares de la lengua castellana*, acabó por provocar una serie de ataques desembozados contra él. Sarmiento que, por su cultura y su intuición genial del progreso estaba en realidad sobre el medio conventual del Santiago de 1840, observó en su editorial que son los pueblos y no los tradistas o los escritores quienes dan vida a las lenguas, señaló que la única función de los gramáticos y de las academias es la de codificar en sus diccionarios las nuevas voces y modismos que el pueblo sanciona, y afirmó que la ortografía debe responder a la pronunciación antes que a su etimología.

¿Es posible figurarse la sorpresa que tales audacias debían producir en un ambiente tiranizado aún por la disciplina de la ense-

ñanza de memoria, según los cánones de los más rancios preceptistas, y sobre el cual imperaba sin contrapeso la autoridad del magisterio del docto Bello? Pero Sarmiento jamás se anduvo por las ramas y al pan lo llamaba pan y al vino, vino, al quejarse de nuestra esterilidad literaria: «es la perversidad de los estudios que se hacen, el influjo de los gramáticos, el respeto a los *admirables modelos*, el temor de infringir las reglas, lo que tiene agarrotada la imaginación de los chilenos, lo que hace desperdiciar bellas disposiciones y alientos generosos. No hay espontaneidad, hay una cárcel cuya puerta está guardada por el inflexible culteranismo, que da sin piedad de culatazos al infeliz que se le presenta en toda forma. Pero cambiad de estudios y en lugar de ocuparos de las formas, de la pureza de las palabras, de lo redondeado de las frases, de lo que dijo Cervantes o fray Luis de León, adquirid ideas, de donde quiera que vengan, nutrid nuestro pensamiento con las manifestaciones del pensamiento de los grandes luminares de la época; y cuando sintáis que vuestro pensamiento a su vez se despierta, echad miradas observadoras sobre nuestra patria, sobre el pueblo, las costumbres, las instituciones, las necesidades actuales, y en seguida escribid con amor, con corazón lo que se os alcance, lo que se os antoje, que eso será bueno en el fondo, aunque la forma sea incorrecta; será apasionado, aunque a veces sea inexacto; agrada al lector, aunque rabie Garcilaso; no se parecerá a lo de nadie; pero bueno o malo, será vuestro, nadie os lo disputará». Luego Sarmiento, enderezando la proa de sus ataques hacia una causa más inmediata, aseguraba que la crítica vendrá a su tiempo y que los defectos desaparecerán: «Por lo que a nosotros respecta, si la ley del ostracismo estuviese en uso en nuestra democracia, habríamos pedido a tiempo el destierro de un gran literato que vive entre nosotros, sin otro motivo que serlo demasiado y haber profundizado más allá de lo que nuestra naciente civilización exige, los arcanos del idioma, y de haber hecho gustar a nuestra juventud del estudio de las exterioridades del pensamiento y de las formas en que se desenvuelve en nuestra lengua, con menoscabo de las ideas y la verdadera ilustración. Se lo habríamos mandado a Sicilia, a Salvá y a Hermosilla que con todos sus estudios no es más que un retrógrado absolutista, y lo habríamos aplaudido cuando lo viésemos re-

volcarlo en su propia *cancha*; allá está su puesto, aquí es un anacronismo perjudicial».

¿Quién se hubiera atrevido entonces o se atrevería hoy a embestir de esta guisa contra Bello? Seguramente nadie. Pero Sarmiento no era hombre que temiese a los fantasmas ni a las consagraciones más veneradas: ¡ai de quien se propuso cerrarle el paso o cortarle el recio par de alas que llevaba sobre su espalda! Y don Andrés había sido el primero y más categórico de los impugnadores de los artículos de Sarmiento, desde las columnas del propio *Mercurio*, al ocuparse de los *Ejercicios populares* de Fernández Garfias sin mencionar o aludir al escritor transandino.

Tal fué el comienzo de esta polémica que poco a poco fué enhebrándose hasta dar origen a un verdadero movimiento de renovación, y que Lastarria hace aparecer en sus «Recuerdos» como promovida por su discurso de apertura de la Sociedad Literaria, pronunciado el 3 de Mayo de 1842, cuando el primer artículo de Sarmiento databa del 27 de Abril de ese mismo año.

Indudablemente, el discurso de Lastarria tuvo una señalada significación en aquellos momentos, sobre todo si se toma en cuenta que el ambiente era propicio para un movimiento semejante. La amistad de don Victorino con Sarmiento, sus frecuentes lecturas modernas, la influencia creciente del romanticismo francés, que llegaba hasta él en las obras de Víctor Hugo, cuya representación del «Hernani» había repercutido en todo el mundo, el estudio constante de los ideólogos más avanzados de Europa, todo aquello sacudió el claro espíritu previsor de Lastarria que, con fácil elegancia, había de manifestarse en su hermoso discurso.

Fué esa pieza literaria un manifiesto, moderado y sincero en su forma, pero hondamente revolucionario y justo en el alcance de sus ideas.

Celebraba en él el advenimiento de la paz y de la tranquilidad en la República y pedía ilustración para la democracia, que debe ser expresión de la libertad; repasaba los comienzos de la incipiente literatura nacional y dictaba sabios y prudentes consejos sobre el orden en los conocimientos y el giro que se le ha de dar a la educación si se quiere que ella sea provechosa, aconsejando la imitación moderada: «Hay una literatura que nos

legó la España con su religión divina—decía—con sus pesadas e indigestas leyes, con sus funestas y antisociales preocupaciones. Pero esa literatura no debe ser la nuestra, porque al cortar las cadenas enmohecidas que nos ligaran a la Península, comenzó a tomar otro tinte muy diverso nuestra nacionalidad: *nada hay que obre una mudanza más grande en el hombre que la libertad*, dice Villemain. ¡Qué será pues en los pueblos! Es necesario que desarrollemos nuestra revolución y la sigamos en sus tendencias civilizadoras, en esa marcha peculiar que le da un carácter de todo punto contrario al que nos dictan el gusto, los principios y las tendencias de aquella literatura.

Luego entraba a defender la lengua castellana censurando a quienes se dejaban deslumbrar por los fáciles atractivos de la cultura francesa, hasta llegar a olvidar su propio idioma. Pedía, por fin, que siguiendo la revolución literaria predicada por Francia, que ha emancipado la literatura de las reglas, señalando por divisa la verdad y por oráculo la naturaleza humana, «fundemos, pues, nuestra literatura naciente en la independencia, en la libertad del genio, despreciemos esa crítica menguada que pretende dominarlo todo, sus dictados son las más veces propios para encadenar el entendimiento, sacudamos esas trabas y dejemos volar nuestra fantasía, que es inmensa la naturaleza. No olvidéis con todo que la libertad no existe en la licencia, este es el escollo más peligroso; la libertad no gusta de posarse sino donde está la verdad y la moderación. Así, cuando os digo que nuestra literatura debe fundarse en la independencia del genio, no es mi ánimo inspirar aversión por las reglas del buen gusto, por aquellos preceptos que pueden considerarse como la expresión misma de la naturaleza, de los cuales no es posible desviarse, sin obrar contra la razón, contra la moral y contra todo lo que puede haber de útil y progresivo en la literatura de un pueblo».

Pedía Lastarria independencia y nacionalismo literario, nacionalidad en el sentido de «que tenga una vida propia, en que sea peculiar del pueblo que la posee, conservando fielmente la estampa de su carácter, de ese carácter que reproducirá tanto mejor mientras sea más popular. Finalmente, al rematar su discurso, aconsejaba hacer misión social con las letras escribiendo para el pueblo a fin de ilustrarlo, «combatiendo sus vicios

y fomentando sus virtudes, recordándose sus hechos heroicos, acostumbándole a venerar su religión y sus instituciones».

No se hicieron esperar mucho los comentarios porque, bien pronto un escritor argentino, don Vicente Fidel López, vecindado en Chile desde hacía algún tiempo, publicó un juicio sobre el discurso de Lastarria y los artículos de Sarmiento en la *Gaceta del Comercio* de Valparaíso. Hermosos, bien pensados y mejor escritos fueron los artículos de López; de todos ellos fluía la nota de un duro e intransigente antiespañolismo, porque si España representa la tradición, decía, y su literatura es el espejo de esa tradición, con todo su bagaje de ideas añejas, ¿es posible que su lengua pueda ser un elemento de progreso? «No sabemos—decía López—como combinar estas dos exclusiones, porque creemos que si es cierto que la literatura española es retrógrada y anti-social es imposible que *el habla*, que no solo es el vocabulario sino el estilo y la literatura también, anuncie los progresos de la razón; y aún agregamos que si es cierto lo primero, es claro que el idioma español no ha trabajado con sus instrumentos propios ciencia alguna de las modernas; que las matemáticas, la política, la filosofía, su vocabulario con palabras o modismos que les satisfagan: porque el idioma español en nada ha intervenido en los últimos trabajos que han rehecho de nuevo todas estas ciencias». En su primer artículo López aseguraba que este discurso estaba destinado a imprimirle un impulso libre y progresivo a la literatura chilena; lo clasificaba como un suceso social llegando a decir que su autor era «el primero entre los jóvenes chilenos que ha tocado las cuestiones que debieran ocupar el pensamiento nacional».

El ambiente lugareño de Santiago y Valparaíso, apacible y santurrón, sólo preocupado de los livianos enredos políticos y de las fiestas de la iglesia, no pudo sino interesarse muy por lo vivo con el discurso de Lastarria como con el primer artículo de Sarmiento, que fué en verdad, según sus propias palabras, «un acontecimiento político y literario por aquellos mundos y en aquellos tiempos. La rehabilitación de San Martín y un escritor salieron de ahí; el pasado y el porvenir». Bien ganada notoriedad le concedió en un día, colocando su nombre y su fama sobre muy alto pedestal: «Estaba establecida mi reputación de escritor en Chile, gracias a un magnífico artículo

de entrada en escena, al favor de un Ministro de mucho poder, y a la lisura y franqueza de decir todo lo que le viene a uno al magín y baja a la punta de la pluma, pues que si no es tonto, o demasiado ignorante o fatuo, y con tal que tenga su chispa de ingeniatura, ha de salir bien por fuerza el que tenga las dotes naturales». Pero un éxito tan inesperado, «la infatuación producida por situación tan nueva», según él mismo lo recordó más tarde, le inspiraron audacia que hirieron muy hondo a algunos de sus mismos amigos. Agreguemos que en el aire flotaba olor a pólvora, pues ocurría todo esto en los tiempos en que llegaba la primera oleada del movimiento romántico a Santiago: «Reinaba a la sazón en las aulas de la Universidad, Hermosilla, purista español; enemigo jurado del galicismo, como ferviente adorador de las tres unidades, etc.; y tales enormidades debimos enjaretar, López que no creía en Cervantes, y yo que hallaba a Larra mejor que a Moratín, en favor del drama y de la escuela romántica y contra la gramática, que no pudieron llevarlo con paciencia los que de entendidos se preciaban; y doce literatos, ni uno menos de doce, se pasaron la palabra para vengar tanta afrenta, y produjeron a escote entre los alaridos de la montaña... *El Semanario de Santiago*, con el resuelto propósito de acabar con la cuyana chocarrería y poner a buen recaudo a los tales románticos de allende y de aquende, conservando en su no eclipsada fama a los Moratines y demás plagiarios del empíreo clásico». Contra Sarmiento y López embistieron desde el primer instante todos los chilenos de la primera hora del *Semanario*: Tocornal, Sanfuentes, Lastarria, Juan Bello, Talavera. *El Mercurio*, con frases cumplidas y gentiles, según Sarmiento, escribió más tarde recordando aquella polémica célebre, saludó la aparición de *El Semanario*, asegurando que se hacía esperar «una publicación hebdomadaria, escrita en lenguaje castizo y correcto por la ilustrada juventud chilena»; pero en el segundo número, a uno de los redactores de *El Semanario* se le escapó decir «escritores extranjeros, y aun me parece que famélicos, hablando sin el debido respeto de Víctor Hugo y comparsa romántica». Y aquí fué la de Dios es Cristo: ardió y bien ardidada la Troya que estaba pronta para el incendio: «¡Ira de Dios!—escribió Sarmiento—todavía siento sabrosa la mano que movió aquella vengadora pluma! ¡Qué tunda! ¡Y qué iniquidad a la vez! Figúrense ustedes que ellos

daban el sábado un artículo que había pasado tres veces por la criba, y se publicaba con *licencia de ordinario*, como los antiguos libros, mientras que *El Mercurio* se les dormía desde el lunes de una pieza hasta el sábado, que salía el nuevo número de *El Semanario*, ya todo acontecido y abollado, y con el brazo en guardia para los nuevos zurriagazos que se aguardaba. *El Mercurio* era una especie de revólver, tum... tum... tum... seis tiros a la semana».

La algarada subió de punto y los ánimos se apasionaron más de lo necesario, porque la polémica comenzó a tomar un giro abiertamente ofensivo. ¿No recordaba Sarmiento, ocho lustros más tarde, que un día llegó hasta *El Mercurio* uno de los Vial a decirle, de parte de don Manuel Montt, que si estaba en su juicio porque «las piedras bailan en las calles»? (1).

1) En su carta a Lastarria, que éste publicó en sus «Recuerdos», le decía Sarmiento: «Por otra parte, ¿creen que ignoro que un gran número de jóvenes de los redactores, usan en sus conversaciones las expresiones más ofensivas y más irritantes contra mí? Ignoro que por todas partes se habla de mi *ignorancia*, de mi puro *charlatanismo*, de lo preocupado que estoy de mi mérito y del desprecio que merecen mis ideas, mi lenguaje y mis escritos? ¿Creen que ignoro, que se martillean versos para llamarme escritor estafalario; que se afecta un menosprecio, y se ceban en un odio encarnizado, y que ni aun se dignarán contestarme? Creen, pues, que es posible que un hombre siempre tolere, sufra y se calle, aunque se sienta ya tomado de los cabellos, para arrastrarlo por el fango; para concitarle el desprecio general; para hacerlo pasar plaza de un miserable charlatán e ignorante? Pero yo no me someteré voluntariamente a las humillaciones que me deparan. Preocupado de estas ideas, he entrado a combatir el artículo *romanticismo*; no por la cuestión literaria, sino por lo que a mi reputación, que quieren ajar, va en ello; y resuelto a defenderme me he propuesto herir de muerte, sin piedad, sin mesura, usando de las mismas armas que de palabra y por escrito han usado contra mí. ¿Se habla de *charlatanismo*, de *presunción*, de *ignorancia*? Yo haré, si puedo, caer esos dardos sobre otras cabezas que la mía, y si no puedo, me someteré vencido, pero no humildemente. ¿Les duele cuando hiero el amor propio de los que escriben? Ah! juzguen entonces, quién deberá sufrir más, si ellos que están en su terreno, y que son muchos, o yo que soy solo y a quien se intenta humillar a cada momento con las palabras que he citado y con la de extranjero; yo, que necesito para lavarme de esta última mancha tener algún título a la consideración pública; yo, que necesito de una pequeña reputación como una propiedad útil!

¿Están esos jóvenes persuadidos, en efecto, de que soy un miserable charlatán, un *copista*, como dicen, un ignorante? Pues bien, los desengañaré hasta donde pueda, o se convencerán de su desacierto. Que escriban sobre cosas especulativas».

¿No recordaba, también, Sarmiento que una vez le escribió a Rivadeneira pidiéndole por gracia que suprimiera tal o cual frase en su último artículo y que el escritor granadino don Juan García del Río, a la sazón en Valparaíso, intervino enérgicamente pidiendo que no se tocara el manuscrito, «pues yo cargo con la responsabilidad de conservarlo tal como está»? ¿No aprovechó también, el implacable Sarmiento, la llegada, por esos días a Santiago, del libro *Les animaux peints par eux mêmes*, en el que a guisa de prólogo se habla de un congreso de animales en el que la oposición la forman los carnívoros, la derecha los sostenedores de todos los gobiernos constitucionales, desde el buey, el carnero, el camello y toda la gente cornuda y de pesebre; y la parte baja, la canalla sin opinión propia, *le ventre*, los reptiles, tortugas, sapos, culebras, mientras la zorra aparece en el centro a fin de no comprometerse; no aprovechó esa fantasía de buen humor, para agregarle un capítulo especial en que pintaba a ciertos literatos hostiles y refería la historia del gallo, bípedo célebre definido por Aristóteles, emblema del valor, compañero de Esculapio, que le cantó tres veces a Pedro cuando hubo negado a Cristo, que es francés, de donde gallus, galo, galico, galicismo? Pero hay gallo de gallos, argüía Sarmiento: «El gallo que vino a América, decía el cuento, llamado gallo castellano, viste de jerga gris, como padre franciscano. Llámanles brutos a sus descendientes para distinguirlos del gallo inglés, que llaman fino por ser extranjero. A Chile le habían introducido recientemente algunos pollos mestizos, que no eran tan castizos como los brutos refinados del país, y por tanto no hablaban tan bien el castellano». Terminaba Sarmiento su alusión asegurando que si se promoviese un certamen sobre lenguaje, el polluelo extranjero, haciendo de tripas corazón, cantaría su *ki, ki, ri kiiii*, provocando la risa, mientras la «jaca castellana despaturrada» entonase *Chriiiiis . . . to . . . na . . . cíooooo!!!* y arrancando aplausos: «Don Andrés Bello, recordaba Sarmiento, al evocar lo anterior aplaudía como el golpe maestro de la composición la *h* del Cristo, sin la cual el *Cristo nació* que oyen las comadres, el canto del gallo pierde su significado tradicional. Lastarria se pasa a nuestras filas con armas y bagajes, y la polémica toma nuevas formas».

En efecto, aunque la alusión era cruda, la verdad andaba

de parte de los emigrados: primero Lastarria y luego otros de los escritores chilenos, comprendieron que la razón estaba de parte de Sarmiento, que él representaba en ese instante el espíritu del siglo, la novedad y la libertad en arte. Con razón escribió más tarde Sarmiento: «La verdad es que hicimos muchísimo bien a Chile, despertando a la juventud, iniciando mejoras, creando diarios, escribiendo; y escribiendo cosas buenas, hijas de esa misma exaltación febril del espíritu, como se ve en el *Facundo*, en la *Oración* a Casacuberta, y en cien artículos de la prensa de diversas plumas, que llevaban la aceptación hasta Bolivia, residencia de Mitre, Frías, Paunero; hasta el Perú, donde tomaban interés todas las gentes de letras en aquellos debates».

Corren los días y Luego Lastarria, aunque no lo dice en sus «Recuerdos literarios», acepta las ideas de progreso artístico sustentadas por Sarmiento: de esta manera, los que comenzaron impugnando al emigrado terminaron por estar de su parte decididamente, mientras en la oposición formaban los conservadores y los partidarios de don Andrés Bello.

En adelante, Lastarria será camarada de Sarmiento. Bien se va a llevar esa mutua confraternidad en dos espíritus tan recios y tan altos, aunque no ha de ser de larga y pacífica duración.

Ya Sarmiento no estaba solo con sus coterráneos: les comenzaba a unir un interés análogo aunque se interpusiese entre ellos, por el respeto que don Victorino tenía por ella, la figura venerada de don Andrés Bello. Porque en más de una ocasión las saetas fueron disparadas contra la severa figura de don Andrés Bello: primeramente cuando Sarmiento pedía el ostracismo del director de aquellos estudios, aunque más tarde retirase la intención de ese juicio, y luego cuando López hablaba de «haber sentido las bases de ese discurso y de esa sociedad de un modo neto y claro, sin necesidad de haber escrito tomos sobre los griegos y los romanos y otros *disparates* como éstos».

Los resultados de las impugnaciones de los escritores argentinos no se habían hecho esperar, pues teniéndose por ofendido el honor nacional con el hecho de que los argentinos apoyaran la reforma que Lastarria había promovido y que se dijera que el peluconismo tenía no poca parte de culpa en la falta de pro-

ducción literaria, surgió un interesante movimiento intelectual cuyas obras fueron la mejor prueba de que el espíritu nacional solamente estaba adormecido, aguardando la varilla mágica que había de despertarlo. Entonces aparece *El Semanario*, en torno del cual se congregan los jóvenes de la Sociedad literaria: los dos Bilbao, Manuel y Francisco, Francisco Astaburuaga, Jacinto Chacón, Juan Espejo, J. M. Hurtado, Hermógenes Irisarri, Eusebio Lillo, Santiago Lindsay, F. de P. Matta, Anacleto Montt, J. A. y Ramón F. Ovalle, Javier Rengifo, Domingo Santa María, no pocos de los discípulos y adeptos de don Andrés Bello, como don Salvador Sanfuentes, José Joaquín Vallejos, Francisco Bello, a quienes el sabio venezolano decidió a tomar parte en la confección de la revista. Días antes de aparecer *El Semanario*, ha recordado don Victorino que le aconsejaba don Andrés, «no hiciéramos un periódico exclusivo, de una sola doctrina literaria, de un partido; porque debíamos aparecer todos unidos, cuando nuestro primer deber era vindicar nuestro honor literario, demostrar nuestro común progreso intelectual y afirmarlo; porque el movimiento iniciado por nuestro discurso podía así ser bien servido, sin sublevar recelos, sin enajenarnos el apoyo y la cooperación de todas las inteligencias distinguidas»; consejo que siguieron rigurosamente dando pruebas de una moderación que sólo se había de entubiar con las alusiones de un artículo literario. Fué así como al aparecer el segundo número de *El Semanario* y con motivo de un trabajo de don Salvador Sanfuentes dedicado al Romanticismo, en que aludía a un artículo de don Vicente Fidel López sobre el romanticismo y clasicismo, para impugnar sus ideas; y después de una carta escrita a mi amigo por don José Joaquín Vallejo, en la que se burlaba «de esta moda que es la más barata que nos ha venido de Europa, con escala en San Andrés del Río de la Plata, donde la recibieron con los brazos abiertos las *intelectualidades* nacionales», en la que desafiaba, además, al mencionado amigo, a que se preparase a recibir el sacramento de esa penitencia, leyendo el artículo de López y rogándole que le avisara «si el castellano en que está escrito es el castellano que nosotros hablamos, o es otro castellano recién llegado; porque ¡juro a Dios! que aquí no hemos podido meterle el diente, aunque al efecto se hizo junta de lengua-

ces», se suscitó esa sabrosa polémica entre clásicos y románticos que había de contribuir eficazmente a despertar un vivo interés por el naciente movimiento literario, ya que una vez más, como había sucedido antes cuando el discurso de Lastarria, saltó Sarmiento a la palestra con uno de esos artículos de polémica en que tundía a golpe de pluma a su adversario, concediéndoles toda la razón a los jóvenes iconoclastas que hacían del romanticismo una enseña de libertad: «Puesto que los proverbios sirven de reglas literarias,—decía el autor de «Facundo»—haremos presente que no nos hemos olvidado de aquel otro, el que dice lo que quiere oye lo que no quiere. Con que, digan no más, que estamos esperando ver por dónde revienta esa apotegma. ¿Desprecios y desdenes? ¡Buf! ese es nuestro plato favorito! ¿Raciocinios, ideas, luces? Las analizaremos. ¿Faltas de lenguaje? Tanto mejor, les probaremos que no conocen de la misa la media en filosofía de lenguaje; que no tienen estilo propio, que no lo han de tener jamás, y que, mientras ellos pretenden representar la literatura nacional, no se ha de ver una chispa de pensamiento, ni de la espontaneidad. Puede ser que cuando les hayamos batido bien el cobre, y hayan pasado los arrebatos y acaloramientos de una polémica literaria, entremos con la calma de la razón a manifestar cómo esos estudios podridos que llaman clásicos, y que no son más que atrasados, influyen en las opiniones del público y de los que piensan en el porvenir del país; cómo la falta de filosofía en los estudios, es decir, de aquella filosofía que tiene por definición «la filosofía es la ciencia de la vida», de aquella filosofía que estudia la historia, la humanidad y la marcha de la civilización, influye en las opiniones y se refleja en las tendencias de los partidos, en la dirección de la política. Mostraremos por qué esa juventud tiene el corazón helado para todo sentimiento de libertad, sin ataque de personas; por qué no simpatiza con la causa de los principios liberales; por qué no se mueve por ellos, por qué no vive de nada, ni representa nada; por qué hace farsa de las loquerías de San Andrés del Plata, donde los principios que ella representa juegan a la chueca con cabezas humanas. Entonces veremos en nombre de quién se ha levantado la inquisición política, y ahogado en sangre las luces, la libertad, la moda, el romanticismo y todas esas bagatelas. Es-

criban otro artículo de romanticismo y vean en seguida adonde se sientan».

Este artículo de Sarmiento produjo la dolorosa desgarradura de un golpe de florete tirado a fondo a lo más delicado de nuestra pacata sensibilidad de entonces: Sanfuentes y con él casi todos los redactores de *El Semanario*, se sintieron heridos ante aquel ataque brusco y rudo del sagitario argentino, ataque que más que un reto de la pluma parecía un bien seguro mazazo. La vida de *El Semanario* corría riesgos de peligrar si se extremaban ataques tan directos y crudos y el directorio de la revista acordó que se publicara una contestación en la que Antonio García Reyes pondría fin a la polémica con un artículo; pero, como quiera que éste no era menos violento que López o Sarmiento, enderezó una respuesta durísima contra este último, asegurando que *El Semanario* seguiría su camino y, cuando saliese a la palestra un caballero, le daría una contestación atenta y cuando el impugnador fuese «un hombre de cancha, se desdeñará de combatir con él». En el cuarto número de la revista se dió a la estampa esta contestación y antes que produjese el efecto que era de esperar en el ánimo de Sarmiento, Lastarria le encontró una noche: «tuvimos con él—dice—una ardiente entrevista, en la cual, sin faltar a la amistad que manteníamos, le hicimos enérgicas recomendaciones y le llamamos a la razón». La influencia del amigo pudo más en el autor de «Facundo» que su amor propio lastimado, contentándose solamente con poner punto final a la polémica en un editorial tranquilo de *El Mercurio*, en que aludía al artículo de García Reyes, en tono de chanza, y en una carta dirigida a Lastarria, que constituye el más ardiente y sincero desahogo de ese temperamento de excepcion: «¿Les duele—le escribía—cuando hiero el amor propio de los que escriben? ¡Ah! juzguen entonces, quien deberá sufrir más, si ellos que están en su terreno, y que son muchos, o yo que soy sólo y a quien se intenta humillar a cada momento con las palabras que he citado y con la de extranjero; yo que necesito para lavarme de esta última mancha tener algún título a la consideración pública; yo que necesito de una pequeña reputación como una propiedad útil!».

Poco más de medio año duró *El Semanario* y en sus páginas se ventilaron los más interesantes problemas de la época y se

estimuló altamente el movimiento literario; su muerte debióse a las dificultades pecuniarias que exigía su mantención y al hecho de haber aparecido a fines del año 42 un gran diario, *El Progreso*, en cuyos fines cabían los propósitos de *El Semanario*.

La mejor parte de este movimiento, casi toda esta viva acción cultural, se le debe a Lastarria, péseles a cuantos han pretendido silenciarle o negarle. Sin su interés para constituir la Sociedad Literaria, que presidió; sin la acción constante en sus clases desde 1837; sin su ascendiente sobre los jóvenes; sin su discurso, que promovió tan ardientes opiniones; sin su actividad para fundar *El Semanario*; sin la amistad con don Andrés Bello, que le ganó el concurso de Sanfuentes, Vallejo y de su hijo Francisco; sin su amistad con los emigrados argentinos; sin su actividad, su entusiasmo, su gusto, su cultura, su prestigio ¿acaso se habría realizado todo lo que se hizo y cuánto se iba a hacer más adelante? ¿Qué habría sido, sin Lastarria, del brillante certamen que celebró la Sociedad Literaria en 1842 para estimular a los jóvenes que lucían sus primeras armas en las letras y en el que el propio don Victorino fué el vocero del triunfo y en el que salieron vencedores cuatro niños, más tarde ilustres?

Lastarria no sólo dirigió a los jóvenes, infundiéndoles el alto ejemplo de su entusiasmo, sino que fué para ellos algo más que un maestro y un amigo; les enseñó el gusto por la literatura, el cuidado por los buenos modelos y las excelencias del estilo. Su cátedra de Derecho Público pasó a ser algo más que una tribuna desde la cual ejerció una fecunda acción cultural y política: fué el refugio del maestro, la «Civitas Dei» del ideólogo, en torno de la cual despertaba la actividad de toda elevación espiritual con el inquieto bordoneo que anuncia toda acción fecunda, tal en el amanecer de una colmena y antes que las diligentes obreras tiendan el vuelo. No importa que vayan contra las costumbres, ni que riñan en sus hogares si se les moteja de atrevidos; el apostolado de las letras les otorgará compensaciones más altas que las mezquinas reyertas de los envidiosos y de los civiles. Lastarria es un apóstol ante ellos, porque se les aparece con el amor y el dón del sacrificio. Los frutos no se hacen esperar: sus clases de Derecho Político, su acción constante en los cenáculos, en la amistad, en el libro, anticipan las audacias de quienes como Francisco Bilbao intentan el primer

golpe de picota contra los cimientos de la rancia sociabilidad del año 44, que prolonga la santa quietud de la colonia. ¡Pero también Francisco Bilbao había sido alumno de don Andrés Bello!

¡Qué luchas, qué polémicas fueron aquellas! ¡Cuánto ardor y cuánta pasión pusieron en sus zurriagazos los del bando transandino y los del lado chileno! Y si la sangre jamás llegó al río, las palabras, en cambio, fueron más cortantes que hojas toledanas y más agudas que estiletos de Florencia. ¿No recordó el propio Sarmiento aquellas polémicas, treinta y nueve años más tarde, en uno de sus sueltos y livianos artículos, publicado en la *Nueva Revista de Buenos Aires*? «Ah! no sé cómo no me morí esos días a fuerza de sustos! Y sin embargo, lo que son las cosas de este mundo! Al tercer día estaba furioso todo Santiago; al cuarto empezaba a aburrirse de estar enojado; al quinto una ligera sonrisa desarrugó algunos mustios y sañudos semblantes, y tantas desvergüenzas les dijo a los literatos chilenos *El Mercurio*, y tan bien fundadas eran sus razones, que el público sensato acabó por reirse, y cuando *les rieurs* están de vuestro lado, el pleito está ganado».

Pero, en lo más íntimo de su amor propio Sarmiento estaba profundamente herido: se había visto el blanco de los odios más violentos y si es cierto que la polémica sobre el romanticismo había comenzado sobre una cuestión gramatical, luego tuvo ribetes personales, aguzándose la causticidad hiriente hasta rayar, más de una vez, en el insulto. Don Victorino, que había comenzado combatiendo a Sarmiento desde *El Semanario*, acabó por ser su mejor amigo y su más leal aliado. ¿No lo recordaba el propio Lastarria al transcribir en sus «Recuerdos Literarios» la carta siguiente de Sarmiento?: «Hace mucho tiempo que he renunciado a la amistad de la juventud ilustrada de Santiago. Sea que no me hayan creído digno de merecerla, sea que yo no he justificado título alguno para aspirar a ella, sea, en fin, que la reconcentración de mis hábitos de vida no hayan dado lugar para que tales relaciones se estableciesen, lo cierto es que no he contado entre la juventud inteligente con otro amigo que usted, que tuviese motivos de creer sincero al menos. Usted, pues, que me ha tratado de cerca, ha podido juzgar, si no me engaño, de la pureza de mi corazón,—y de mis

cordiales simpatías por la juventud chilena y los intereses liberales del país».

Entre tanto, el tiempo y los acontecimientos políticos comenzaron a cambiar y con ellos a alejarse Sarmiento de los amigos que había conquistado tras la áspera polémica. El partido conservador dominaba en el poder haciendo sentir su autoridad duramente: Francisco Bilbao acababa de ser condenado tras la publicación de la *Sociabilidad Chilena* y los pocos que sustentaban el credo de las nuevas ideas, defendiendo la independencia del espíritu, se veían obligados a pagar bien caras sus audacias, primero con el aislamiento y luego con las amenazas. Después de la pasiva tolerancia con que había sido aceptada la acusación contra Bilbao, el partido pelucón cobró más seguros arrestos para acabar con toda iniciativa liberal y ahogar el naciente movimiento intelectual. La Universidad y la Corte Suprema, en la condena de Bilbao, acababan de anticipar una saludable advertencia para cuantos intentasen seguir sus mismas aguas. Lastarria, celoso defensor de toda necesaria reforma democrática, no hacía sino alejarse del Gobierno, mientras Sarmiento se apegaba más y más a él o más bien dicho a Montt, que era el alma misma del Ministerio. Los elementos liberales estaban dispersos, mientras la reacción conservadora ganaba terreno. Poco más tarde, al iniciarse el segundo período presidencial del Presidente Bulnes, las cosas iban a cambiar momentáneamente, alejando a los conservadores del Gobierno, pero, mientras tanto, a fines del año 43, sucedía lo contrario.

Sarmiento se había alejado de *El Mercurio* para hacerse cargo de *El Progreso*, órgano que contaba con el apoyo decidido del Gobierno. Bien comprendió Rivadeneira que el apasionado Sarmiento era demasiado procaz para convenirle al frente de la redacción de *El Mercurio*: ¿no reconocía esto el propio autor de «Facundo», cuando le decía a Lastarria en una carta: «quiero al país porque en él he sido feliz, y quiero a una docena de amigos porque vivo entre ellos y me estiman y aprecian; pero apenas tomo la pluma hago un disparate».

Lastarria y con él los jóvenes liberales, entre tanto, Juan Nepomuceno Espejo, Santiago Urzúa, F. de P. Matta, se habían asilado en *El Siglo*, diario que era en cierto modo la pro-

longación de *El Crepúsculo*, muerto tras la condena de Bilbao, que en sus columnas había publicado su *Sociabilidad Chilena*.

Matta, como Francisco Bilbao, era uno de los jóvenes que, por aquellos años, contaba con una preparación intelectual más acabada: gran lector de Vico y Michelet era un buen hermano espiritual del autor de la *Sociabilidad Chilena*. Como escritor político dejó en la prensa de entonces jugosas pruebas de su claro talento. Más que un liberal era un ecléctico en política que, en más de una ocasión, según lo ha recordado Lastarria, combatió ardientemente a los liberales cuando trataban de organizar un partido. ¿Acaso toda su doctrina no era un eco de la filosofía fatalista que había bebido en las obras de sus maestros?

Juan Nepomuceno Espejo, por la inversa, tenía una instrucción exclusivamente política y era un convencido defensor de toda reforma democrática. Antes que un intelectual era un intuitivo con cierta romántica suficiencia. Fué el más sañudo enemigo de los emigrados argentinos, sobre todo, cuando estos se plegaron decididamente del lado del Gobierno.

Espejo y Santiago Urzúa habían fundado *El Siglo* en Abril del 44 y cuando se diseñó abiertamente la campaña para organizar el partido liberal, lo tomó a su cargo Lastarria, desde cuyas columnas inició pronto una reñida campaña en bien de la reforma democrática.

No trascurrió mucho tiempo sin que tuvieran que chocar con Sarmiento los redactores de *El Progreso*. El escozor de la polémica sobre la gramática y el romanticismo mantenía las brasas vivas del encono bajo la aparente ceniza de la indiferencia. Al publicar *El Mercurio* las impresiones de viaje de Alberdi, *El Siglo* habló de «bagatelas que olían a nada», aguzando una vez más el rencor contra los argentinos. No tardó *El Progreso* en recoger el guante del desafío. El 13 de Mayo de 1844, todo el editorial de *El Siglo* apareció dedicado a sustentar el manifiesto de las aspiraciones liberales, impugnando abiertamente las ideas de *El Progreso* que, a su vez, no perdonaba ocasión de zaherir a aquel: «Digan lo que quieran, *El Siglo* representa las ideas de reforma, de sociabilidad, mientras que *El Progreso* no representa nada de lo nuevo; él se ha constituido en pasado para nosotros, y bajo este aspecto es que siempre le hacemos

una guerra honrosa, guerra de ideas, de moralidad, de civilización! Allá no se aviene mal que el joven luche con el viejo; bien puede compensarse lo «niño del Siglo» con lo «calvo de *El Progreso*».

La alusión a Sarmiento era harto directa y harto hiriente para que éste no hubiera de saltar como herido por el acerado filo de un estilete. En efecto, dos días después, bajo el título de *¡¡Gruesa avería!!* podía leerse lo siguiente en el segundo editorial de *El Progreso*: «*El Siglo* empieza a hacer agua, según lo afañado que se ve a su equipaje en calafatear el acribillado casco. Ya van tres artículos de carena; el del lunes es el de más seria reparación que ha aparecido. Esta vez nos han puesto la quilla de costado para tapar los agujeros. Es lástima que no bien salida del astillero la barquilla *Siglo*, se haya inutilizado. ¿Pero qué otra cosa debía esperarse? Navegar sin lastre, sin piloto, con una tripulación bisoña y alborotadiza, que no conoce los mares, que toma los arreboles del horizonte, por costas floridas y dirige la proa en medio de la obscura noche, sin respeto a los escollos que erizan el proceloso mar por donde boga». El editorial, a vuelta de otras consideraciones, terminaba con las siguientes palabras: «*Segunda época de El Siglo*. Van sin timón... sin guía... La razón y el sentido común quedan olvidados en el puerto. ¡Dios te ayude, y te saque a buen puerto, graciosa Barquilla!».

Fué este artículo la palabra que faltaba para que hiciese irrupción el procaz insulto. Acaso Sarmiento los había herido muy por lo hondo, en lo más íntimo de su amor propio, porque el 18 de Mayo podía leerse en *El Siglo* el siguiente aviso: «Los birlocheros que deseen comprar un buen surtido de caballos cuyanos, con todas sus cualidades características, y además educados por un método moderno, bajo la dirección de un cuyano altamente civilizado, pueden pasar al *Progreso* que allí encontrarán con quien tratar. Tienen, además, la ventaja de saber leer y escribir por la ortografía americana, redactada con gloria y honor por Monsieur Sarmiento o maese, como lo llaman *El Progreso*. Corren, como ningunos, para atrás y para delante: relinchan con la maestría que hablan y escriben sus compatriotas loros, y en fin, son buenos animalejos hasta para tirar carretas cargadas con todo lo más pesado que produce la República Argentina. Sus escritores.»

La ofensa había partido de los chilenos, fuerza es reconocerlo, en honor de Sarmiento: con ello acaso querían vengar los denuestos que éste había prodigado en la polémica del año 42. Pero Sarmiento no era hombre de dejarse amilanar por nadie. Serena y enérgicamente les replicó con la siguiente carta dirigida a su diario, que pedía insertar en forma de aviso: «Señores E. E. del *Progreso*: Sírvanse ustedes reproducir por cuatro días consecutivos, el aviso con que el señor don Juan Nepomuceno Espejo me ha favorecido en el *Siglo*. Hay cosas a que no debè replicarse, y personas a quienes sería demasía prometerse ni justicia, ni mesura. Están hechos así, y ya no es tiempo de que se limen. En cuanto al juicio que el señor Espejo hace sobre la ortografía americana, como el de cualquiera otro de mis pobres trabajos literarios, es el mismo a que ya me ha acostumbrado la prensa. Mi nombre no ha sonado nunca en ella, sino bien adobado de vejaciones y de injurias. Esto seguirá siempre, y no hay motivo de quejarse.—Domingo F. Sarmiento».

Cuatro días consecutivos se publicó, en efecto, esta carta y entonces la sangre llegó al río: Juan Nepomuceno Espejo que era, de entre los redactores de *El Siglo*, el más intemperante y apasionado, no aguardó más tiempo y, el mismo día, agredió a Sarmiento, al salir de la casa de *El Progreso*. Fué impetuoso aquel en el pugilato y prudente éste: los mojicones no hicieron sino exacerbar tal enemistad y dividir más y más a los dos bandos, poco antes cordiales.

Al día siguiente de la reyerta, aparecía en *El Siglo* una carta de Espejo, en la que decía a Sarmiento que si se había publicado el aviso del día 18, la culpa era suya, puesto que no se hizo otra cosa que corresponder a sus constantes ataques: «Léase un número cualquiera de *El Progreso*, desde la aparición de *El Siglo* y júzguesenos como se quiera, si en la mayor parte de ellos no se suscitan enconos y resentimientos particulares; si en todos ellos no aparece un redactor escribiendo con veneno en lugar de tinta y cifrando toda su gloria como escritor, en perjudicar de todas maneras a los que conspiran hacer algo por el bien de su patria. Y procediendo con la ligereza del señor Sarmiento, ¿no podría decir que este redactor es don Domingo Faustino Sarmiento? ¿No podrán hasta llegar a asegurarlo con la opinión casi general y antecedentes más claros?». Toda la carta

seguía en este tono, ya más conciliador y tranquilo, porque tras la tempestad comenzaba a apuntar un rayo de sol en aquel cielo tempestuoso. *El Siglo*, consagraba su editorial del jueves 23 de Mayo a poner punto final a la cuestión, desde su columna editorial: «*El Siglo*, siempre con el empeño de aparecer ante el público más decente y generoso que *El Progreso*, abandona desde hoy la escandalosa polémica a que ha dado lugar este diario en sus artículos, más que personales, groseros». Luego, queriendo echar al olvido lo pasado, y buscando una reconciliación caballerosa, terminaba: «Hemos patentizado la impotencia del que escribe, pero no hemos buscado como un resorte de ataque la nación del escritor. Marche, pues, *El Progreso*, en paz y en orden, cuide de la *moralidad* de sus *redactores*, y entonces obtendrá la más completa absolución de *El Siglo*; aún mas, se dirá su amigo y compañero».

Entre tanto ¿cuál era la actitud de Lastarria, amigo de Sarmiento y cabeza visible y responsable de *El Siglo*? Don Victorino se encontraba en *El Siglo* entre sus mejores amigos, haciendo desde sus columnas «la oposición más decente, más noble y más leal que jamás se haya hecho al Gobierno de Chile: ese diario cuya divisa era *Bulnes sin Montt*, atacaba francamente un orden de ideas opuesto al nuestro, sin tocar jamás a las personas, sino en cuanto representaban esas ideas».

También los rayos del Júpiter argentino habían alcanzado hasta don Victorino, que en su orgullo y en su amor propio era un pararrayos celeste, capaz de desafiar las más altas iras del cielo. Apenas se habían cambiado los primeros ataques entre los redactores de *El Siglo* y *El Progreso*, Sarmiento le enderezaba la siguiente carta a Lastarria: «Muy señor mío: No deseo explicaciones de parte de usted y no estoy dispuesto a darlas tampoco. Como usted no ha podido estorbar que *El Siglo* me injurie, me eche en cara que soy asalariado y extranjero, no obstante habérmelo prometido, y como no se quién escribe en él, sino que usted es el dueño de la imprenta para su negocio, y para su elevación política; me dirigiré a usted siempre que quiera desbaratar los hipócritas ataques de su diario, y descubriré al público los motivos puramente personales que usted tenga para llevar un diario. Esta prevención le indicará a usted que toda armonía e inteligencia entre am-

bos ha cesado, y que no quiero ser el juguete de usted o sus órganos. Quedo de usted.—*Sarmiento*». Al pie de esta misma carta, que hemos tenido a la vista entre los originales del Archivo íntimo de Lastarria, aparece escrita, de puño y letra de don Victorino, la siguiente contestación: «Señor Sarmiento: Acuso recibo de la declaración de guerra que usted me hace, previniéndole que no sufriré de usted ofensa ninguna contra mi honor.—*Lastarria*». Luego, en la misma carilla descolorida, también escrita por el propio Lastarria, se lee el siguiente llamado aclaratorio respecto de la afirmación de Sarmiento sobre la promesa de que no se le insultaría en *El Siglo*: «El conspirador, deseoso de regularizar las discusiones de la prensa prometió al señor Sarmiento que *El Siglo* no le insultaría, mientras este señor no insultara a los redactores de este diario: ha hecho lo posible por guardar su promesa, pero como no le era dado forzar a *El Siglo* a que sufriese los epítetos de *miserable*, *cínico* y otros con que le regala el señor Sarmiento, le dejó usar de represalias, ¿y qué hacer? Quiere el señor Sarmiento que los redactores de *El Siglo* sean tan cínicos que se lleven sufriendole con paciencia toda la vida. El conspirador se cree relevado de su compromiso».

Pero trascurrieron los años: el tiempo es el más evangélico perdonador de las injurias. Sarmiento partió de Chile un día recordando con gratitud a sus buenos amigos de Santiago y hasta a aquellos que fueron sus enemigos de un momento y de una circunstancia. La interrumpida amistad con Lastarria fué reanudada para no quebrantarse jamás. Cada cierto tiempo, Sarmiento le escribía: primero en 1852, para agradecerle el envío de su «Historia Constitucional de Medio Siglo», y decirle que se encuentra en un estado de perfecta *volte face*, de revolución en sus ideas: educado en la escuela francesa ha visto con dolor que los hechos han fallado y la doctrina también: «Hacer la historia de las evoluciones parlamentarias de la Europa, es hacer la necrología de todas las verdades por que hemos combatido. Los golpes de Estado, las constituciones de *par la armée*, son el fruto de aquella escuela, y la reacción que nos invade por todas partes. Ahora y desde estos últimos años me he vuelto a otro sol que no se eclipsa, que ninguna nube oculta: los Estados Unidos. Como teoría, como hecho práctico, como poder,

como influencia, como porvenir, por todos aspectos la democracia allí la encuentro fuerte, consistente consigo misma, y dominante aun como hecho. Pero ¿cómo hacer entrar en nuestro modo de ser aquel sistema de gobierno, cuyo mérito consiste en ser fruto y realización de las simples nociones del buen sentido? Por lo que a Chile respecta, lo veo alejarse más y más de aquel camino, acaso porque se siente hoy más que nunca solicitado a dirigirse hacia él. Yo me he encerrado hoy en el *Monitor de las Escuelas Primarias* desde donde predico la democracia para Chile. Nada más puedo».

Poco más tarde, en carta sin fecha y sin referencia del lugar en que fué escrita, Sarmiento le dice a don Victorino, a vuelta de otras razones y en tono perfectamente familiar: «Educación, inmigración, morera, libros de instrucción, no dejar impúnemente desenvolverse la influencia de Rosas; proteger a los inmigrados en Chile, he aquí lo que yo subministraré. La política no tiene costado por donde interesarme. Escíbeme pues, y para un mal que puede hacerse grave. Yo lucharé contra viento y marea como es mi costumbre, y después de desafiar la tormenta, llegaré a puerto desmantelado quizás, pero sin sucumbir».

El 12 de Setiembre de 1855, Lastarria le envía a Sarmiento una larga y prolija epístola, que tiene el carácter de un verdadero memorial sobre la política conservadora, con motivo de la contestación dada por éste a las afirmaciones del diputado Frías: «El que escribe por paga—le decía Lastarria—puede excusarse de mil modos, pero el que defiende a los ministros sin más que porque lo son, no tiene excusas; es un loco o es un malvado, que confunde todos los principios, que atropella la moral, que no tiene regla, en fin, a que atenerse ni criterio para juzgar. ¿Y cuál es la razón de semejante barbaridad? ¡El principio de autoridad! ¡Y es un cristiano quien habla así! No, que es un católico, de la rama de aquellos que siempre han escalado la autoridad con el veneno, y que le han tributado a su adoración con el puñal escondido debajo de la sotana. Vea usted qué pieza es un beato curialista para defender la autoridad, cuando para ellos la autoridad no es otra cosa que la fuerza y el privilegio!» Luego, tras algunas consideraciones sobre la política conservadora que Lastarria cree ver como la imagen de Dios, porque es

impecable y pretende sostener una misión de paz en la calle y el arreglo de las conciencias en el hogar, dice: «Era la política que hace crucificar a los cristianos en China, la que manda a la Siberia a los que abren la boca en Rusia, la que los trajo a ustedes los argentinos al estricote en tiempos de Rosas, la que me tuvo a mí en Lima, por dos veces y más de un año como pericote en la cueva, la que llevó a la guillotina en Francia a tantos hombres durante la gran revolución, y a tantos otros bajo el reinado de la restauración y bajo el imperio de esos corsos autores de la moda de los intereses materiales. Esa es, en fin, la política de todos los sistemas, de todas las formas de gobierno, incluso la inventada por los caciques americanos, y de todos los calaveras y tunantes que proclaman el principio de la autoridad; sin curarse de que ésta sea legítima o no, justa o estrafalaria, bienhechora o mazorquera; el emperador celeste mata para *conservar* como el Zar de Rusia, como los comités de salud pública, como los caciques y caudillos americanos, como los reyes y emperadores por fuerza, como todos los que se apoderan de la autoridad, sin *pasiones*, y la conservan sin abusos, y solamente para establecer *la paz en la calle y el arreglo en las conciencias*. Ya veis, querido Sarmiento, que la política conservadora no tiene principio fijo, ni plan, ni sistema y que está dispuesta a servirlos todos, así como quien se dispone a defender a todos los ministros. Qué política es esta, Dios mío: ni como puede merecer el nombre de tal, cuando la verdadera política es «la que conociendo la ciencia del derecho público, y comprendiendo la extensión de un principio general, sabe elegir los medios convenientes y más conformes a la economía social para ponerlo en ejecución y asegurarles su desarrollo regular». Si aquello se pudiera llamar *política*, ya podría también llamarse lo mismo la conducta de cualquiera de esos pillos que hacen negocio, amoldándose a todas las circunstancias y a todas las ocasiones. No, la política supone *ciencia* y más que todo, *moralidad*, y la conservadora no tiene, ni por los cerros de Ubeda, ninguna de esas cualidades. Mirad lo que es esa política, cuando los titulados conservadores están abajo: entonces hacen la guerra a las pasiones sin freno de la autoridad, a los abusos licenciosos de la autoridad, y sólo piensan en reacciones y en revolucionar contra la autoridad para apoderarse de

ese principio tutelar, fuera del cual no hay para ellos orden público, es decir, orden para sostenerse y medrar, orden para vengarse y dar de palos. Esto me hace acordarme de nuestro amigo Rivadeneira, que cuando describía la matanza de frailes en Barcelona, agregaba con tanto candor, *que todo se hacía en el mayor orden*. Y en efecto, puede haber orden en todo, hasta en el vicio y el crimen».

Este es Lastarria: ahí está todo el don Victorino de la oposición del año 55, que tranquilamente comenzaba a luchar otra vez en bien de las libertades públicas desde su sillón de la Cámara de Diputados. En esa carta tienen un fiel espejo donde ver reflejada la figura moral de Lastarria quienes como ese ligero don José Antonio Torres han llegado a afirmar que el Lastarria que acababa de regresar del ostracismo, tras el movimiento revolucionario del 51 contra el Gobierno de Montt, se presentaba en la Cámara «lleno de precauciones y debilidades por las amarguras pasadas». No; don Victorino no era de aquellos que se amilanan ante los reveses; la pobreza y la incomprensión acendrabán en él sus más firmes convicciones políticas y le daban esa recia dignidad que en él no conoció jamás concesiones.

Sarmiento, al partir de Chile, quedó vinculado por sus frecuentes relaciones epistolares con sus mejores amigos de Santiago: a Montt, a Lastarria, a don Mariano Sarratea, les escribía frecuentemente desde la Argentina y aun en los días de la presidencia de la República, cuando su tiempo era más contado y precioso. Su correspondencia con don Manuel Montt, durante su viaje en Estados Unidos, es cuanto de más completo pueda darse y tener presente para quien haya de escribir la historia y evolución de las ideas del autor de «Facundo». Las cartas a Lastarria, como ya lo hemos anotado, son también de una prolija significación, aún cuando su tono es ya más íntimo y cordial. Releed, por ejemplo, el siguiente fragmento de esta epístola, escrita en pleno período de la crisis con España, el año 64: «Mi querido Lastarria: habláis a todas las tradiciones de nuestra vieja amistad tratándome en vuestra esperada carta de ayer de tú y vos como se tratarían truhanes. Es nuestro privilegio exclusivo la segunda persona, el plural, y no abandonaré de un tirón estas prerrogativas. Desde los Andes pregunté por vuestra residencia, creyendo encontraros en Valparaíso. Per-

manezco aquí comiendo ostras e interrogando a estos moluscos sobre la política de Chile. Maldito si entiendo palabra. Os acordais de una broma que una vez hacía sobre un cartel, (suprimido calle) de los Teatinos? Vuestro ministro liberal me hace el mismo efecto. Convengo con vos en que es mejor esperar que se levante la neblina de la mañana, de un gobierno que nace de elecciones menos brutales que las nuestras de por allá. ¡Si así seguimos allá o acá, nosotros, que nos creemos lo más decentito que ha dejado la colonización, me parece que vamos camino de tirar las cartas y entregarnos a los godos que nos reclaman!». Recordemos, también, esta otra carta amarga, que, de haberla conocido, hubiera pasado un mal rato don Manuel Montt y que, sin embargo, es un eco sincero de lo que acaso sintió siempre Sarmiento, sobre todo, en aquellos instantes en que los periodistas de *El Siglo* le llamaban extranjero y le decían asalariado, porque acataba la política del gobierno del General Bulnes, cuando Montt era su ministro y comenzaba a acentuarse la reacción conservadora: «Cuando he venido aquí,—le escribía Sarmiento desde Buenos Aires, a don Mariano E. de Sarratea, a la sazón Ministro de la República Argentina en Chile,—y conocido lo que ello es, me congratulo de haberme lanzado en esta vía. Hubiera podido ser en mi especialidad lo que Bello en Chile en la suya, un instrumento pasivo de la ambición de los privilegiados. A mí no me cuadran esas situaciones y no he querido aceptar en mi patria *la condición que tuve en Chile quince años, detrás de la silla del Presidente o a la oreja de un Ministro para darles gloria y reputación, mientras que yo quedaba en la obscuridad*. Aquí seré nada, menos diputado ni portero en el sentido que en Chile era cuyano; porque es exactamente lo mismo».

El año 84, Sarmiento le escribía a uno de sus amigos de Chile, poco antes de partir con rumbo a Santiago en su último viaje: «Chile fué mi teatro y le debo los más gratos recuerdos. Quisiera verle antes de morir, como la primera página y la más bella del libro de la vida». Fué, entonces, en Santiago, la última vez que se encontró con Lastarria, amigo de todas las horas de su vida. Sus ideas, afines en instrucción pública, en el concepto de las libertades políticas, en letras y en filosofía, debieron mantener unidos siempre a estos dos hombres únicos en la cultura

americana; pero se interpuso entre ambos la amistad de Montt, que fué pródiga en sus dones con Sarmiento, mientras Lastarria se vió obligado a renunciar a ella primero y a combatirla luego. ¡Mezquinas obligaciones de la vida que a Sarmiento obligaron a sacrificar, en más de una ocasión, la integridad de sus ideas, y que a Lastarria encontraron inflexible, antes estrangulado por la miseria, que propicio a las fáciles concesiones!

ARMANDO DONOSO.

ENVIO

En tus aras quemé mi último incienso
y deshojé mis postrimeras rosas.
Do se alzaban los templos de mis diosas,
ya sólo queda el arenal inmenso.

Quise entrar en tu alma, y ¡qué descenso,
qué andar por entre ruinas y entre fosas!
¡A fuerza de pensar en tales cosas
me duele el pensamiento cuando pienso!

¡Pasó!... ¿Qué resta ya de tanto y tanto
deliquio? En ti ni la moral dolencia,
ni el dejo impuro, ni el sabor del llanto.

Y en mí, ¡qué hondo y tremendo cataclismo!
¡Qué sombra y qué pavor en la conciencia,
y qué horrible disgusto de mí mismo!

MANUEL J. OTHON.

RELACIONES DE LA IGLESIA Y DEL ESTADO

Santiago, 19 de Julio de 1884

Señor don Agustín Vargas Novoa.

Concepción.

Querido Cucho:

Leo la prensa del sur con amarga pena. Paga tributo a la más triste populachería y sirve, como le acontece siempre al partido liberal, de instrumento inconsciente a las miras y propósitos del partido clerical. A la sombra de una cuestión compleja y nueva que el país no comprende, se lo juro a Ud., y que los escritores públicos, comenzando por *El Ferrocarril*, entienden menos todavía, se agita una grave y encubierta cuestión política que para ciertos circulitos, incluso uno de radicales, se traduce con la palabra zancadilla, y para el conservador clerical importa su compaginación, su vida y su suspirado triunfo. Si no fuese la responsabilidad que asumo, bien querría sacar un poco el cuerpo y dejar andar las cosas, que seguro estoy que antes de un año los sonzos de los liberales estarían boquiabiertos, renegando de su inocencia y acusando mi complacencia.

Querría tener tiempo para escribir largísima carta; pero bástame esta pregunta a los pretendidos sostenedores hoy de la separación de la Iglesia y del Estado. ¿Cuál es la fórmula y las bases que Uds. presentan? Hasta este instante nadie dice esto ni cosa parecida, y los que creen haber dado con la piedra filo-

sofal contestan con este disparate de a folio: *supresión del patronato*, sin saber lo que es patronato, sin darse cuenta de qué *patronatos* habla la Constitución, sin sospechar que uno de ellos, el patronato civil o nacional no podrá jamás por jamás suprimirse, y sin comprender que la supresión del patronato no es, ni puede ser nunca, la separación de la Iglesia y el Estado. ¿Cómo no ha de afligirme el ruido que hace la ignorancia en este sentido y las cabriolas que baila por la misma causa el partido liberal, sin advertir el riesgo que corre de ser burlado?

Los que quieren suprimir el patronato como separación de Iglesia, no saben donde están parados. Bastaría que advirtiesen que en país alguno del mundo se ha abandonado, y que la Bélgica, que lo abandonó tan inconscientemente como se pretende por algunos hoy en Chile, se desespera por su torpeza porque juntamente con dar un absoluto predominio a la Iglesia, dió creces, aliento y forma al partido religioso que hoy la domina. Los liberales belgas darían hoy las narices por volver al régimen antiguo. No separaron Iglesia de Estado, sino que sometieron Estado a Iglesia, hicieron de ésta un poder soberbio y soberano.

No hay más que dos fórmulas, y ninguna de ellas se atrevió Cavour a adoptar, a pesar de su bandera «Iglesia libre-Estado libre», como no se atrevió tampoco Gambetta en Francia, que condenó la separación como inconsulta a pesar de que ellos, como nosotros, encaminaban las cosas a ese final y deseado resultado.

Note Ud. que la mayor dificultad está en que el ciudadano, que forma el Estado, es también el creyente que forma la Iglesia, y como tal y como miembro de una familia, la creencia religiosa le domina y absorbe. De aquí que este arduo problema, que hoy los colegiales quieren resolver sin meditación alguna, no haya podido encontrar salida todavía en países más adelantados y mejor preparados que el nuestro. Le afirmo más: esta aspiración de la sociedad moderna y del derecho público moderno, no ha sido aún satisfecha en ninguna parte, excepto Estados Unidos, por razones que sólo allí han concurrido y que no concurren en ninguna otra nación.

Yo pregunto a los calorosos separatistas: ¿Quieren la Iglesia como institución de derecho privado, que es la única fórmu-

la de verdadera separación? ¡Si no tienen calzones para tal atrevimiento! Así separada la Iglesia y sin más personería que un Banco y sin privilegios el sacerdote, habrían de desaparecer monasterios y conventos y habrían de ser despojados también de sus bienes. Pasaría entonces en Chile lo que ha pasado en Méjico y Nueva Granada, donde se ha abierto un surco de sangre y no se ha logrado una sola conquista. Las leyes por sí solas no trastornan el cerebro envejecido de las naciones.

¿Dejan a la Iglesia como institución de derecho público? Entonces la separación es una mentira, pues tendremos tantos Obispados como provincias, curatos como subdelegaciones y congregaciones religiosas como piedras en las calles. Suprimido el Patronato y libre Roma para ordenar en Chile lo que quiera, allá veríamos cuánta era la altivez del clero, cuánta la humillación del Estado y cuánta la fuerza del partido clerical!

Crear lo contrario es una necesidad. No ver lo que pasaría, es ser voluntariamente ciego.

No retiro una palabra ni una coma de mis mensajes; pero, como lo he dicho, no me dejaré empujar por la espalda. Caminaré con tino y aseguraré todas las conquistas hechas, que algunos amigos quieren hoy arrojar violentos por la ventana. Tengo la profunda convicción de que sirvo los intereses de la República y del partido liberal, y que a los que gritan en contrario tan aturdida y maliciosamente como *El Ferrocarril*, bien se les puede decir: «Señor, perdónalos; si no saben lo que dicen».

Tengo confianza en que el Congreso no se dejará intrigar por los maliciosos ni seducir por los gritones.

Con todo cariño le saluda su amigo affmo.

D. SANTA MARÍA.

Santiago, 29 de Julio de 1884.

Señor don Agustín Vargas Novoa.

Concepción

Mi querido Cucho:

No debo dudarle, cuando veo a Uds. tan convencidos, como me lo asegura Ud. en su carta, de la conveniencia y *oportunidad*

de efectuar hoy la separación de la Iglesia y el Estado, debo persuadirme que hay enfermedades morales que aquejan a los hombres, a los partidos y a la sociedad entera, con la misma violencia e intensidad que el cólera morbo. Uds. están coléricos, y no trascurrirán tres meses sin que Uds. me hagan justicia y aplaudan mi actitud. Esperemos.

Está Ud. y los demás amigos en lamentables equívocos, hijos en gran parte del desconocimiento de *las cosas de Santiago*. Así han visto Uds. un disparatado proyecto de reforma constitucional, y han palmoteado las manos y supuesto con no poco candor que él obedece a sanos y limpios propósitos. Dejo a un lado a García que ignoro por qué haya firmado dicho proyecto, en el que lamentan los suscriptores *no poder organizar desde luego la justicia por el voto popular*, y tomo a los restantes, ya que sé el juego a que obedecen. Ibáñez, que está enojado, decía a José Ignacio Vergara, que nosotros hacíamos bien en resistir; que él en nuestro lugar, haría otro tanto, pero que, como no era Gobierno, pedía la destrucción y la transformación de todo.

Silva, enojado porque no se le hizo Senador propietario, decía en el Club de Septiembre, donde se le motejaba por su firma: que el *pacto* era exportación para las provincias, documento para la historia y espina lanzada al corazón del Gobierno. Que la reforma no se podía hacer.

De don José Francisco Vergara nada digo.

Firmará cuanto le presenten, y firmará con quiénes quiera que sean. Vergara tiene demasiada inquietud en su espíritu y poco estudio en estos asuntos. Absorbido por los negocios, cree que todo esto puede ser materia de entretención y de ataque.

Uds. no ven desde lejos el estambre de este tejido, por más que conozcan a las personas, y suponen que hay en el fondo una explosión de opiniones robustas y concienzudas.

¿Sabe Ud. más? Si yo me hubiera dejado arrebatado por los gritos de Uds. con los cuales hacen Uds. coro a los clericales y a los que marchan en juego oculto, ya estaría tumbado el Ministerio, sin ser posible la organización de otro que satisficiera las aspiraciones y los ardides de los simulados separatistas.

El Congreso que, según Uds., se manda solo para aceptar

la supresión del patronato y llegar a última y definitiva solución, me habría rehusado su concurso y se habría descompaginado en consecuencia. Esto no lo saben ni ven Uds., allá, dejándose arrastrar por aseveraciones de personas que no conocen lo que aprietan entre las manos.

Aseguro que en el Senado, excepto seis o siete votos, los demás habrían sido redondamente negativos. Algo ha costado uniformar opiniones, porque la más acertada era no hacer nada. Amigos liberales ha habido que declaran que no darían un paso adelante porque no querían perturbar la paz del hogar. Uds. que sólo viven entre los que piensan como Uds., se imaginan que toda la gente de Chile es tan descreída como Uds. y que el sentimiento religioso no se produce ni influye en el corazón chileno.

En la misma Cámara de Diputados se había formado ya un núcleo de veinticuatro a veintiséis diputados, todos nuestros amigos, que en lo que más consentían era en que se dijese, si había reforma: la religión del Estado es la Católica, Apostólica y Romana. No aceptaban otra forma, ni más mutilación, ni explicación.

Bien pues; para desarmar todas estas exigencias mantenidas por muchos de buena fe, como creyentes, y aguzadas por algunos con torcida intención, dándose por violentos o por tímidos según convenía, ha sido menester una labor de paciencia y de patriotismo, que Uds. no saben estimar hoy, pero no muy tarde me lo agradecerán de veras y se arrepentirán de la injusticia con que me han calumniado y maltratado. Tendrá el país todas las libertades religiosas; se afianzarán en la práctica, sin zozobra ni escabrosidades, las leyes que sólo ahora van a comenzar a regir, y la Iglesia no se bifurcará en diócesis y congregaciones, etc. sin la autoridad del Estado, a pesar de que Uds. sean de opinión que los jesuítas y los no jesuítas crezcan, se desarrollen y tengan vida y personalidad en este país.

¡Inocentes! Tengo derecho para decir a Uds. cuando les veo volar como las golondrinas: inocentada! inocentada!

Y yo hablo de cosas que toco de cerca.

Ahora vuelvo a la separación, respecto de la cual tengo ideas acentuadas, completas y cabales, no de hoy sino de atrás, ideas que no he modificado, pero que, como solemnemente lo he di-

cho, no pueden traerse a la práctica, si se quiere que fructifiquen, sino en tiempo oportuno, en época que sean recibidas sin temor de un cataclismo.

Ha dicho Ud. a mí o a Balmaceda, que el redactor del *Sur*, que no sé quien sea, ha vuelto a su pasada labor, en la cual tornará a llamarme Presidente del Paraguay o cosa peor o por el estilo, sin advertir que al decir tales necedades, si puede ofenderme a mí, ofende más a este país, que tiene toda la virilidad de los pueblos libres. El tal redactor ni sabe lo que piensa el Congreso, y menos sabe lo que es separación de Iglesia y Estado. Veo confirmado en él lo que don Miguel Güemes me decía en cierta ocasión de la prensa: para ser diarista es menester ser ignorante y sinvergüenza. Sólo así se puede escribir sobre lo que no se entiende y manosear a la gente que no se conoce.

Yo sólo le pido al redactor del *Sur* y demás diarios de aquellos pueblos, que escriban una serie de artículos razonados y serios sobre los siguientes puntos, en la seguridad de que si me demostrasen sus tesis, me daría por derrotado:

1.º Qué entienden por Iglesia y Estado; qué elementos componen la primera, y cómo definen y comprenden al segundo.

2.º Qué relaciones existen hoy entre Iglesia y Estado; cuál es el origen de ellas; cómo se han mantenido y cómo se mantendrían socialmente, dada la separación, desde que la sociedad civil es la misma sociedad religiosa.

3.º Qué forma se daría hoy a la separación, supuesto que la Iglesia vive como institución de derecho público; que su legislación, que ha sido nuestro derecho público y administrativo durante la colonia, se refleja todavía en la vida social, en la vida moral y en la vida civil, resultando de aquí que tropezamos con la Iglesia en el hogar y en todo el cuerpo de nuestra legislación.

4.º En cuanto tiempo se operará la reforma de toda nuestra legislación según la solución que se le dé al problema, teniendo que renovarse los Congresos, que haber en ellos opiniones conservadoras y que hacerse más vivo el sentimiento religioso por lo mismo que se le mantiene en lucha. Para leyes vulgares se necesita porfiado empeño, y aun así duermen en los Congresos. Para leyes que tienden a reformar nuestra legislación en

una parte que hiere el sentimiento religioso, la oposición y la resistencia han de ser siempre mas vivas.

5.º ¿La supresión del patronato es separación de Iglesia y Estado? Como en parte alguna se ha entendido por tal, cosa semejante, sería conveniente que se demostrase: 1.º que la supresión es separación; 2.º de cuántos patronatos habla la Constitución, y si abandonaríamos también el patronato nacional, ya que nos desprendemos del canónico; 3.º qué precauciones tomamos para que no se nos invada con un Obispo para cada provincia, sucediendo que nombrados sólo por el Papa, pueden ser italianos, franceses o belgas; 4.º en qué condicion quedaría el clero chileno, compuesto de ciudadanos chilenos, ya que el poder de los Obispos no va a tener contrapeso, ni vigilancia alguna; y 5.º cómo se considera la Iglesia para en adelante ya que va a vivir independientemente del Estado, pero conservando su personería, sus privilegios y respetos dentro del Estado. Que no se diga la vulgaridad de que el patronato no sirve para nada, porque basta observar que hasta hoy, a pesar de todas las complacencias, la Iglesia chilena ha vivido sometida al Estado. Lo demás es ignorar las cosas. Que se lea el libro de Barros Borgoño. 6.º Si la Iglesia queda como institución de derecho privado, cuál sería hoy la forma de esta institución y qué haríamos con frailes, monjas y propiedades de unos y otros. Esta solución que es la verdadera, tropieza nada menos con que no hay quien tenga audacia para efectuarla, y conque, sobre perturbar hondamente la sociedad, no se efectuaría, y acontecería además lo que en Nueva Granada que, católicas la sociedad y la familia, la Iglesia se presentó y perpetuó más robusta hasta encenderse la guerra civil y dictarse la ley de los cultos, que convirtió la separación y la libertad religiosa en la más odiosa tiranía. 7.º Que se explique por qué en todos los países católicos donde se agita la misma cuestión que entre nosotros, no se ha llegado todavía a solución práctica, aconteciendo que los hombres de Estado más notables se hayan opuesto con la misma tenacidad nuestra hoy. Que se demuestre que han sido y son unos tontos, pues indudablemente la Francia, por ejemplo, está más preparada que nosotros para la separación.

Invite Ud. mi querido Cucho, a la prensa a discutir sobre

estos y demás puntos que se conexionan. Si el triunfo, hecha la demostración, es de Uds., cuánta gloria para Uds.! Lo demás es hacer mala obra, servir a los enemigos y merecer en medio de las carcajadas de ellos, el dictado de inocentes. Uds. quieren perder el partido liberal y servir de aliento a las intrigas sempiternas de los circulitos de Santiago.

Suyo su amigo affmo.

D. SANTA MARÍA.

EDMUNDO DE GONCOURT Y LOS MIEMBROS DE SU ACADEMIA

El 16 de Julio de 1896, antes del alba, Edmundo de Goncourt moría en Champrosay, en casa de Alfonso Daudet. Pocas semanas hacía de la aparición del volumen nono del *Diario de los Goncourt*, el último que conozcamos. La Biblioteca reserva un manuscrito cuya materia representa aproximativamente otros tantos tomos y del que el autor había retardado la impresión a veinte años después de su muerte. Se asegura que la guerra no ha sido el solo obstáculo para esta publicación, y que los miembros de la Academia Goncourt, seguramente con conocimiento de causa, han juzgado que su responsabilidad sería pesada al librar actualmente al público lo que Edmundo de Goncourt llamaba la «verdad desagradable» sobre no pocas gentes—estando admitido que no se halla sino «verdades desagradables» en los volúmenes publicados, lo que por otra parte no es la opinión de todo el mundo (1).

Se piensa que si se esperara la muerte de todos aquellos de quienes el anotador ha hablado en su «Diario» para pu-

(1) Recientemente el Ministro de la Instrucción Pública, del cual depende la Biblioteca Nacional, ha prescrito que esa publicación no tenga lugar hasta 1925. Por otra parte, M. Jean Ajalbert sutilmente hace notar que Edmundo de Goncourt no ha escrito que su «Diario» inédito debiese ser hecho público 20 años después de su muerte, sino que no pudiera serlo antes de este vencimiento, lo que deja la vía libre a la interpretación de sus intenciones en cuanto fijar la fecha ulterior a 1916.

blicar el complemento, el retardo arriesgaría prolongarse, y eso sería lamentable. Sea de ello lo que fuere, este vencimiento protestado suministra un nuevo pretexto para huronear en los volúmenes del «Diario» que se encuentran en librería, lo que no se ha acabado jamás de hacer, y en la colección de la *Gaceta de los Tribunales* relativa al proceso que terminó en la constitución definitiva de la Academia de los Diez. Del testamento que fundó esta Academia y la reformó durante veinte años (1874-1894), M. Leon Deffoux ha dado una pequeña cronología harto objetiva y segura para servir de base a la búsqueda de las intenciones de Edmundo de Goncourt ante los miembros de la Sociedad Literaria que él creaba.

Se puede emprender esta busca sin indiscreción, puesto que basta hacerla en fuentes conocidas, que no faltan, porque los escritores del grupo a que pertenecía Goncourt han sido muy locuaces, menos que él, pero a menudo a ejemplo suyo. Hacer jugar algunas fechas, realzar diversas notas consignadas en los volúmenes ya aparecidos del *Journal*, en los recuerdos o las correspondencias de algunos huéspedes de donde Goncourt, todo esto bajo cubierta amarilla, y tendremos, sobre la fisonomía de Edmundo de Goncourt y sobre su sentido literario, precisiones interesantes, en espera del manuscrito por aparecer que traerá ciertamente un acrecimiento de detalles y tal vez algunas modificaciones.

* * *

Podríase encontrar, en uno de los primeros volúmenes del *Journal*, una reflexión de los dos hermanos de Goncourt que dice que sería hermoso ver un artista rico dejar su fortuna a los colegas sobrevivientes, únicamente en proporción de su talento; este pensamiento, desarrollándose, pudo ser la primera idea de la futura Academia. Por lo demás, durante su última estada en Champrosay, Edmundo de Goncourt afirmó a Alfonso Daudet, que de ello tomó nota, que la idea y hasta el título de su Academia habían sido fijados conjuntamente con su hermano menor y que ambos habían siempre trabajado en vista de esta fundación. Pero no ha sido sino cuatro años después de la muerte de Julio de Goncourt, cuando, el mayor agregaba

a la primera redacción de su testamento una lista de académicos eventuales. Esto era en 1874, cuando el sobreviviente no se había todavía resuelto a firmar solo nuevas obras, el 14 de Julio, víspera de su partida para un viaje a Suiza. Esta era la primera lista: Gustavo Flaubert, Paul de Saint-Victor, Luis Veuillot, Théodore de Banville, Jules Barbey d'Aureville, Eugène Fromentin, Philippe de Chennevieres, Emile Zola, Alphonse Daudet y Léon Cladel (1).

Sin pretender dar rangos a estos escritores, todos notables, se convendrá que Flaubert los domina a todos. Es seguramente el autor de *Madame Bovary* a quien Goncourt entendía poner a la cabeza de su Academia; pero su elección iba también al viejo camarada de Letras, aquel que con su hermano él había conocido en la redacción de *L'Artiste* en 1857, precisamente el año de *Madame Bovary*. El afecto admirativo de que Goncourt rodeaba a Flaubert era el de un igual, al menos por la originalidad del escritor, bien que lo reconociese por su maestro; pero no es disminuir a Flaubert y es señalar la independencia de cada uno el acordarse de que cuando *Madame Bovary* apareció, los Goncourt habían ya publicado, entre otras obras de arte y de historia, algunas obras menores de imaginación: principalmente *La Lorette* y *Une Voiture de Masques* en las cuales los dos autores trataban ya de presentar de una manera objetiva del todo, en un estilo que modelara los personajes, tipos observados en la vida. Es un hallazgo que Goncourt haya podido, designando para su Academia el verdadero entonces vivo de la novela moderna, satisfacer la inclinación de su amistad; pero puede ser tenido por cierto que las cuestiones personales no ocupaban el sitio que se ha querido decir en esas elecciones. Si Paul de Saint-Victor había sido largo tiempo, y desde sus comienzos, el camarada de vida literaria y de viajes de los dos hermanos, rencillas repetidas habían, empero, sobrevenido; en sus últimos años, Julio de Goncourt, sin duda ya los nervios en ascuas, casi en cada vez que encontraba a Saint-Victor, se

(1) Esta es la primera lista encontrada después de la muerte de Goncourt, habiendo podido tener fuerza de institución legal puesto que ella estaba sostenida por el primer texto del testamento. Es bien probable que anteriormente Goncourt hubiese pensado en algunos otros nombres, notoriamente en el de Theophile Gautier (muerto en 1872).

irritaba por su carácter y por sus ideas admirativas de la antigüedad; ellos se reconciliaban, pero el joven Goncourt no era el primero para tender la mano. Después de la muerte de su hermano, el mayor se malquistó definitivamente con Saint-Victor, quizás un poco influenciado por Flaubert que había llegado a no poder ni siquiera divisarlo; a pesar de esto, hasta su muerte, Saint-Victor quedó como académico eventual—sin sospecharlo probablemente, como muchos otros—por que él era «un gran, un muy gran escritor» y también porque el sobreviviente lo había visto llorar en los funerales del menor... Banville también había sido para los Goncourt un camarada desde que se habían ligado en 1852 en el *Paris*, el diario de Villedeuil; a despecho de un enfriamiento, es mantenido en la lista, él también, hasta su muerte, por la poesía y la chispa de las *Odes Funambulesques* y el corazón en una breve «Figure»—cinco líneas de Julio de Goncourt, que es en efecto encantadora tal como se la relee en la reciente recopilación de las *Critiques* de Banville. Lo mismo con Barbey d'Aureilly: Edmundo de Goncourt parece no haberlo conocido un poco íntimamente, sino once años después de haberlo inscrito en la primera lista de académicos, que es precisamente del año en que las *Diaboliques* aparecían, y un artículo «de derrengamiento» de los *Hermanos Zenganno* en 1879 no había disminuído la admiración de Goncourt por «el cálido y verboso novelista de *Une vieille Maitresse*».

La reunión misma de Veillot y de Cladel, de d'Aureilly y de Zola manifiesta la voluntad de Edmundo de Goncourt, al menos al principio, de no dar a la Sociedad Literaria que él instituía otra unidad que la del talento; los diez académicos originales eran independientes y como enamorados de las frases vivaces y a veces victoriosas por su intransigencia. A ninguno se puede rehusar el talento. Parecen hasta caracterizarse por la potencia o la altura del talento, salvo dos que son más particularmente encantadores: Banville y Chennevieres; este último autor de los *Cuentos Normandos de Juan de Falaise*, era de los fundadores de la comida de Magni y había hecho a Edmundo de Goncourt miembro de la hipotética Academia de Bellesmes, lo que le merecía bien en retorno ser de la Academia Goncourt... Ellos no son exclusivamente novelistas: los unos son críticos o libelistas, otro poeta, y Fromentin no ha sido

elegido por *Dominique*, sino por sus viajes en Africa. El realismo no era a la sazón la sola preocupación de Goncourt, a quien gustaban los *Recuerdos* de Banville particularmente por su valor de visión, reconociendo, empero, que eran «sin una palabra de verdad»; hasta entonces el maestro parece buscar ante todo la originalidad de las maneras de sentir, subordinando el realismo al arte del *rendu* (1), expresión de pintar a que era afecto.

* * *

Salvo Alfonso Daudet y Zola, que para el viejo Goncourt eran «chicuelos», los primeros académicos eran sus contemporáneos y algunos sus mayores por las fechas de sus primeros libros. Muy luego el grupo va a cambiar absolutamente de fisonomía. Se podría decir que el aspecto de la Academia Goncourt se transforma entonces de manera conexas a la del último piso de la casa de Auteuil. Al principio esta parte de la vivienda queda «sumida en el polvo de los cafarnaums» y atollado con viejos baules; ahí, entretanto, los armarios encierran, en hermosas ediciones, las obras de los contemporáneos preferidos del maestro, de aquellos que son los primeros elegidos para la Academia. Ha sido solamente el 1.º de Febrero de 1885 cuando el famoso granero fué inaugurado—con una manera de ensayo general dos semanas antes para el matrimonio Daudet. Las piezas en que Goncourt va a recibir cada Domingo la mayor parte de los jóvenes escritores están guarnecidas con los libros de éstos. Una vitrina de honor encierra en exposición un volumen particularmente apreciado de los jóvenes autores más amados; era un hallazgo del artista: el libro impreso en «papel extraordinario» está empastado en vitela blanca; sobre esta vitela un pintor escogido ha reproducido el retrato del autor.

Hacia la misma época, la Academia Goncourt se rejuvenece considerablemente. Sucesivamente Fromentin, Flaubert, Saint-Victor, d'Aureville, Banville han muerto. Zola se ha presentado por la primera vez a la Academia Francesa después

(1) Expresión que equivale a «expresado con exactitud» en el Vocabulario de los artistas pintores.—*N. del T.*

de la *Bestia Humana* en 1890 y Chennevieres ha sido elegido por la Academia de las Bellas Artes como miembro libre. Recibir los sufragios del Instituto acarrea para Goncourt la eliminación de sus propias listas académicas. El se acordaba de su espanto y del de su hermano—tal vez más grande—cuando antes, yo creo que luego de la publicación de María Antonieta, Montalembert les había hecho entrever la posibilidad de una futura entrada en la Academia Francesa. . . . A pesar de ello, jamás manifestó intransigencias sobre este punto. Cuando fué cuestión, varias veces, de una candidatura de Daudet, a quien con todo apreciaba particularmente y que fué además su ejecutor testamentario después de 1882, Goncourt incitó a su amigo a hacer acto de candidato si lo juzgaba bueno; pero Daudet no lo hizo nunca, bien que él haya acaso vacilado a no pasar más allá de la declaración que encabeza *El Inmortal* y permaneciese solo de la lista primitiva de la Academia Goncourt cuando su fundador murió. Es un poco al rededor de él como Goncourt agrupó sus nuevos favoritos. Todos son entonces jóvenes, de aquellos cuyos primeros libros aparecieron después de 1870 y aun una quincena de años más tarde; para decirlo todo, esos son debutantes y en adelante únicamente novelistas; salvo M. Gustavo Geffroy, que no era todavía sino periodista a la fecha en que fué elegido, todos son de su círculo, van a frecuentar más o menos asiduamente—antes más que menos— el granero donde muchos entrarán como en un templo: algunos tendrán fiebre toda la noche siguiente al Domingo de su introducción. Ellos van a ocuparse de constituir al rededor del maestro, y más indiscretamente que él lo desea, la nueva escuela naturalista, a imponerla por la *Revista Independiente*, la *Justicia*, el antiguo *Eco de Paris*.

Emilio Zola seguramente los disciplina, los incita a acusar la potencia de la escuela. Zola siempre había cultivado mucho el reconocimiento de Goncourt; aun en vida de Julio de Goncourt, cuando los dos hermanos estaban privados de buenos artículos, él se había enrolado entre los discípulos del arte de *Germinia Lacerteux* el primero, y esto le había valido una invitación a almorzar. Cuando la *Fortuna de los Rougon* apareció, Goncourt la apreció e incitó a Teófilo Gautier a leer esa novela. Los primeros volúmenes de los *Rougon-Macquart* fue-

ron en efecto de naturaleza de su agrado, sobre todo, yo pienso *El Vientre de París* que mostraba una documentación muy extensa y al cual atribuía el mérito de haber aportado un nuevo elemento de descripción literaria, el del olfato... (Para no hacer creer en una crítica grosera, es menester agregar que Goncourt reconocía conjuntamente esta originalidad a M. Pierre Loti, a los libros de quien encontraba los aromas bituminosos de las viejas momias de Oriente). Pero no es cierto que a Goncourt gustaron lo mismo las otras obras de Zola. Los adversarios de este último aseguran que Goncourt lo despreciaba perfectamente y trataba su realismo de «canalla literaria». No es posible encontrar en el «Diario» conocido una confirmación de tales disposiciones. Sin embargo, Goncourt no trató visiblemente de atenuar los «desastres» de Zola en el teatro y las explicaciones que da de su abstención de defenderlo pueden dejar creer que él no desaprobaba completamente al público recalcitrante. Es posible que un poco de envidia haya nacido en el espíritu de Goncourt por los inmensos tirajes del *Assommoir*. Se puede todavía notar que se apresuró a rayar a Zola de su lista de académicos en cuanto éste hubo presentado su candidatura para el Instituto y que obró con menos precipitación respecto de M. Pierre Loti, que hizo un instante parte de los Diez, después llegó a ser candidato, por lo demás a instigación de Goncourt mismo, en 1889, y no fué rayado sino después de su elección para el sillón de Octavio Feuillet en 1891. Pero no es negable que la fortuna del naturalismo dió un recobramiento de favor a los libros pasados de los Goncourt y que el sobreviviente se haya dejado influenciar por la nueva escuela cuando escribió *La fille Elisa* y quien sabe si *Querida*.

Salvo Paul Alexis que era un poco en demasía el caudatario de Zola, los colaboradores de 1880 para las *Veladas de Medan*, Maupassant, Huysmans, M. León Hennique y M. Henry Céard, reemplazan sucesivamente los desaparecidos de la lista de Goncourt, igualmente Octavio Mirbeau que estuvo al hacer parte de las *Veladas*. En suma el más medianista de los medianistas es sólo dejado al lado; entre los otros, M. Céard es el primero elegido (1881), el año mismo de la publicación de su primera novela que Goncourt esperaba inventariando las riquezas de su granero. Después fué Huysmans en el momento

en que aparecía *A Rebours*, el primero de sus libros inquietante para Zola, que lo consideraba como un golpe terrible para el naturalismo; y es bien probable que sea esta novela la que haya fijado la elección de Goncourt, si para ello se cree la vitrina de los libros sobre los cuales estaba pintado el retrato del autor.

M. Leon Hennique, a su turno, fué designado el año de la aparición de *Un Carácter*, obra bien poco naturalista y que era la que figuraba en la vitrina. Afuera de la unidad aproximativa de las *Veladas de Medan*, la mayor parte de los colaboradores de esa recopilación de novelas han dado libros harto alejados de los de Zola, y quedan mucho más inspirados en los ejemplos de Flaubert y de Goncourt, aun para sus primeras novelas como *Une belle journée* o el *Accident de M. Hebert*, esta última por otra parte provista de hermosas descripciones de muchedumbres como las hacía Zola, pero más artísticas que las suyas. Sus esfuerzos en seguida se dirigen hacia el teatro, el misticismo, el espiritismo, la psicología, conocimientos a los que Zola no daba atención sino en sus horas para reproducir de ellos las manifestaciones públicas, sin tratar de interpretarlas.

Zola era esencialmente un descriptivo vasto y era su talento crear multitudes verdaderamente movedizas en la novela, como sabía ser un director autoritario, notablemente dotado, para algunos de sus colegas. Pero es preciso subrayar todo lo que queda en él de romanticismo. El tiempo acaba de establecer lo que el naturalismo debe al romanticismo. «Le ha tomado todo», escribía Julio Claretie en medio de violentas invectivas contra el naturalismo, en un prefacio (1879). Esta era igualmente la opinión de Augusto Vacquerie. Se puede compartirla, sin aceptar su exageración y hasta cerciorarse de que es sobre todo a Emilio Zola a quien se dirige precisamente. Brunetière no parece haber dudado ni un instante del romanticismo de Zola cuando ha presentado a Edmundo de Goncourt como un rezagado del romanticismo justamente opuesto de la escuela de Zola. Los Goncourt tenían de romántico que ellos se dejaban atraer por los tipos de excepción, y que ellos hacían violencia deliberadamente a la sintaxis, dirán aquellos que contemplan semejantes violencias como él indica del romanticismo; pero, a despecho de tales escenas de *Madame Gervaisais* y aún de

Germinie Lacerteux, él trataba esos tipos de excepción de manera realista; mientras que Zola personajes que él quería generales en cuadros con reflejos románticos. Lo que buscaban los recién venidos de 1880, y particularmente los de las *Veladas*, era la reproducción de figuras absolutamente banales, de acontecimientos en todo corrientes, pero sin la sombra del romanticismo. Aquellos que empleaban este método recibían legítimamente los favores de Goncourt que se alababa de haber muerto el romanticismo en la novela y de tomar sus personajes y los detalles de que se les rodeaba entre los reales, lo que él hacía por otra parte; y al fin él mismo exageró el procedimiento desviándolo.

M. Henry Céard escribía *Una Hermosa Jornada* al mismo tiempo que aparecían *Las Veladas de Medan* y es difícil encontrar cómo su novela podía emparentarse al *Asommoir*; por el contrario se encuentra en ella la misma investigación, que gustaba a Flaubert, citas de enormes tonterías cogidas en todas partes y Goncourt discernía bien la influencia de la *Educación Sentimental* y ponía a su amigo en guardia contra ella. M. Henry Céard no continuó menos de tener el libro de Flaubert por el generador cierto de los novelistas del porvenir y lo expresó netamente en un prefacio (1895).

Se piensa que Zola ha contribuido mucho a mezclar los novelistas de su tiempo en un grupo muy complejo que él hizo tomar por una escuela. Pero, todavía una vez, salvo la excepción de Paul Alexis, los colaboradores de Medan no eran todos discípulos de Zola, o por lo menos no han quedado siéndolos sino por bien poco tiempo. Goncourt vió claro en ello apartando de su Academia al solo Alexis que sin embargo sacó de los *Hermanos Zemganno* una pieza de la cual el autor de la novela escribía: «Yo la encuentro tan bien hecha como si la hubiese hecho yo mismo», lo que en su espíritu, era ciertamente una alabanza considerable. . .

Queda que Goncourt dió a su Academia rejuvenecida una tendencia harto marcada a presentarse como el heredero literario de él y de Flaubert; Zola, hasta el día en que dejó la lista, pudo no hacer en ella figura sino aisladamente; fué reemplazado por Octavio Mirbeau, sucesión bastante lógica por lo demás, pero menos significativa que si hubiese sido la de Pablo Alexis.

Escogiendo a Mirbeau, Goncourt atenuaba el color de Zola y persistía en manifestar su gusto por el estilo vivo y por los estudios de caracteres; el año mismo de esa elección, Mirbeau publicaba *Sebastian Roch*, que fué empastada en vitela blanca y decorado de un retrato por Rodin. *Sebastian Roch* puede ser tenido como escrito a la manera de *Madame Bovary*.

La autoridad de Zola sobre los jóvenes novelistas recibió un golpe harto sensible del famoso manifiesto lanzado por el *Figaro* de 18 de Agosto de 1887. Cuatro de los signatarios frecuentaban el Domingo la casa de Auteuil. Está fuera de duda que Edmundo de Goncourt no conoció nada del manifiesto y encontró tal vez el proceder un poco exento de cortesía y en absoluto de reclamo. Pero la primera vez que hubo un nombre que rayar de la lista de académicos eventuales, menos de tres meses después de la caída de la piedra en el jardín de Emilio Zola, él lo reemplazó con M. Rosny el mayor, que era notoriamente el redactor del manifiesto. Seguramente que no es por el único placer de contemplar durante tres años en su lista la vecindad de Zola y de M. Rosny mayor que Goncourt puso al novelista del *Bilateral*, que él decía ser escrito por el mayor solo de los hermanos Rosny, en el lugar de M. Céard que acababa de sufrir desgracias en la amistad de Goncourt para con él; Edmundo de Goncourt había celebrado mucho ese *Bilateral* que debía tomar sitio en la vitrina de honor y había sido publicado justamente el año de la designación de su autor para ser de los Diez. Desde ese momento, por otra parte, M. Rosny mayor era mirado por muchos jóvenes novelistas como el primero en el orden del talento por su original potencia y su cultura en los conocimientos extraordinariamente extendidos; bien que esta cultura, por su erudición técnica, turbase entonces a algunos como a Huysmans que le reprochaba sus términos bárbaros, lo que no deja de ser original de su parte. Algún tiempo después, otro signatario del manifiesto de los Cinco, Paul Margueritte, era elegido por Goncourt.

M. Gustave Geffroy, que había sido elegido antes que ningún libro de él hubiera aparecido y ciertamente por los artículos de crítica literaria que debían formar el volumen de *Notas de un Diarista*, puede ser mirado como constituyendo una especie de lazo entre los amigos más o menos independientes de Zola y aquellos que se apartaron bulliciosamente del camino

que él quería ver solo frecuentado de jóvenes. Siendo entonces el crítico hasta cierto punto reconocido como oficial del naturalismo, M. Geffroy propuso a Goncourt hacerle un artículo para desprenderlo así como a Daudet de toda participación en el manifiesto de los Cinco. Goncourt que no era muy aficionado a las querellas de etiqueta, lo disuadió de prolongar la discusión que demasiadas encuestas alimentaban ya.

En conjunto, en la fuerza de la batalla naturalista, la eventual Academia presentaba una mayoría de novelistas disidentes de la escuela de Zola y tendiente a reunirse en el estudio íntimo del hombre y de la vida. Aquellos de las *Veladas de Medan* venidos a esta concepción más humana no tenían, a juicio de Goncourt, ese sentido en el momento en que Zola ejercía sobre ellos su imperio; en 1881, leyéndoles la *Faustin*, se admira de ver que los capítulos más documentados sobre el viviente no aciertan y que tan sólo los alcanzan aquellos de pura imaginación que él tenía en menos. Goncourt marca ciertamente aquí la falta de equilibrio que él discernía en Zola cuya influencia era entonces muy grande sobre esos escritores. Mas tarde, sustraídos a esta empresa, reprocharon al autor de los *Rougon-Macquard* principalmente, parece, su dogmatismo y el sistema que erigía con su árbol genealógico de una familia que daba como típica. Este árbol, dice espiritualmente M. Henry Céard. «Huysmans lo tomó como un manzanilero y, respetuosamente, se retiró de debajo de sus hojas». Edmundo de Goncourt, muy dogmático cuando se trataba de mantener su prioridad en el estudio realista de caracteres hecho en el pueblo, no lo era tanto cuando estimaba el talento de los recién venidos. Julián Leclercq, en un entrefilete notable y muy poco conocido, escribía en 1892: «Zola ha usurpado la gloria de Goncourt, pero sería justo devolvérsela». Muchos pensaban así, tanto más cuanto que la protección que él acordaba a los jóvenes era singularmente menos tiránica que la de Zola. El constituyó su Academia de manera que diera bien el paso a su influencia propia, y lo hizo con un sentido literario perfectamente clarividente.

MÁXIMO REVON.

(Concluirá).

EN LA RADA DE IQUIQUE EN VISPÉRAS DEL 21 DE MAYO

Iquique, Abril 10 del 79.

Señora doña Bruna Venegas de Riquelme

Muy querida hijita:

Aunque hace ya cinco días a que estamos en este puerto, esta es la primera oportunidad que logro de escribirle a la carrera estas cuatro líneas. La llegada a este puerto, que fué como a Antofagasta, Cobija y Tocopilla, sin disparar un tiro, nos ha ocasionado tantos quehaceres que apenas hemos tenido tiempo a veces de almorzar y comer y de dormir. Los demás buques de la Escuadra se mantienen afuera de la bahía, y como la *Esmeralda* sola es la bloqueadora, somos nosotros los encargados de rondar en la bahía y de desempeñar cuanta comisión es necesaria.

De salud, hijita, estoy bien, y lo mismo Eduardo, a quien ví hará unos dos o tres días.

El entusiasmo de los oficiales y tripulaciones es muy grande, y todos desean encontrarse cuanto antes con los peruanos. Pero esto quien sabe cuándo sucederá, porque, según parece, ellos no tienen muchos deseos de encontrarse con nosotros.

El bloqueo de Iquique va a dejar en la miseria a muchas familias. Habrá aquí algunos miles de chilenos, a quienes los pe-

ruanos obligan a abandonar lo que poseen. El último vapor que pasó al Sur iba repleto de gente y no pudo tomar pasajeros aquí. Habían ido a encontrarlo, en lanchas y botes, no menos de mil quinientas personas, todas las cuales tuvieron que regresar a tierra, pero, al llegar al muelle, los peruanos no les permitieron desembarcar. Puede imaginarse la situación de esas pobres gentes. Sino hubiese sido por la bondad de los capitanes de los buques mercantes surtos en el puerto, que los recibieron a bordo, habrían tenido que arrojarse al agua o ir a morir de hambre y sed en las playas de Iquique. Hay buques que contenían más de doscientos refugiados, entre hombres, mujeres y niños. El vapor que le lleva a usted esta carta, conduce a su bordo, según calculan, como dos mil personas, y todavía quedan en tierra otras tantas, sin trabajo y odiadas y rechazadas por los generosos peruanos. Tanta generosidad bien merecería que la pagáramos con un bombardeo a Iquique; pero no es posible darles una rociada de granadas o metrallas por no arrastrar en la ruina a los nuestros que quedan.

La escuadra peruana no sale aún del Callao. Así no está lejos que pronto vayamos a buscarla.

Estas son las noticias que puedo por ahora comunicarle. No tengo tiempo para escribirle más, le escribo volando, como puede verlo por la letra.

Memorias a todos. Reciba usted un abrazo de su hijo.

ERNESTO RIQUELME.

ACERCA DE LA CREACION DE UN REGISTRO DE GUARDADORES DE MENORES

El último día del año próximo pasado se presentó a la Cámara de Diputados, un proyecto de ley, dirigido a la creación de un Registro de Guardadores de Menores, proyecto que por ser de verdadero interés vamos a tratar de reseñarlo.

Consulta este proyecto el establecimiento, en cada cabecera de departamento, de un Registro que llevarán los representantes del Ministerio de los Defensores Públicos, y en el que deberá tomarse razón:

1.º Del nombre y apellido, profesión u oficio y domicilio de los guardadores de menores del departamento y de la designación, con la expresión de la edad, de los pupilos sujetos a la curatela o tutela;

2.º Del inventario de los bienes de los menores, a que están obligados los guardadores conforme a la ley, y de la fianza rendida para entrar al ejercicio de la guarda; y

3.º De las autorizaciones judiciales que para enajenar, hipotecar, celebrar actos o contratos, que obliguen a los menores, hubieren obtenido los guardadores, indicándose la causa o motivo.

Para cada uno de los objetos indicados en los números precedentes, se llevará, dice el proyecto, un libro o registro en papel simple.

En seguida, entra a detallar incumbencias o cometidos especiales de los Defensores de Menores, imponiéndoles deberes

y otorgándoles facultades que en conjunto se dirigen a poner en manos de estos funcionarios, la tuición efectiva de las personas sujetas a curatela o a tutela.

De esta suerte, expresa el proyecto, en su artículo 3, que incumbe especialmente a los Defensores de Menores:

1.º Cuidar de que los curadores y tutores conserven, reparen y cultiven los bienes del pupilo, y *oir las consultas que a estos respectos les hicieren los guardadores;*

2.º Intervenir en los casos de enajenación de los bienes del pupilo, de hipoteca u otros, que el juez, por causa de utilidad o necesidad manifiestas, autorice, fiscalizando la correcta inversión de los dineros que por aquellos actos se obtuvieren;

3.º Emitir su dictamen en las adquisiciones de bienes raíces que se hagan para el pupilo, en los préstamos del dinero ocioso de éste, y en los contratos de arrendamiento de inmuebles del pupilo que los guardadores celebren;

4.º Inspeccionar y observar las cuentas que de la administración de los bienes del pupilo, deben llevar los curadores y tutores, pudiendo en cualquier momento exigir la exhibición de ellas;

5.º Tomar a su cargo la administración de los bienes de los menores, cuando por cualquier circunstancia carecieren de guarda, o se interrumpiere u obstaculizara la administración sujeta a curatela o tutela, sea por controversias judiciales que se suscitaren entre los menores y sus respectivos guardadores, o por otra causa;

6.º Velar por que los bienes del pupilo se empleen preferentemente en la educación de él, proporcionándole, en cuanto fuere posible, la que corresponda según su haber, e inclinaciones o aptitudes que manifieste y situación social que ocupe.

Todo este conjunto de disposiciones vienen prácticamente a importar, señalar o establecer las obligaciones fiscalizadoras que corresponde ejercer a los representantes del Ministerio de los Defensores Públicos de Menores, en obsequio de los incapaces, o sea, de los que carecen, en concepto de la ley, del discernimiento bastante para dirigirse a sí mismos y administrar competentemente sus negocios. Es interesante anotar que el proyecto encarga preferentemente a los Defensores de Menores velar por la educación del pupilo, mandando

que los bienes de éste se destinen preferentemente a este señalado objeto.

Se advierte que el proyecto, interpretando los propósitos de las leyes ya escritas, ha combinado inteligentemente un orden, ha creado un sistema de protección legal a la menor edad, compenetrando funciones u organismos que dinámicamente tienen como directiva un fin dado: el amparo eficiente de los pequeños y de los débiles, el cuidado de sus personas y de sus intereses materiales e intelectuales. Jueces y Defensores de Menores, premunidos de facultades eficientes, prácticas y responsables; y guarda-curatela y tutela, fiscalizada convenientemente, significó indudablemente el sistema ideado por nuestras leyes, por el Código Civil y por la Ley Orgánica de Tribunales, como medio legal para la debida protección de los menores, pero éste método fué sólo esbozado, meramente delineado en aquellas leyes, escrito en ellas por vía de buenos y bien intencionados propósitos. El proyecto, en su conjunto, deja la impresión de que tiende a vivificar estas ideas, a realizarlas, arrancándolas del terreno de la teoría, para que ellas, que importan mandatos de la ley, se cumplan como tales. Y, en esto está precisamente el interés de la sociedad por lo que respecta a las leyes que para su gobierno se dicta, o sea, de que estas leyes se cumplan o que sea posible su cumplimiento o su aplicación.

Con sujeción al proyecto pueden los Defensores de Menores asumir la representación de los menores, disponer del cuidado de ellos, sustraerlos del poder en que se hallaren, cuando, en este último caso, peligrare la vida o la moralidad de los pequeños. Y, basta para este caso excepcional, que los Defensores dicten orden a la policía, orden que deberá, como indica el proyecto, ser inmediatamente obedecida. «El Defensor dará en este caso cuenta al juez acerca de la resolución expedida, motivos que la informaron y lugar en que se hubiere asilado el menor. El juez proveerá lo que en definitiva corresponda. Artículos 5, 6, y 7 del Proyecto.

El proyecto, artículo 8, queriendo preparar o echar las bases de los juzgados para niños, confía a los Defensores de Menores la facultad de juzgar de las faltas que cometieren los menores que no hubieren cumplido los diez y seis años de edad, pudiendo corregir estas faltas discrecionalmente, hasta llegar a la detención

o arresto de estos pequeños rebeldes. Es de consignar a este respecto que la acuciosidad del grueso público, el natural y buen sentido del público en general, se ha adelantado a esta idea del proyecto. Siempre este público ha llamado a los Defensores de Menores, jueces de menores, y el que estas líneas escribe ha podido puntualizar que muchas de las consultas que se le piden, se inician, con estas u otras parecidas palabras: Usted que es juez de los menores... Usted que corre con los menores... Usted que puede corregir a los niños... etc., etc.

Nosotros creemos que los distinguidos miembros del Ministerio de los Defensores de Menores, no negarían al bien social este interesante propósito del proyecto. Los niños necesitan de la ayuda de los espíritus que se han ilustrado en el conocimiento del mundo. Ellos reclaman también un poco de justicia, y acaso mucha justicia. Y bien podrían recibirla de quienes están llamados a defenderlos.

Una memoria que anualmente pasarán los Defensores de Menores al Juez para su publicación en *El Diario Oficial*, relacionada con las funciones a su cargo y con la labor realizada, fiscalización ejercida sobre los guardadores y observaciones que creyeren oportuno hacer presente, constituye el último artículo de este proyecto, el artículo 11. La publicidad es siempre purificadora, tiene la virtud de la luz solar, y junto con esto que hace saludables las funciones públicas, estas memorias, destinadas a ser leídas por todos, aunarían los buenos propósitos, importarían para el futuro una segura fuente de consulta y de estudio que vendría a inspirar las reformas útiles, y quizás también un venidero Código de Menores.

En resumen, este proyecto de ley importa el establecimiento cierto entre nosotros de un sistema legal de protección a la menor edad, aprovechando para ello lo existente, dándole movilidad y vida provechosa a un cuerpo de funcionarios preparados para este objeto, sin otro esfuerzo que verificar pequeñas innovaciones en las leyes, innovaciones que hemos subrayado y fáciles de advertir, sin ello, al leerse el proyecto. Lo único francamente nuevo que ofrece este proyecto, es lo relativo a las funciones judiciales que se otorgan a los Defensores Públicos, para juzgar de las faltas de los menores que no hubieren cumplido los diez y seis años de edad; idea que viene, de algu-

na manera, a substituirse al establecimiento anhelado de los Juzgados de Menores.

Si este proyecto, de tan pocos artículos, se convierte en ley, estamos seguros que junto con hacerse una obra de buena justicia en bien de los menores, y de legítima reparación para ellos, contribuiría a extirpar muchos abusos, nacidos al amparo de la impunidad y de los vacíos de las leyes que rigen la materia que en parte substancial trata de remediar el proyecto de ley de que nos hemos venido ocupando.

HERNAN CASTRO NORDENFLYCHT.

Antofagasta, Febrero de 1920.

UNA ENCUESTA SOBRE EL SUFRAGIO FEMENINO

No habrá de calificarse de visión de ideólogo el que, en los actuales momentos de nerviosidad agitada y convulsiva, se adelanten las ideas y doctrinas hacia la consideración de un problema que, si en Chile ahora no tiene amplia resonancia, tal vez en lo futuro, cuando la evolución de estos instantes se encuentre terminada y se dirija por otras sendas nuevas, indudablemente, será de la misma transcendencia que los de hoy día en el orden social y económico. Porque el del sufragio femenino en Chile no es en verdad un problema esporádico traído en la hora undécima para asustar timoratos y regañones de la fortuna y del progreso; bastaría acaso recorrer la historia de la evolución de nuestra ciencia política para encontrar hombres que allá en 1865, viviendo aún en plena oligarquía pelucona, ya abogaban porque aquella novísima doctrina se implantase en nuestra incipiente democracia. Esa idea no vino tampoco de las avanzadas del radicalismo, entonces en formación, sino que nació de un representante de la escuela conservadora, de don Abdón Cifuentes. Más tarde, y rompiendo con los prejuicios de una sociedad fácil de escandalizarse ante los arrestos de un pensamiento libre, doña Martina Barros de Orrego, iba a hacer obra de feminista, y a su vez, la precursora en Chile de la libertad de la mujer. Y en las postrimerías del Siglo XIX, el spenceriano Carlos Newman se iba a ocupar del sufragio femenino. Por esa misma época Ricardo Montaner Bello, en

la *Revista de Chile*, iba a propiciar, después de maduros estudios, la necesidad de considerar aquella idea como una obra de reparación y de justicia. Cabe aún decir que ya en las páginas mismas de esta REVISTA, el asunto se ha tratado en otras ocasiones, y basta sólo recordar para ello los estudios de doña Martina Barros de Orrego y de don Ricardo Salas Edwards.

Así y todo, la actual encuesta es la revelación de un sentir sincero, y ese es su valor. Es el fiel reflejo de un modo de sentir especial ante la consideración de la tesis propuesta. ¿Qué se desprende de ella para los actuales momentos?

Don Paulino Alfonso

Empiezan a holgar estas preguntas, pues el feminismo viene haciendo su camino a pasos agigantados, sobre todo desde el principio de la conflagración universal.

El mayor predominio del sexo en la mujer, y la mayor fuerza habitual del hombre, originaron que éste por siglos dejase a aquélla en condición inferior de desarrollo mental, y la sometiese más o menos a verdadera esclavitud, disimulada a veces con jentilezas, las cuales más que homenaje a la mujer, eran casi siempre homenaje a la pasión del hombre, impetuosa y pasajera.

Establecido este sistema funesto a ambos sexos, fué el triste privilegio del masculino desdeñar al femenino, reprochándole una inferioridad que, en cuanto efectiva, procedía principalmente de errores u omisiones masculinas.

Los sexos son distintos y diferentes, pero no debe decirse que el uno es inferior al otro, ni viceversa. Así, por ejemplo, tiene a menudo la mujer condiciones de penetración, prolijidad, delicadeza, astucia, y sobre todo, sentimiento, en que aventaja considerablemente al hombre, como suele tener éste condiciones de organización, de amplitud, vigor, tenacidad y audacia, que son menos comunes en aquélla. Suelen, empero, bajo todos estos aspectos, invertirse los papeles, y hay millones de mujeres mejor dotadas espiritualmente y en general para determinadas labores, que millones de hombres. Discurrir, pues, sobre la base de la supuesta inferioridad femenina, especial-

mente para negar a la mujer instrucción o derechos, es una ineptia, secular, si se quiere, pero no por eso menos injusta, cruel y perniciosa.

Es el sexo en la mujer, por importante que se le suponga, un atributo accidental, y si se me permite así decirlo, una adjetivación fisiológica de la misma, nó su genérica y sustancial esencia, que es la inherente a la *persona humana*. La persona humana mujer es la mitad, es más de la mitad del género humano

Haber dejado al hemisferio femenino en sombra más o menos completa, e impedir virtualmente a la mujer el ejercicio de sus actividades no sexuales, por la interposición de la soberbia masculina, y por el irritante abuso de la fuerza del varón, es si no me engaño, el error más odioso, dilatado y trascendental que se ha cometido desde el principio de los tiempos hasta ahora. Es sobre todo el error más estúpido, porque sólo en apariencia grosera cede en beneficio del hombre, a quien importa, poco menos que a la mujer, que ésta se instruya, obre y se desenvuelva, y le ame, le complete y le mejore, dentro del régimen bienhechor y fecundo de la libertad. Las incapacidades, los errores, los abusos de la mujer tendrán sencillamente las mismas sanciones que las leyes divinas o humanas aplican a los del varón.

Y así como el señalado error secular es el más grave y odioso que jamás se haya cometido, así el movimiento contemporáneo felizmente progresivo y triunfal, que tiende a emancipar a las mujeres de toda traba no impuesta indeclinablemente por la propia naturaleza de las cosas, es el movimiento más entrañado en la justicia, más general, y más fecundo que jamás se haya intentado. Nada ni nadie lo detendrá hasta que su feliz evolución termine: empieza Dios a valerse del sexo femenino para regenerar a la humanidad. En los futuros tiempos, no trabajará ya, fuera de lo fisiológico, uno solo de los sexos en abrir los horizontes y preparar los destinos de nuestra especie: trabajarán los dos, con duplicada luz, con duplicado esfuerzo, al inefable amparo del amor y de la mutua comprensión. La justicia y la libertad, el amor y el trabajo serán ampliamente los lares y penates de la humanidad.

He dicho «con duplicada luz, con duplicado esfuerzo», y añadiré que a menudo con mejor calidad de consecuencias, pues la

apertura de los horizontes y la preparación del porvenir, no serán sólo el resultado de la aplicación de las facultades en que de ordinario prevalece el hombre, sino también de aquéllas en que a menudo predomina la mujer. Más aun: la tendencia viril será corregida en sus extravíos, sujeta en sus excesos, por la tendencia femenina. Y esto tendrá incalculable importancia en lo que toca al mantenimiento de la paz y a la morijeración de las costumbres.

Es, si bien se mira, monstruoso absurdo imaginar que el sufragio, o sea el derecho de opinar eficazmente sobre la dirección del Estado o los municipios, se reserve a un sexo, siendo así que debe ser patrimonio común de los *humanos* capaces y dignos de su ejercicio. Reconocemos entre nosotros ese derecho a muchos varones incapaces o indignos, y lo negamos a todas las mujeres, por capaces y dignas que sean. Como el primero de esos males no parece tener remedio práctico e inmediato, evitemos, a lo menos, el segundo.

Se objetará acaso que ejercerían el derecho de sufragio mujeres incapaces o indignas; pero ¿no lo ejercen por ventura varones incapaces o indignos? Querrá ello decir que debemos propender, en general, por los más cortos y eficaces medios, a evitar la incapacidad y la indignidad, instruyendo y moralizando.

Estoy lejos de pensar que la concesión del sufragio a las mujeres implique peligro positivo alguno, ni siquiera induzca, por ahora, cambios considerables en los resultados electorales.

Ni juzgo que la influencia política clerical, ya restringida en nuestro país, aproveche muy perceptiblemente de esa concesión: raro será el caso de mujer no bien consciente y voluntaria por sí misma, que no haya de recibir, al lado de esa influencia, si la recibe, la de algún varón, padre, esposo, hermano o amante capaz de influirla en otro sentido.

La incipiente experiencia de otras naciones prueba que, por ahora, a lo menos, los resultados electorales se modifican poco por la intervención de las mujeres, y que éstas votan generalmente por hombres.

Esperemos el tiempo, que será dichoso, en que una buena proporción de los hombres vote por mujeres.

Don Anselmo Blanlot Holley

¿Es usted partidario del voto femenino?

Creo que el papel de la mujer la excluye de las luchas políticas. La atención del hogar, la educación de la familia y los trabajos conciliables con su estado y su sexo son ocupaciones sobradas para llenar su vida entera.

Juzgo, además, peligroso para la tranquilidad del matrimonio los disentimientos que puedan ocurrir entre los cónyuges y aun entre la madre y los hijos con ocasión de la disconformidad de opiniones políticas. La mujer entre nosotros es casi siempre católica, de modo que formaría en el partido conservador y acaso en algún partido político-religioso, que hoy no existe, pero que probablemente se formaría; y como la generalidad de los hombres son liberales, el choque de creencias produciría antagonismos y distanciamientos graves.

Esta opinión no se refiere a la capacidad de la mujer, que la considero suficiente para ejercitar los derechos políticos con entera conciencia.

Debo observar que, al contestar la pregunta, me refiero a la mujer educada y no a la ignorante, cuyo ingreso a las filas del electorado no haría más que incrementar el número de las personas que venden su voto.

¿Lo haría usted extensivo a todo orden de elecciones o por vía de ensayo lo limitaría a las elecciones de municipales?

No encuentro los mismos inconvenientes para que la mujer, me refiero siempre a la mujer moral y consciente, tome parte en las elecciones municipales; pero, con estas restricciones: que se depure primero al poder municipal de todo contagio político, y que se dé antes a la mujer la plenitud de los derechos civiles; si ella puede elegir a las autoridades comunales, es lógico que tenga la administración de sus bienes y que sea contribuyente.

¿Qué resultado calcula usted que produciría?

Queda la última pregunta, casi contestada con las anteriores. En cuanto a su participación en las elecciones municipales, contribuiría a moralizar a los electores y a los elegidos. La mujer educada es en Chile ajena a manejos indebidos o corruptores.

Don Abdón Cifuentes

¿Es usted partidario del sufragio femenino?

Lo fuí desde antes que se soñara en ninguna parte del mundo otorgarles este derecho a las mujeres, pues lo preconicé en Santiago el 16 de Agosto de 1865 en un discurso. Por esta razón, muchas personas muy ilustradas y serias me calificaron de extravagante y de loco. No había tal; lo único que había era que yo veía en el porvenir un poco más lejos que la generalidad de las gentes.

¿Lo haría usted extensivo a todo orden de elecciones, o, por vía de ensayo, lo limitaría a las elecciones municipales?

No veo razón alguna para no conceder a las mujeres este derecho en la misma extensión que se concede a los hombres.

¿Qué resultados calcula usted que produciría?

Un medio siglo atrás creo habría sido favorable a los conservadores; hoy lo dudo mucho.

Don Ricardo Dávila Silva

Soy partidario del sufragio femenino, pero limitado a las elecciones municipales, donde las mujeres exigirían sus derechos civiles a que tienen tanta opción como los hombres.

En Chile, el problema presenta sus dificultades por la cuestión religiosa, por los prejuicios sociales y por la deprimida condición en que vive la mujer.

Don Joaquín Díaz Garcés

Soy partidario del sufragio femenino, pero lo ensayaría durante algunos años en las elecciones municipales. No acepto en absoluto el sufragio universal de la mujer, ya que no se les puede quitar a los hombres como ocurre en otros países. Creo, por otra parte, que el voto de las mujeres no alteraría substancialmente el orden establecido, porque si el hombre depende siempre de algo, sean prejuicios, tradiciones o intereses, las mu-

jeros dependen siempre de un hombre y algunas de más de uno. No extendería en Chile el problema electoral a la elegibilidad de la mujer; me agradaría mucho pudieran las mujeres intervenir en cuestiones electorales relacionadas con la instrucción pública; pero en Chile no hay elección de funcionarios y de otros elementos de la instrucción pública; no son electivos. Yo aceptaría como elector femenino a la mujer casada, a la viuda, a la administradora de rentas o de alguna industria establecida, pero a las solteras les tengo el más profundo terror, porque las creo afectadas del más profundo desequilibrio fisiológico.

Don Alberto Edwards

Decididamente, no soy partidario del sufragio femenino. Por de pronto, no existe en el país un movimiento feminista de ninguna naturaleza, y no estimo sensato inventar problemas cuando existen tantos que es urgente resolver. Agregaré que en general no simpatizo con estas corrientes demasiado numerosas, por desgracia, hoy día y cuya tendencia es únicamente confundir las funciones que la evolución social de muchos siglos había ido separando. Seguramente Spencer habría llamado al sufragio femenino un atentado contra la diferenciación de los sexos. Me explicaré.

En la edad de la piedra pulida, y más aun, en la edad de la piedra sin pulir, las funciones del hombre y de la mujer estaban más confundidas que hoy. Así como los hombres eran más iguales entre sí. Es cierto que Rousseau quiso volver hacia la edad de la piedra sin pulir y que el filósofo ginebrino conserva aún hoy día muchos discípulos; pero no me encuentro entre ellos. Me gusta cada cosa en su lugar y un lugar para cada cosa. Tampoco me agradan los novelistas que pretenden hacer filosofía; los pintores que buscan los efectos de la escultura; los músicos que intentan pintar paisajes; y las demás manifestaciones de ese modernismo *sui generis* que detesta el orden clásico.

Respecto de la segunda pregunta queda contestada en la primera.

En cuanto a los efectos probables del feminismo en Chile,

no veo sino una: las elecciones se harían más caras porque habría mayor número de electores venales. Y no se dirá que las mujeres son incapaces de venderse.

De Iris

Por ser una cuestión complicada, he trepidado en responder a la encuesta, que sobre el sufragio femenino me ha pedido la REVISTA CHILENA.

Debemos ante todo, sentar el principio, de que respecto a los sexos no cabe idea de superioridad ni de inferioridad. El hombre y la mujer son seres diferentes, y por tanto, complementarios el uno del otro.

En la existencia material el hombre y la mujer se completan recíprocamente para realizar la función primordial de la vida que es la reproducción de la especie. Otro proceso análogo de labor comun, se continúa en el plano mental, entre ambos sexos.

El hombre que es positivo en la materia física, y la mujer que es negativa bajo ese aspecto, se completan en el plano inmediatamente superior, por la inversión de los polos. La mujer se vuelve positiva, allí donde el hombre es negativo.

Por tanto, en el plano mental la mujer produce la *Idea* (o sea la Inspiración) que es alma de toda obra intelectual y el hombre pone la *Palabra* (o sea la Forma) que es por decirlo así, el cuerpo que envuelve el espíritu.

La labor del hombre en su plano respectivo, requiere más fuerza cerebral y corresponde exactamente al mismo proceso invertido, que realizan los sexos opuestos dentro del plano material. Allí la mujer desarrolla el hijo que ha concebido y le proporciona envoltura física, hasta hacerlo viable para la existencia terrestre. En este doble proceso de mutua y correspondiente fecundación, reside a mi modesto entender, el derecho que la naturaleza otorga a la mujer, para ejercer el sufragio en iguales condiciones que el hombre.

Ella es colaboradora del varón en la Vida, dentro de todas las esferas de acción humanas.

En esta misma verdad fundamental, se encuentra contenida la causa de la carencia de genios femeninos. La mujer no ha

producido obras maestras ni en la ciencia, ni en las artes, porque en la maravillosa economía de la naturaleza, el sexo que aporta el *Espíritu* de la obra intelectual, no está destinado a vestirla de forma corpórea.

En virtud de la misma ley que realiza el proceso de la concepción humana, por obra de varón, se encuentra la correspondiente necesidad de que se verifique la concepción moral, por inspiración femenina. Notemos aún, que el *Genio* en el hombre, culmina en el tiempo del Amor-Pasión.

La historia de los pueblos viene en apoyo de nuestra tesis. Las naciones en que la mujer no ha sido oprimida, ni suprimida, han progresado y los otros se han estancado y entran en decadencia. Consideremos los Estados Unidos y la España para ilustrar la materia.

El primero de estos pueblos ha utilizado el aporte que la naturaleza de la mujer lleva a la vida común, y el segundo se ha empobrecido despojándose de la mitad de la riqueza humana, por la anulación de un sexo.

Las condiciones especiales de la mujer, son indispensables al desarrollo de la colectividad humana, aunque el derecho al sufragio no nos interese mucho.

Al educar debidamente a nuestros hijos, *hacemos* en realidad a los sufragantes, y podemos abstenernos quizás, con ventaja, de ir a las urnas electorales.

En resumen: ¿Soy apta para ejercer el derecho de sufragio? Mi conciencia responde: Poco, cuando me analizo, y mucho, cuando me comparo.

Doña Amanda Labarca Hubertson

¿Es usted partidaria del sufragio femenino?

En parte. No creo en la eficacia del sufragio universal mientras no exista la educación universal. La ley inglesa de sufragio me parece muy sabia, porque restringe el voto, de acuerdo con ciertas condiciones de educación y renta. La mejor manera, en mi concepto, de conceder el sufragio femenino en Chile, sería concediéndolo en forma gradual; y después que se hubieran dictado las leyes que autorizan los derechos civiles de la mujer.

Una vez concedida a las mujeres la personalidad legal, debe resolverse el problema. En las actuales circunstancias, concederles el voto sería lo mismo que, para vestir al desnudo, le diéramos como único abrigo una corbata de seda, y esta misma opinión, para hacer resaltar la imposibilidad del sufragio femenino sin haber conseguido antes la personalidad legal, la expuse en 1914 en mi libro *Actividades Femeninas*.

¿Lo haría usted extensivo a todo orden de elecciones, o, por vía de ensayo, lo limitaría a las elecciones municipales?

Por vía de ensayo preferiría que se hiciera gradual y restringido, por condiciones de educación y de renta.

¿Qué resultados calcula usted que produciría?

Si se da el voto antes que los derechos civiles, creo que el resultado sería desastroso en muchos conceptos, incluso para la paz doméstica y para las orientaciones políticas de la mujer. En cambio, si se conceden primero los derechos civiles y gradualmente los de sufragio, habría tiempo para educar el criterio femenino, y los resultados serían beneficiosos como lo han sido en todos los países donde se ha implantado.

Don Juan Enrique Lagarrigue

La cuestión femenina es, sin duda, de la mayor trascendencia. De su adecuada solución depende, en verdad, el feliz imperio del régimen altruista en todo el planeta. Sin embargo, por el momento, no se sigue el rumbo cierto a ese respecto.

Se va, al contrario, en un sentido que aleja del desenlace efectivo del gran problema femenino. Así, tiéndese hoy a darle a la mujer las mismas tareas que al hombre. La inmensa guerra última ha venido a fortalecer esa tendencia, pues el hombre que estaba absorbido por las labores militares, se vió abnegadamente reemplazado por la mujer, con pleno éxito, en las demás labores. Pero, bien considerado, esto implica sólo un memorable esfuerzo, en medio de una monstruosa situación, sobre la cual no cabe instituir el modelo de la existencia normal.

Bajo una digna situación de paz internacional, en que todo converja al progreso de la civilización, el destino de la mujer se destaca muy honrosamente. Ella aparece entonces, con res-

plandor sagrado, como la sublime providencia moral del mundo. No hay ciertamente función más alta que esa, donde reside la gloria por excelencia de la naturaleza humana. Y la desempeña, en particular la mujer como madre, esposa, hermana e hija. Ahora bien, a fin de dotarla precisamente de las condiciones apropiadas para que llene con toda eficacia esa misión santa, quedará exenta, según la Religión de la Humanidad, del trabajo fuera del hogar. En efecto, esta doctrina contiene el principio sociológico incontestable, de que el hombre debe alimentar a la mujer.

De ningún modo quiere decir esto que la mujer pueda despreocuparse de la vida pública. Por el contrario, ha de saber interesarse a fondo en ella. Y la mujer está aún especialmente llamada a influir en que la vida pública alcance la plenitud de su más noble desarrollo. Pero eso lo ha de conseguir merced a su elevada acción moral sobre el hombre, y no por el ejercicio directo de las funciones políticas. El acceso de la mujer a los comicios electorales es una deplorable ilusión, que le impediría ocuparse en sugerir al hombre inspiraciones edificantes para el mejor cumplimiento de sus deberes cívicos. Este es el concurso excelso que le corresponde al sexo amante en la vida pública. Importa mucho, en fin, que la mujer se penetre conscientemente del supremo poder moral que encarna, para que se consagre de lleno, con su inefable espíritu de generosa persuasión, a santificar la Tierra.

Santiago, 2 de César de 66 (23 de Abril de 1920).

Don Ricardo Montaner Bello

- 1.º Sí, para corregir una injusticia que repugna a nuestra cultura, fijándose la mayor edad política de las mujeres a los 25 años;
- 2.º A todas las elecciones en que votan los hombres;
- 3.º El resultado sería la expresión genuina del pensamiento de todos los habitantes de un territorio.

Señora Adela Rodríguez de Rivadeneira

En las actuales circunstancias considero que no está preparada la mujer para ejercer sus funciones de votante. La postergación del sexo femenino en los problemas relacionados con la política y con la educación intelectual me parece que la imposibilitan para el ejercicio de aquellos derechos. Hemos desarrollado en la mujer los instintos de afectividad y de sentimentalismo y la hemos conducido por un camino, aun en este orden, contrario muchas veces a los principios mismos de veracidad que predicamos.

En cambio, en Chile, se ha dado desarrollo excesivo a las funciones políticas del hombre, que creo es como debe ser; pero aquí mismo sería preciso hacer algunas restricciones en lo que se refiere al voto, porque no todos están igualmente capacitados para ejercer las altas funciones de votante; y como prueba contraria de ello tenemos el cohecho. Si esta salvedad se hace a los hombres, debemos decir otro tanto de las mujeres. El nivel intelectual de ellas ha establecido, por decirlo así, diversas clases, de tal modo, que los problemas públicos sólo tienen interés por desarrollarlos las mujeres universitarias o aquellas sin títulos que comprueban con sus actividades la capacidad necesaria. ¿Y la mujer del pueblo, cuál es su condición? Antes de darles el voto debemos educarla no en el sentido de la ciencia que forma eruditos, sino en aquel otro de los ideales y de la formación del carácter. Pero es imposible educar ese bajo pueblo sin prevenirles el hambre y sin darles la justa medida de sus obligaciones y derechos.

En resumen, creo que en los actuales momentos no estamos capacitadas las mujeres para votar. Acaso convendría ir estableciendo gradualmente la personalidad de la mujer para liberarla de los falsos prejuicios, de las influencias religiosas, de la rutina que la obliga a seguir los consejos, muchas veces sin quererlo, de los padres, de los hermanos, de los hijos, de los parientes. Todas estas cuestiones de voto las considero como un *snobismo* para un grupo reducido que, por su ilustración, por sus viajes, por su cultura erudita, y no por sentimientos del alma, como han vivido en otros ambientes, olvidan el ori-

ginalísimo ambiente propio. Porque es preciso convenir que en Chile cuidamos más de las apariencias que de la sinceridad en la acción. Es del caso decir también que el papel de la mujer no debe ser de funcionaria en los negocios políticos, sino el de directora de la conciencia de los hombres para darles la nobleza de sus actos en la vida moral y política.

Don Alcibíades Roldán

Contesto en la forma siguiente a las preguntas que se me dirigen:

I. ¿Es usted partidario del sufragio femenino?

Entendiendo que no se trata de una cuestión abstracta, sino de una cuestión concreta, relacionada con nuestro país, contesto que no creo a la generalidad de nuestras mujeres provistas por ahora de las condiciones de independencia que son necesarias para hacer un uso conveniente del sufragio político, si les fuera reconocido.

Dejando para más adelante la solución de este problema, creo que se debe emprender la reforma de nuestra legislación civil, en el sentido de suprimir todas aquellas disposiciones que colocan a la mujer en una situación inferior a la que se ha dado al hombre.

Al mismo tiempo, no debemos omitir esfuerzos para ilustrar y capacitar cada vez más a la mujer, a fin de que pueda valerse a sí misma y desempeñar el rol que les señala el progreso y la cultura de las sociedades modernas, de colaboradora útil y abnegada del hombre.

Es cierto que un considerable número de los ciudadanos electores carecen en Chile de las condiciones de independencia, ilustración y probidad que supone el ejercicio correcto del derecho de sufragio; pero esta certidumbre no debe inducirnos a aumentar en forma alguna las proporciones de ese grave vicio de nuestra incipiente democracia. Lo que corresponde hacer es difundir la educación pública; enseñar a los ciudadanos, no sólo cuáles son sus derechos, sino también,—y principalmente,—cuáles son sus deberes cívicos; formar, en fin, un pueblo ilustrado y moral.

II. *¿Lo haría extensivo (el sufragio femenino) a todo orden de elecciones, o por vía de ensayo lo limitaría a las elecciones municipales?*

Considerando, como considero, que el sufragio para estas últimas elecciones no es un sufragio político, por lo cual no debe aplicárseles unas mismas reglas, aceptaría que, una vez efectuadas en la legislación civil las reformas a que me he referido en favor de la mujer, se diese a aquellas que se hallen en situación de independencia económica derecho para tomar parte en las elecciones de municipalidades y aún para ser elegidas miembros de estas corporaciones.

III. *¿Qué resultado calcula usted que produciría esta reforma?*

Creo que de un modo más o menos directo influiría ventajosamente en el mejoramiento de esas corporaciones y particularmente de ciertos servicios como son los de beneficencia y otros que pueden estar a cargo de las municipalidades.

Don Carlos Silva Vildósola

¿Es usted partidario del sufragio femenino?

Siempre he entendido que el sufragio femenino es parte integrante del sistema democrático de gobierno. Se le pueden oponer razones de oportunidad, tradición, prejuicios, pero no encuentro fundamento alguno científico para considerar que la mujer no forma parte del pueblo que debe en ese sistema, gobernar al pueblo.

La Constitución de Chile dice que tienen derecho de sufragio todos los chilenos que han cumplido 21 años de edad y saben leer y escribir, y ni en ese artículo ni en el que establece quiénes son chilenos, hay nada que autorice para entender que la palabra *chilenos* no se refiere a los dos sexos en el sentido que se le da ordinariamente.

Cuando por primera vez se presentó una mujer a la Universidad de Chile solicitando un grado, cuando después otras aspiraron a títulos de médicos y abogados, ni la Universidad ni la Corte Suprema necesitaron de leyes especiales para otorgarles lo que pedían. Les bastó que ninguna ley lo prohibiera, aun cuando se oponían a ello la tradición y los prejuicios sociales.

De igual manera pienso que han podido ser admitidos a ejercer el derecho de sufragio los chilenos del sexo femenino que reúnan las condiciones constitucionales.

¿Lo haría usted extensivo a todo orden de elecciones o, por vía de ensayo, lo limitaría a las elecciones municipales?

Me parece que la lógica obliga a hacer el sufragio femenino tan amplio como el masculino. Si se acepta que las mujeres pueden elegir autoridades municipales no se me ocurre razón alguna para que no deban hacer igual cosa en las elecciones políticas. No se necesita ensayo, porque el reconocimiento de este derecho no es más que la aceptación integral del sistema democrático, retardada por la fuerza de la tradición, y porque el voto femenino está ya ensayado, sin peligro alguno para la colectividad, en muchos otros países.

¿Qué resultados calcula usted que produciría?

Tentado estoy a decir que ninguno cuando pienso en la alarma que de ordinario produce la idea del voto de las mujeres.

Sería indudablemente un buen resultado el de que los derechos políticos permitirían a las mujeres trabajar por sí mismas para conseguir el mejoramiento de su condición jurídica, que en Chile es muy poco satisfactoria. Para no citar sino un aspecto de la cuestión, creo que el justo anhelo de dar mayores facultades a la mujer casada en la administración de sus bienes, no se logrará mientras no exista el voto femenino. Y como este, muchos otros casos que no es esta la oportunidad de detallar.

Por otra parte, la experiencia de los países en que se ha adoptado el sufragio femenino es que las mujeres se agrupan para la actividad política más o menos en la forma en que ya están agrupados los hombres, o sea que entran en las corrientes de opinión existentes, sin constituir lo que se podría llamar un partido femenino. Esto es lo que ha ocurrido en Inglaterra y Alemania donde muy recientemente se les ha concedido derecho de sufragio.

En algunos casos, las mujeres han aprovechado sus derechos políticos para apoyar con energía y eficacia ciertas campañas sociales, tales como la lucha contra el alcoholismo. Así ocurrió en Nueva Zelanda con gran beneficio para ese país.

En las elecciones parlamentarias británicas de 1918, las mujeres votaron a favor o en contra de la política de Mr. Lloyd

George, exactamente como los hombres, sin producir nada original y sin el más mínimo interés por apoyar a los escasos candidatos femeninos que fueron todos derrotados. Lady Astor, elegida en 1919 en una elección complementaria, no fué un candidato feminista, sino simplemente designada por el partido a que pertenecía su marido cuando este perdió su asiento en la Cámara de los Comunes, y en consideración a que esta señora americana, naturalizada británica por su matrimonio, era popular en el distrito donde por muchos años había sido el mejor agente electoral de su esposo.

Las mujeres alemanas sólo han intervenido en política con algunos actos de protesta y lamentaciones, pero no han sabido organizarse para la reconstrucción después de la derrota, como se había esperado.

Don Guillermo Subercaseaux

Debo declarar que no he formado un concepto fijo respecto a la cuestión del voto femenino en Chile. No me he interesado tampoco en el estudio de esta cuestión, porque estimo que son ya suficientes las muchas que vamos acumulando sin resolver ninguna, y que no resolveremos mientras no tengamos gobiernos más estables y, sobre todo, reglamentos más racionales de las Cámaras Legislativas. Ninguna modificación constitucional de cierta trascendencia podrá hacerse bajo el imperio del régimen vigente; y ni siquiera leyes que resuelvan problemas como el municipal de las grandes ciudades, el monetario y bancario, el tributario, etc.

Señor Pbro. don Emilio Vaisse (Omer Emeth)

No soy partidario de este sufragio y, si de mí dependiese, hasta el sufragio masculino sería reformado, de suerte que, entre los varones, sólo los individuos verdaderamente capaces de opinar por sí mismos, serían capacitados para votar.

La misión de la mujer tiene su campo designado y limitado en el hogar. Todo cuanto la incite a desentenderse poco o mu-

cho de esa misión de esposa, madre y hermana, es, en mi concepto, contrario a la «feminidad», es decir, a la naturaleza.

Pero si la Humanidad persevera en sus errores y especialmente, en el error del sufragio universal, creo que la lógica exige que la mujer tenga el mismo derecho a voto que el varón. Como éste, la mujer paga las contribuciones y, a su manera, contribuye a mantener en actividad al Estado. Sería, pues, injusto y a la vez ilógico privarla del voto.

No veo motivo para limitar el sufragio femenino a las elecciones municipales. Por consiguiente, si se le acepta, hay que extenderlo a todo orden de elecciones nacionales, provinciales municipales, etc., etc. ¿Por qué ha de ser la mujer capaz de votar en asuntos municipales y no en asuntos nacionales? Los varones que conocemos y que votan en todas las elecciones, no poseen ni mayor capacidad ni mayor derecho que las mujeres.

En el mejor de los casos, el sufragio femenino no produciría ningún resultado: el voto de la mujer se parecería al del varón bajo cuya dependencia ella se encuentra. Las mismas mujeres aparentemente libres dependen casi siempre de un varón, padre, hermano, amigo, o colega.

Por lo demás, creo que si la mujer se emancipa hasta no depender de ningún varón, su voto no hará sino centuplicar el actual desorden, fruto de un sufragio universal, cuya dirección depende de los menos inteligentes, de los menos íntegros y de los menos libres.

Señor Pbro. don Alejandro Vicuña Pérez

Creo que para pronunciarse sobre un problema como éste, hay que esperar se resuelvan otros como los económicos y sociales. Porque traer el del sufragio femenino en los momentos actuales, haría más compleja la resolución de aquellos otros. Y dentro del problema del sufragio femenino, antes es menester valorizar el voto conforme a la situación intelectual y moral de los sufragantes. Tal vez una vez salvados aquellos escollos, el sufragio femenino me parece una obra de justicia.

La misma tendencia de la mujer la hace más apta para in-

fluir en los negocios municipales que en los de orden político. Porque su condición intelectual la hace ver más los detalles y, en cambio, no abarcar en una sola mirada de conjunto los problemas políticos. Por otra parte, al concederle el derecho en las elecciones municipales es evidente que eso es una prolongación de sus deberes domésticos. Así todo, necesita al influir en las decisiones municipales asegurarse, ante todo, una situación política, y esta podría conseguirla por medio del sufragio en el orden político.

El sufragio femenino produciría un mayor respeto por la mujer, extinción de muchos vicios, y, a la larga, un bienestar general, solucionándose con justicia el problema del feminismo que, si no se resolviera en esta forma, sería, podría ser mucho más angustioso y difícil que la solución de todos los problemas actuales.

CÓMO FUÍ NOMBRADO MINISTRO DE GUERRA Y MARINA EN 1868 (1).

El 13 de Noviembre de 1868, a las 12½ del día, estando en el despacho (la Intendencia de Santiago), ocupado en estudiar con los ingenieros la nivelación de las acequias ultra Mapocho, trabajo que por primera vez hacía ejecutar a Jarpa y Plata, Director el último de Obras Públicas (municipales), vino un ordenanza a llamarme de parte del Presidente.

Contesté que me excusase por estar muy ocupado. Quince minutos después llegó otro ordenanza con igual recado, agregando que se me necesitaba con urgencia. Ocupábame en ese instante con Manuel Valdés Vigil, jefe de ingenieros y director interesado del agua potable, de la colocación de la cañería, encargada a Europa y recién llegado a Santiago, para el proyecto de la cascada de Neptuno que me proponía construir cerrando la Alameda, frente a la calle de San Francisco, confiando la ejecución de ese trabajo al citado ingeniero.

Mandé decir al Presidente que iría a comer a su casa para recibir sus órdenes; pero que por el momento me era imposible abandonar la oficina.

No pasó mucho tiempo sin que se presentase uno de los Ede-

(1) Tomamos estos párrafos de las *Memorias*, aun inéditas, del señor Echaurren Huidobro, de la interesante biografía de ese distinguido servidor público que tiene en preparación don L. Arturo Gordeweg Villegas.

canes de Gobierno, requiriéndome con urgencia de parte del Presidente para que me presentase a la Moneda.

Este tercer llamado me puso en alarma. Temí que algo muy serio, que yo ignoraba, ocurriese en la provincia, y contesté al Edecán que luego iría; pero era tal el cúmulo de asuntos diarios a esa hora todos los días en la Intendencia, que a medida que salía del escritorio se acercaban a mí multitud de personas con diversas demandas y asuntos, y aunque decía a todos el motivo que me obligaba a salir por el momento, la gente me obstruía el paso, impidiéndome marchar. Salía a la puerta de calle, cuando se desmontaba de un coche uno de los oficiales mayores con un cuarto llamado urgente del Presidente. Esta insistencia urgente por llamarme concluyó por perturbarme, adquiriendo la cuasi seguridad de que algo raro e inusitado ocurría, que yo no había previsto, todo lo que me martirizaba el amor propio.

Tomé un coche y llegué a la Moneda con esta espina atravesada en el espíritu; pero mi sorpresa llegó a su colmo cuando encuentro en el salón del Presidente a todos los Ministros reunidos, los que en coro me saludaban apellidándome Ministro de Guerra y Marina, con gran risa y algazara de todos ellos.

No me di cuenta de lo que pasaba, ni podía explicarme lo que se me decía, hasta que, pasado un poco el aturdimiento, pedí explicación de lo que se me decía. El Presidente y Ministros me dijeron que el Ministerio en masa salía y que yo estaba nombrado para el Ministerio de Guerra y Marina.

Costóme mucho creer todo aquello, que no alcanzaba a calificar sino como una broma. Salir los Ministros sin que nadie lo hubiese sospechado e improvisarme Ministro, como me improvisaron Intendente, no podía explicármelo sino como una travesura. Sin embargo, la gente allí reunida era toda grande y seria, y, no obstante, no parecía serlo lo que se me decía.

Pedí de nuevo explicaciones y se me presentó por toda respuesta el decreto de mi nombramiento con las firmas frescas. Estupefacto, principié por protestar de aquella jugada, agregando que no aceptaría el cargo porque no era militar ni marino, ni tenía preparación para puestos públicos, que bien sabían lo que me habían contrariado con el puesto de Intendente, que sólo por ser soldado obediente a la disciplina había aceptado, con notable mengua de mi bienestar y de mi libertad;

pero que, por lo mismo, no aceptaría más compromisos de ese carácter, que mi conciencia repugnaba por lo mismo que no me creía capaz para desempeñar puestos públicos.

Todo fué en balde: se limitaron a reírse por mi sorpresa y protestas, y concluyeron por presentarme a mi nuevo colega del Interior, don Miguel Luis Amunátegui, que estaba arrinconado en un sofá, cariacontecido y pálido, sin modular una palabra y a quien ni había visto. Ocurría la coincidencia de que Miguel Luis había estado en la Intendencia para obtener un mes de plazo para la construcción de un puente en el canal del fundo de su esposa en Rancagua, plazo que se le había acordado.

En ese momento entraba Melchor Concha y Toro, a quien recibieron como a mí, apellidándolo Ministro de Hacienda. Melchor protestó como yo de aquella sorpresa; pero se le leyó su decreto de nombramiento y el pobre quedó tan mustio como Miguel Luis y yo, que no nos dábamos cuenta de lo que ocurría.

El que estuvo más llano fué Joaquín Blest Gana, que llegó en seguida, y con el que los (Ministros) salientes dieron cima a su obra de sorpresa y hasta de audacia. Todos reían de nuestro anonadamiento y se divertían con sus hechuras.

A los postres llega Manuel Valdés Vigil y lo saludan Intendente de Santiago. Valdés se queda estupefacto como nosotros; tampoco se explica lo ocurrido; pero así que despierta del estupor del primer momento, protesta que no quiere ser Intendente, que no admite el cargo por nada; pero le leen el decreto de su nombramiento y queda taciturno y tétrico como los improvisados Ministros.

Así terminó aquella comedia y tragedia a la vez, concluyendo dos horas más tarde por sorprender al público aquel cambio violento e inesperado de decoración administrativa.

FRANCISCO ECHAURREN HUIDOBRO.

LA GENERACION ESPONTÁNEA

OMNE VIVUM EX—OVO (*)

(Todo ser vivo proviene de un germen)

En la vida tropezamos diariamente con infinidad de fenómenos a los cuales no damos la importancia que ellos se merecen; empero, si nos tomásemos la pena de observarlos de cerca, veríamos que ellos entrañan leyes profundas y trascendentales. Este hecho obedece a nuestro principal defecto, cual es, pasar sobre esas demostraciones de la naturaleza con la mayor indiferencia, hasta llegar a familiarizarnos con ellas de tal suerte que, a la larga, nos parecen despreciables vulgaridades indignas de nuestra atención. ¡Qué equivocados vivimos!

Voy a mostraros con un ejemplo palpable la justicia que entrañan los conceptos que acabo de expresar.

¿Quién de vosotros, jóvenes estudiantes, no se ha sorprendido desagradablemente al partir una guayaba madura y encontrar en su interior repugnantes y asquerosos gusanos? ¿Y qué habéis hecho en presencia de semejante hallazgo? Poca cosa, tirar a un lado con desdén la averiada fruta.

El acontecimiento os causó, la primera vez, indudablemente extrañeza, pero después, acostumbrados a verlo, ya no revistió para vosotros la menor importancia. Este fenómeno quedó convertido en una de esas «despreciables vulgaridades indignas de

(*) Célebre aforismo biológico de William Harvey, médico inglés que en 1578 hizo el descubrimiento de la circulación de la sangre.

nuestra atención», de que os hablaba hace un momento. Sin embargo por falta de verdadero espíritu de observación habéis pasado por alto, una y mil veces, sobre un hecho de la mayor trascendencia, relacionado íntimamente con la delicada cuestión de la generación espontánea.

Por ventura nuestra, la humanidad no se halla toda constituida de personas tan poco observadoras como nosotros y, de tiempo en tiempo, surgen de su seno cerebros superiores, grandes investigadores, que ávidos del por qué de las cosas, dedican sus esfuerzos a descifrar los enigmas escritos en el voluminoso libro de la naturaleza. La labor que esos seres se imponen es ardua, y las variadas interpretaciones a que da lugar la resolución de tan oscuros problemas, son, a menudo, erróneas. No obstante, esos errores a la larga conducen a la verdad. Con razón ha dicho Roger: «El espectáculo de los errores humanos, lejos de desanimarnos, nos inspira confianza en el porvenir; demuestra el poder infinito de nuestro espíritu y prueba la evolución continua de la ciencia. ¿Escribir la historia del error no es escribir la historia del progreso? La humanidad marcha, no de lo desconocido a lo conocido sino del error hacia la verdad».

Ahora, hablando sencillamente, cabe averiguar de donde provienen esos gusanos vulgares que encontramos en la guayaba madura ¿Nacieron allí espontáneamente o, por el contrario, son ellos frutos de algún germen preexistente? Colocándonos en un punto de vista más elevado preguntémos: ¿Existe o no la generación espontánea?

Para daros a conocer a fondo esta cuestión será menester un examen previo de su historia para saber cómo hemos llegado, de etapa en etapa y de hipótesis en hipótesis, al concepto moderno del problema.

Los conocimientos adquiridos no han sido la obra de un día sino la de siglos; muchísimos debemos a nuestros antepasados. Schiller ha dicho acertadamente, que «el suceso más pequeño, el hecho más insignificante del tiempo actual, es el resultado necesario y natural de los sucesos que se realizaron en los siglos pasados». El gran Pascal exteriorizó un profundo pensamiento cuando dijo: «la sucesión de los hombres, en la serie de los siglos, puede ser considerada como un solo hombre que siempre subsiste y que continuamente aprende».

Desde la más remota antigüedad hasta la edad media, la idea de la generación espontánea dominó indiscutida y soberana sobre la mente del hombre.

Aristóteles, el celebre filósofo de Estagira, una de las inteligencias más cultivadas de la antigüedad, estaba firmemente convencido, y así lo asevera en su «Historia de los animales», que las anguilas provienen del limo de los ríos y que las larvas nacen de la putrefacción de las tierras y de las plantas ayudada por la acción del rocío.

Virgilio, el dulce e inmortal poeta latino, autor de las Geórgicas, de las Bucólicas y de la Eneida, escribe en la fábula de Aristeo que las abejas se generan en las entrañas de los toros muertos.

El libro bíblico de «Los Jueces» reza lo siguiente, en el Capítulo, XVI versículos V, VI, VII y VIII:

«V. Bajó, pues, Sansón con su padre y madre a Thamnatha; y al llegar a las viñas de la ciudad, se dejó ver un león cachorro, feroz y rugiente, el cual arremetió contra él.

«VI. Mas el espíritu del Señor entró en Sansón y despedazó éste al león haciéndole trizas como si hubiera sido un cabrito; y eso que no tenía arma alguna en la mano; mas no quiso manifestar nada de esto al padre ni a la madre.

«VII. Bajó pues con ellos a Thamnatha y habló con la mujer que le había caído en gracia.

«VIII. Pasado algún tiempo volviendo para casarse con ella apartóse del camino para ver el cuerpo muerto del león y he aquí que encontraron en su boca un enjambre de abejas y un pan de miel.»

Heródoto, el padre de la historia, también cuenta que muchas abejas nacieron, espontáneamente, del cráneo vacío de Onessillo, rey de Chipre.

Van Helmont, más tarde y en tono jocosos, daba a sus contemporáneos una receta magnífica para crear ratones. «Cubrid, decía, un buen pedazo de queso con un trapo sucio y pronto veréis realizado vuestro deseo».

Buonami llegó a anunciar que maderas podridas en el mar engendraban gusanos que, a su vez, se metamorfoseaban en mariposas y hasta en pájaros.

Si echáis una mirada sobre obras como «La Historia admi-

nable de las plantas maravillosas» escrita en el siglo XVII y las de J. B. Robinet, del siglo XVIII, intituladas «Vista filosófica de la graduación natural de las formas del ser», «La Naturaleza» y «Ensayos de la naturaleza que aprende a hacer el hombre», veréis que todas ellas abundan en ideas similares.

Podría citaros también a Lucrecio, Ovidio, Plinio el anciano, Diodoro de Sicilia, Plutarco y otros filósofos, poetas i naturalistas de aquellos tiempos, que creían firmemente en la generación espontánea de los organismos.

La opinion general fué, pues, que los animales se generaban espontáneamente, esto es, que ora la guayaba madura, ora la carne putrefacta, producían los gusanos; conclusión infantil, hija de la observación superficial de los hechos.

A Francisco Redi, médico y poeta italiano del siglo XVII, le cupo el honor de ser el primero en poner en tela de juicio la, hasta entonces, indiscutible cuestión. Redi presentó a la Academia del Cimento, de Florencia en 1688, un escrito titulado «Experimentaciones sobre la generación de los insectos». En este escrito dice Redi que los gusanos que se observan en las carnes putrefactas no nacen allí espontáneamente como se acostumbra a creer; que, por el contrario, provienen siempre de gérmenes previamente depositados en ellas por las moscas; en efecto, si se impide, mediante un pedazo de gasa o lienzo, que las moscas se acerquen a las carnes, se notará que cesa el desarrollo de gusanos. La experiencia es sencilla y concluyente.

Otro médico italiano, Vallisnieri, por un método similar al anterior, demostró lo mismo respecto de los gusanos que pululan en las frutas maduras. Si se evita que los insectos depositen sus gérmenes en ellas cuando están en vías de desarrollo, se logrará anular el nacimiento de esos gusanos repugnantes que tanto os desagrada encontrar..

Swammerdan llega a iguales conclusiones en lo referente al nacimiento de enjambres de abejas en las entrañas de animales muertos, fenómeno de que hablan Virgilio, la Biblia y Heródoto.

La teoría de la generación espontánea batida en brecha por Redi, Vallisnieri y Swammerdan, cayó ruidosamente de su pedestal y pareció enterrada para siempre; pero un descubrimien-

to importante realizado por Lecuvenhoeck, a fines del siglo XVII, el microscopio, reabrió inesperadamente la discusión del asunto. El microscopio, en vez de contribuir al esclarecimiento de la verdad, la obscureció por muchos años. La lucha se entablará en lo sucesivo en el campo de lo infinitamente pequeño; no se dirá que los gusanos y las abejas nacen espontáneamente, pero sí se creará en la generación espontánea de esos seres pequeñísimos que abundan, por millares, en las infusiones orgánicas, en las fermentaciones o en las putrefacciones. En este nuevo mundo, «que ignoró Colón», se situará el palenque donde medirán el sol los combatientes: de una parte los sostenedores de la doctrina de la generación espontánea, que llamaremos en adelante los heterogenistas y de la otra los enemigos de ella, los panspermistas, mientras que nosotros, simples espectadores, miraremos las infinitas y variadas peripecias de la magna contienda.

Cerca de un siglo quedó la lucha en suspenso, hasta que un cura irlandés Needham, recurriendo al método experimental, que es tan rico en consecuencias, entró en batalla. Needham, a pesar de ser un ferviente sacerdote, era partidario decidido de la generación espontánea de los seres microscópicos. Para demostrar la razón que le asistía hizo la siguiente experiencia que juzgó terminante. Si llenáis un frasco con agua y pedazos de carne susceptibles de entrar en putrefacción, y lo tapáis bien y lo colocáis dentro de otro lleno de cenizas calientes, con el objeto de destruir, por el calor, cualquier germen preexistente que pudiera contener, observaréis que dentro de algunas horas dicha maceración se corrompe. Como los gérmenes han sido destruídos previamente por el calor y se ha evitado la introducción de otros nuevos, no puede admitirse sino que los organismos desarrollados dentro del vaso han nacido espontáneamente. En concepto de Needham, aquello era una maravillosa creación de organismos vivientes que comprobaba, de manera absoluta, el fenómeno de la generación espontánea. Esta memorable experiencia causó en su época profunda impresión y por mucho tiempo nadie se atrevió a combatirla, por el contrario, ella dió lugar al lanzamiento de nuevas y numerosas teorías, entre éstas, quizás, la más importante fué la de Buffon, el gran naturalista francés del siglo XVIII. Para Bu-

ffon, la muerte es un mito. Cuando un ser perece, su personalidad es lo único que se destruye, sus elementos constitutivos y esenciales continúan viviendo. Los grandes organismos están, según él, formados de un esqueleto cubierto por infinidad de células orgánicas; la muerte lo que hace es independizar éstas que se reúnen después para formar otros cuerpos vivientes. Así se generan los vibriones, los gusanos y los seres en general. De la muerte, pues, nace la vida. ¡Extraña y original teoría del origen de los animales!

Cuando menos se esperaba surgió un nuevo combatiente; contra el cura Needham se alzó el famoso abate Spallanzani, enemigo decidido de los partidarios de la generación espontánea, de los heterogenistas. Spallanzani, al repetir la experiencia de Needham observó que si se dejaba por lapso mayor la maceración en dichas cenizas y se elevaba más la temperatura, no se producía putrefacción alguna y se conservaba estéril indefinidamente. Needham ante crítica tan terrible replicó que Spallanzani lo que hacía al subir tanto la temperatura, era destruir «la acción vegetativa del líquido», cosa indispensable para provocar la generación espontánea de los organismos.

Es digna de notarse esa tendencia, muy común en los tiempos pasados, de llenarse de viento la boca usando términos y argumentos sutiles y ampulosos con los cuales, aparentemente, se pretendía explicar el origen o la razón de los fenómenos naturales: «el horror del vacío», «la fuerza vital», «la virtud genésica», «la acción dormitiva del opio». Palabras! ¡palabras! ¡palabras! que diría Shakespeare. En realidad no definían jamás en qué consistían, y esto era lo esencial, «la fuerza vegetativa o genésica», «el horror del vacío», «la fuerza vital» o «la acción dormitiva del opio». Con tales experiencias era imposible juzgar en última instancia quien tenía razón, si Needham o Spallanzani. La cuestión de la generación espontánea quedaba en el tapete irresuelta; sin embargo, los conocimientos adquiridos tuvieron una aplicación práctica en la preparación de las latas de conservas. Poco después Gay Lussac, analizando, precisamente, el aire de esas latas de conservas encontró que el oxígeno en ellas había desaparecido y que por esta razón la generación espontánea no se realizaba; faltaba ese importante elemento a su «fuerza vegetativa». El argumento favorecía a Needham.

No tardaron en salir nuevos defensores de la tesis contraria. Schultze en 1836 hizo una nueva experiencia, basada en la de Spallanzani, con el fin de probar que no hay tal generación espontánea. Schultze tomó un frasco de boca ancha, que llenó a medias con agua y pedazos de carne, tapó el frasco con un corcho que estaba atravesado por dos tubos de cristal, uno de los cuales comunicaba con un lavador de Liebig que contenía ácido sulfúrico y el segundo, con otro lavador de Liebig lleno de potasa. Después de haber calentado fuertemente el frasco que contenía el agua con los pedazos de carne, hizo entrar en su interior, mediante un aspirador y a través de uno de los lavadores de Liebig, el aire atmosférico y observó que en tales condiciones la maceración no se alteraba en lo más mínimo. Schultze explicaba el fenómeno diciendo que el ácido sulfúrico o la potasa destruían, al pasar, los gérmenes que existían en el aire; que la falta del oxígeno no era como creía Gay Lussac, cuestión esencial, pues allí había oxígeno en cantidad suficiente y, sin embargo, no se producía la generación espontánea. Sus adversarios no tardaron en replicar que probablemente el ácido sulfúrico o la potasa, como el calor, en la experiencia de Spallanzani, destruían químicamente, la «propiedad vegetativa» del aire.

Schwann, otro experimentador, en lugar de recurrir a los lavadores de Liebig, cargados con ácido sulfúrico y potasa, hizo atravesar la corriente del aire por tubos torcidos en forma de U, y sumergidos en una vasija que contenía metal en fusión y obtuvo idéntico resultado que sus predecesores, Spallanzani y Schultze, pero como la experiencia adolecía de los mismos defectos, se le hicieron las mismas objeciones.

Schroder y Dusch, en 1854, a fin de evitar que se dijese que al aire caliente o alterado químicamente por el ácido sulfúrico o la potasa, se le había destruído su acción vegetativa, necesaria para la generación espontánea, practicaron otra experiencia inobjetable a ese respecto; se contentaron con llevar el aire al frasco filtrándolo, simplemente, a través de un tubo que contenía algodón, haciendo notar que en este caso el líquido orgánico se conservaba puro e inmaculado indefinidamente. Los gérmenes de la atmósfera habían sido todos detenidos por el algodón, decían Schroder y Dusch, pero los he-

terogenistas no se callaban y preguntaron a sus contrincantes que dónde estaban esos gérmenes hipotéticos del aire, que querían verlos, palparlos; que aun vistos sería menester probar que eran ellos y únicamente ellos los agentes causales de la generación.

A pesar, pues, de los progresos alcanzados, el asunto no terminaba definitivamente; los panspermistas no lograban acabar de una vez y para siempre con los heterogenistas. Sin embargo, el círculo se estrechaba cada día de más en más y la lucha parecía radicarse en torno de la existencia de gérmenes en la atmósfera.

Pouchet, director del Museo de Historia Natural de Rouen, publicó en 1859 una obra titulada «Tratado de heterogenia» en la cual manifiesta: «Cuando por la meditación me convencí que la generación espontánea era uno de los medios que emplea la naturaleza para la reproducción de los seres, me dediqué a descubrir los medios que pudieran poner estos fenómenos en evidencia». Y en efecto, fueron muchas y variadas las experiencias realizadas por Pouchet. Decís que los gérmenes preexistentes en los líquidos, sólidos y sobre todo en el aire son los agentes de la generación espontánea de los microorganismos, pues bien, voy a probaros el error en que estáis. Tomad, decía Pouchet, un frasco de boca ancha, llenadlo con agua previamente hervida, voltead este frasco así lleno de agua sobre una cuba de mercurio, introducid allí dentro con cuidado, unas cuantas bolitas de heno, también previamente esterilizadas por el calor, preparad artificialmente cierta cantidad de aire mezclando oxígeno y ázoe en la proporción requerida, haced llegar después esta mezcla gaseosa dentro del frasco y observaréis que, a pesar de todas las precauciones tomadas, de que habéis hervido el agua y el heno, calentado el frasco, y de que habéis preparado el aire artificialmente para que no tenga ningún germen viviente, esta vez la generación espontánea se realiza en breves momentos.

La experiencia de Pouchet hizo ruido en su época y la Academia de Ciencias de París, donde se hizo pública por primera vez, tuvo que interesarse en el asunto. Aparece entonces un titán en la liza: Pasteur. Este sabio, con su gran espíritu observador, pronto notó los defectos de la experiencia de Pouchet.

Es indudable, dijo, que no contienen gérmenes vivientes ni el agua, ni la vasija, ni el aire artificial en esa experiencia, pero, pueden estar en el mercurio de la cuba, en el aire atmosférico que penetra en el frasco al introducir la mano en él y aun en las mismas manos del operador. La experiencia de Pouchet no es por lo tanto concluyente como él se figura. El golpe asettato por Pasteur fué mortal. Los panspermistas batieron de nuevo palmas de triunfo.

Pero un genio como el de Pasteur no iba a quedar satisfecho con la simple demostración de los errores de técnica experimental de su adversario y fue más lejos, a pesar de que su sabio amigo Biot, quien temeroso de verle emprender investigaciones tan arduas, le aconsejaba que no abordase la solución del difícil problema de la generación espontánea.

Pasteur pensó que lo primero que debía hacerse era demostrar claramente la existencia de gérmenes vivientes en la atmósfera; enseñar que son muchos i variados y, también, que son ellos, y únicamente ellos, los que producen el fenómeno de la generación espontánea.

Pretendéis, replicaba Pasteur, a los partidarios de la teoría de la generación espontánea o heterogenistas, que en el aire no hay gérmenes, en número suficiente, para explicar la fecundidad de las infusiones con las cuales entra el aire en contacto: ¿qué sabéis de esto? Vosotros habéis examinado el polvo depositado sobre los muebles y sobre las piedras, habéis ido a buscarlo sobre las torres abandonadas de viejas catedrales, en el fondo de los hipogeos. ¡Cuidado bien inútil! No es el polvo que cae y se deposita el que nos interesa. No encontraréis allí sino las partes pesadas de lo que el viento se lleva, los corpúsculos minerales, los granos de almidón, los esporos de las criptógamas, pelillos de algodón o de lana desprendidos de la naturaleza viva o de vuestros vestidos. No son esas partículas las que se deben estudiar, sino aquellas que se ven bailar, sin descanso, en un rayo de luz y que contiene permanentemente el aire. Y sin embargo qué fácil es la cosa. Volvamos a tomar el filtro de algodón de Schroder y Dusch, reemplazándolo únicamente con algodón pólvora, y cuando hayamos recogido, mediante él, una cantidad de polvo determinada con relación al volumen de aire, echémosle en una mezcla de alcohol y éter, en el cual es soluble

Todo lo que sea la trama del filtro de algodón se disolverá y el polvo detenido en las mallas se pondrá en libertad y caerá al fondo, el cual, decantado debidamente y lavado, podrá ser cuidadosamente estudiado. Y bien, mirad y decidme si no hay allí corpúsculos, globos esféricos, cuerpos redondos y ovales tan parecidos a los esporos de las criptógamas o a los huevos de infusorios, que ningún micrografo podría diferenciarlos. En cuanto a número, se encuentran millares en un taponcito de algodón atravesado por una corriente de aire durante veinticuatro horas. Debéis, por lo tanto, admitir que existe constantemente en el aire, flotando, una causa de vida para todas las infusiones que entran en contacto con él.

Los heterogenistas argumentaron que quién podía asegurar que tales depósitos se transformaran después en organismos vivos. Duclaux, otro sabio discípulo de Pasteur, demostró entonces palpablemente que si a esos tapones sucios, llenos de esporos, se les mezclaba con agua y se les examinaba al microscopio en cámara húmeda, se les podía ver materialmente germinar y desarrollarse.

Pasteur recurrió a otro proceder para comprobar lo mismo; le bastó repetir la tan conocida experiencia de Schwann, pero modificándola y «operando bien donde otros operaban mal», siempre convencidísimo de que cualquiera infusión orgánica, vegetal o animal, que estuviese realmente libre de gérmenes, debía conservarse para siempre pura. Pasteur cogió una vasija provista de cuello largo i estrecho, la llenó a medias con una infusión orgánica, puso en comunicación, mediante un tubo de caucho, el cuello largo y estrecho de la vasija con otro tubo ancho, de platino, que podía ser calentado al rojo oscuro en un hornillo; hizo entonces hervir la infusión, para destruir los gérmenes que pudiesen existir en ella y para hacer salir también el aire impuro contenido en el interior de la vasija, dejó enfriar después la infusión, pero teniendo cuidado de que el aire, que volvía a entrar al recipiente, pasara antes al través del tubo de platino calentado al rojo en el hornillo, con el objeto de impedir la entrada a gérmenes provenientes del exterior; cerró en seguida, herméticamente con la lámpara, el cuello de la vasija y observó que el líquido, así preparado, conservaba su esterilidad indefinidamente.

No satisfecho aún, Pasteur modificó su experiencia, intercalando entre el cuello largo y estrecho de la vasija y el tubo ancho de platino; otro tubo de cristal que contenía tapones de algodón, contaminados con gérmenes del aire y arreglados de modo tal que a voluntad, pudiera comunicarse, por medio de un tubo de latón en forma de *T* de tres llaves, ya con el tubo ancho de platino, ya con una máquina neumática. En estas condiciones, comienza Pasteur por cerrar la llave que conecta con el tubo de platino calentado al rojo y, abriendo después las otras dos llaves, hace el vacío en el recipiente de los algodones; practicado esto, abre la llave para dejar entrar aire calcinado y esterilizado en este espacio y repite esta operación varias veces para tener la completa seguridad de que el aire que ese recipiente contiene ahora está completamente puro. A través del tubo de caucho, rompe entonces la punta delgada del cuello de la vasija que estaba cerrada a la lámpara, y, con cuidado, empuja los algodones contaminados dentro de dicha vasija, y nota que, a las pocas horas, la infusión se llena de infinidad de microorganismos. Esta experiencia prueba que los gérmenes sólo pudieron penetrar a la vasija de infusión en el algodón contaminado.

Previendo Pasteur nuevas objeciones de los heterogenistas, les salió al encuentro diciéndoles: «¿Vosotros que sois partidarios de la generación espontánea pretenderéis, quizás, que el algodón sea la causa del fenómeno? No os figuréis tal. Reemplacémoslo por amianto calcinado y el cambio no afectará en nada el resultado. Podéis pensar, acaso, que el tapón de algodón pueda haber absorbido, al entrar en contacto con el aire, no sé qué vapor o que materia sutil destruible por el calor, y que, al llegar a la infusión, hubiera provocado en ella una de esas condiciones necesarias a la vida. La hipótesis es bien fina, pero no tiene en suma nada de más misterioso que la vida misma. Voy a responderos. Introducid una infusión orgánica en una vasija; estirad en seguida su cuello a la lámpara, dándole una forma sinuosa de *S* bien larga; haced después hervir el líquido y cuando el vapor haya salido, durante algunos minutos, a través del orificio del cuello, llevándose todo el aire de la vasija, apagad y dejad enfriar. La vasija se llenará nuevamente de aire ordinario, que no ha sido calentado conduciendo todos

sus elementos conocidos o desconocidos y la difusión establecerá un intercambio incesante, entre el aire de la vasija y la atmósfera exterior; a pesar de todo, el líquido de la vasija se conservará indefinidamente estéril. ¿Qué explicación daréis vosotros, partidarios de la generación espontánea, de este fenómeno? Tenéis allí materia orgánica, agua, aire incesante renovado, calor y, sin embargo, nada resulta en el líquido. Diréis que la facultad genésica de la infusión ha sido tal vez alterada por la ebullición, a la cual se ha previamente sometido. Pero si cortáis el cuello de la vasija que la contiene, de modo que puedan llegar a su interior las basuras atmosféricas, la infusión se enturbiará en dos o tres días. ¿La facultad genésica esperaba, pues, para manifestarse, la desaparición del cuello de cisne?»

Si en lugar de usar una vasija, con un tubo sinuoso con una sola S, se emplea otro tubo más largo, con varias sinuosidades, como hizo Balart, la experiencia es aún más demostrativa. Bastará únicamente inclinar, con precaución, la vasija hasta hacer tocar el líquido interno con la parte del tubo contaminado y luego volverla a su posición primitiva para observar, al poco tiempo, el desarrollo de la generación.

Otra experiencia muy curiosa, que vino apoyar la de Pasteur, es la del físico inglés Tyndall; está basada en un fenómeno óptico. Todos vosotros habéis visto el efecto de un rayo de luz, en un cuarto obscuro, y habéis observado la cantidad infinita de partículas que se agitan en el aire. Tyndall, teniendo en cuenta este hecho, hizo construir una caja especial que pintó de negro interiormente sobre dos de sus lados, abrió sendas ventanillas de vidrio, para dar paso a un rayo de luz; en el fondo de la caja colocó varios tubos de cristal, que podía llenar por encima a voluntad con un líquido orgánico, gracias a un embudo adecuado. Embadurnó además, el interior de la caja con glicerina, a fin de que se adhiriesen las partículas atmosféricas. Al comenzar la experiencia, el rayo de luz es visible, debido al movimiento de las basuras del aire, pero con el reposo poco a poco éstas se depositan pegándose a la glicerina y el aire se aclara, hasta no verse más el rayo de luz. Usando entonces el embudo especial, introdujo Tyndall, en los tubos de vidrio del fondo de la caja, un caldo nutritivo, hervido y

esterilizado, y observó que este líquido no cambiaba en lo absoluto, conservándose limpio de germen. El simple reposo del aire había bastado, en el presente caso, para evitar la contaminación y para que no tuviera lugar el fenómeno corriente de la generación.

Pero todavía se presentaban objeciones que invocar en favor de los heterogenistas. La ebullición del líquido nutritivo es lo que destruye la causa, necesaria y misteriosa, para la producción de la generación espontánea. Pasteur que no quería cejar en su contienda, buscó manera de acabar con este último reducto y lo consiguió. Al efecto cogió Pasteur un tubo de cristal que tenía, de un lado, una punta afilada y cerrada a la lámpara, y del otro una prolongación protegida internamente con un taponcito de algodón. La punta afilada del instrumentito de cristal, la introdujo en el interior de una víscera animal y dentro rompió esa punta, haciendo después la aspiración por el otro lado. De ese modo pudo recoger, directamente y sin contaminación, orina, sangre, leche y otros líquidos orgánicos, cerrando a la lámpara, en seguida y de nuevo, la punta afilada. Observó que el líquido así extraído, que no había sido hervido sino simplemente obtenido de modo aséptico, no daba lugar a desarrollo de microorganismos y conservaba eternamente su pureza. Este era un nuevo triunfo para el panspermismo. El resultado obtenido lo sintetizó en las siguientes conclusiones:

«En los casos en que se ha pretendido observar la generación espontánea, de algún ser viviente, se ha podido demostrar, por qué vía, el germen de ese ser viviente, ha podido introducirse en el medio donde él se ha desarrollado.

«Cada vez que se introducen, en medios favorables, gérmenes de seres organizados, éstos han evolucionado produciendo el nacimiento de nuevos organismos vivientes.

«En resumen: todo ser viviente, por simple que sea, debe considerarse en la naturaleza actual como proveniente de un ser vivo, de la misma especie, que ha existido antes que él: *Omne vivum ex ovo.*»

Controversias menos importantes ocurrieron también entre Pasteur, Joly, Fremy, Frecul y Musset.

En las alternativas de esta lucha científica se nota, aun en manos de los mejores experimentadores, faltas graves de téc-

nica, interpretaciones erróneas y conclusiones disparatadas que sorprenden. Pasteur no fue una excepción de esta regla. Muchas de sus experiencias que parecían perfectas, no lo eran en realidad y el doctor Bastian, su contemporáneo, no tardó en demostrarlo. La polémica suscitada entre Bastian y Pasteur, con tal motivo, fué interesantísima y de gran importancia práctica, pues como consecuencia de esta discusión luminosa, nació más tarde la técnica de la esterilización moderna. Una vez más vemos que el error mismo tiene para la ciencia su utilidad: que las equivocaciones de los sabios nos reportan, en ocasiones, beneficios incalculables y que nunca, por lo tanto, debemos mirarlos con indiferencia o con desprecio. A este respecto dice Duclaux: «El error pasajero de Pasteur ha tenido también su buen lado y sus ventajas. Se ve aquí de qué serie de juicios, sin cesar revisados, se hace el progreso indiscutible de la ciencia. Es menester creer en este progreso y no dar sino una confianza limitada a las diversas formas que pueda revestir. Se va, a veces, a la verdad por el error, como también al error por la verdad».

ALFONSO PRECIADO.

(Continuará).

NOTAS Y DOCUMENTOS

MORFINA, COCAÍNA Y OPIO.—En las grandes naciones europeas y en los Estados Unidos también (Nueva York, Chicago, San Luis, Nueva Orleans) ha surgido de años atrás y medra de un modo alarmante, una nueva plaga, peor que la falta de natalidad allá y que el propio alcoholismo en las dos partes. Trátase de una trinidad lívida que se llama la Morfina, la Cocaína y el Opio. Medio París busca en estas drogas los viejos paraísos artificiales de Baudelaire, (en el poeta, paraísos más ingenuos y «esnóbicos» que otra cosa).

Entre las fobias ultramodernas, hay una inmensa: el miedo al Dolor.

Gómez Carrillo, en sus admirables «Flores de Penitencia», nos recuerda las expiaciones espantosas a que se sometían los Antonios, los Palemones y los Pakomios en las Tebaidas, y cuando leemos esas páginas, parecemos que los hombres que realizaban tales mortificaciones no eran de este planeta. Los hombres de ahora no sólo huyen aterrorizados ante la menor de las penitencias, sino que, en cuanto desaparece la armonía de sus funciones orgánicas, la euforia de su vida, corren ansiosamente a buscar la pastilla de cocaína o la pipa de opio que adormezca su mal.

¿Es que hemos olvidado el divino secreto de sufrir con resignación? ¿Somos por ventura inferiores en quilates de voluntad a los antiguos bárbaros?

No, yo no creo esto; creo por el contrario que somos superiores a ellos y que nuestro miedo al Dolor no viene sino de la afinación cada vez más extraordinaria de nuestro sistema nervioso.

La civilización nos ha traído a este punto: no se lo agradezcamos.

No cabe duda que un chino, un negro o un australiano sufren muchísimo menos que un europeo. De allí su estoicismo ante el dolor físico.

Un amigo mío que fué secretario de la Legación Mejicana en China, vió cortar en pedazos a algunos *celestes*, condenados por fechorías considerables a esta odiosa pena. Y referíame que antes del suplicio charlaban y reían y cuando éste empezaba, el cuchillo del verdugo no acertaba a arrancarles un grito ni a poner un gesto de angustia en la amarillenta impasibilidad de sus rostros.

¿Se trata por ventura de una milagrosa fuerza de voluntad? No, se trata sólo de organismos extraordinarios menos sensibles que los nuestros.

Comparemos a un hombre de esos, capaces de reirse del «Jardín de los Suplicios» de Mirbeau, con un europeo sibarita y refinado, a quien el menor cambio de temperatura le produce una bronquitis!

Se refiere que cuando el Barón de Montcalm visitó las cataratas del Niágara, era en lo más crudo del invierno. La milagrosa cabellera de la catarata estaba helada. El barón iba envuelto en pieles y lo acompañaba un indio, guía, casi desnudo, que no daba la menor señal del frío.

—¿Cómo es que puedes resistir una temperatura semejante, sin cubrirte?—le preguntó el barón.

Y el indio a su vez le dijo:

—¿Por ventura tú tienes frío en la cara?

Respondió el barón:— No, por cierto!

—Pues yo todo soy cara—replicó lacónicamente el indio.

Y nosotros éramos cara también; pero vino el regalo. La industria nos trajo el confort, los caloríferos respiraron su tibio aliento en nuestros hogares... y ahora, inermes ante la intemperie, apenas si con los deportes logramos paliar un poco nuestra inadaptabilidad a los cambios y nuestra excesiva y vidriosa sensibilidad ante las menores molestias físicas.

En tanto, el berebere corre aún con los pies desnudos sobre las zarzas y los espinos y el indio del norte expone impunemente su piel cobriza a todos los cierzos.

Las cincuenta mil tazas de café de que murió Balzac, la perpetua vibración moderna, el «aprisismo», el mercurialismo de nuestra vida; el vértigo de los negocios, reestiran, casi a reventarlas, las finas cuerdas doloridas de nuestro sistema nervioso.

Ya los aristócratas europeos y los magnates americanos, los que *se han vuelto aristócratas*, no pueden más: el menor soplo exterior destruye el inestable ritmo de sus funciones. La menor contrariedad acaba con su quebradiza paciencia. Tres minutos de retardo en el sacramental: *Madame est servie*, sumen en la desesperación más profunda al ama de casa. Nuestra señora la

Neurastenia pasea su espectro verde por la vida prósper y aun por las vidas humildes; y millares de seres buscan en el éter, en la morfina, en el opio, un lenitivo para el terrible mal de vivir.

Sabemos ciertamente muchas cosas; pero el Eclesiastés nos dijo que «quien añade ciencia añade dolor...»

Al opio se acude especialmente, porque, según los que lo han tomado, produce una serenidad de dios.

El alma parece desligarse del cuerpo, flotar en una atmósfera de misterio apacible... La pequeñez de la vida le hace sonreír. Se cree manumisa... Ha vencido al dolor... Una suprema indiferencia amable reina en ella y la satura de paz...

Se cierne en un plano milagroso desde el cual el universo aparece como en una perspectiva confusa y ultra lejana. Ha entrado en el mundo de la verdad... se ha sustraído al número y al espacio... ¡Qué mísera es la humanidad! Cuántas nimiedades la preocupan... ¡Ella sí que descubre ahora el verdadero sentido de la existencia!

... Pero, hay que aumentar diariamente la dosis: una pipa, dos, diez, veinte, hasta cincuenta diarias, llegan a ser precisas, para mantener el éxtasis. En Tolón hay mujeres que fuman hasta ciento y que en un año, en dos, no han pisado los umbrales del fumadero para salir a la calle. El mundo exterior no las interesa. ¡Para qué contemplan el fastidio eterno del sol!

En la aperlada penumbra de la estancia escondida, pasean diáfanas, casi ingravidas, mostrando una palidez que ya no parece de este mundo. O bien yacen entre cojines de seda, con la mirada fija en un edén lejano...

Sólo sus ojos, unos ojos desmesurados, tienen vida en aquel cuerpo de cera... Son ojos que parecen añorar olimpos remotos... No les habléis: su reino ya no es de este planeta... Pertenecen a otra dimensión. ¡Están más que muertas!

El despertar es espantoso. Hay que volver cuanto antes a la droga despótica... El cerebro ha naufragado... El hombre que fuma tres veces opio, se vuelve fantasma... La voluntad en él es impotente hasta para mirar...

He aquí lo que la «civilización» hace de los pueblos. ¿Cuándo, oh gran Bergson, la humanidad cansada de la mentira, volverá al sabio instinto ancestral tan lleno de medida, de sabiduría y de dignidad?

¡El Dolor! Tenemos un miedo indecible al Dolor y estamos muy lejos de exclamar como María Alacoque «Il n'y a que la douleur qui me rende la vie supportable», o como Santa Teresa: «Padecer o morir».

Y sin embargo, el Dolor es la razón esencial de la vida. El objeto de la vida es el conocimiento, y el conocimiento sólo se adquiere por medio del Dolor.

No podemos imaginar siquiera un mundo sin dolor. Tendríamos que suprimir en ese mundo la belleza, la elevación del alma, el Amor . . . todo lo que aquilata y ennoblece los instantes . . .

Solo el Dolor crea, y es mil veces preferible su fecundidad todopoderosa que sostiene los mundos, a los aburridos deliquios de los paraísos . . .

Al Dolor y a la Muerte hay que verles cara a cara: son dos océanos imponentes y terribles desde la orilla; pero cuando en ellos nos sumergimos resueltamente, cada una de sus olas nos trae una delicia nueva.

El alma humana está hecha de manera que se familiariza con las inmensidades, porque no hay abismo superior a los abismos de que está hecha . . . El Dolor y la Muerte son inferiores a ella: sólo el Amor es de su tamaño y por eso vence todas las muertes y todos los tormentos.

La moraleja de estas filosofías, debiera ser, por tanto, no huir jamás del Dolor ni temer a la Muerte: éste es el verdadero opio que produce la serenidad.

Así como frotándose con hielo se deshielan los miembros congelados, así, sumergiéndose virilmente en el Dolor se mata el Dolor . . .

AMADO NERVO.

El Gramaticalismo.—Existe entre los literatos españoles un estado de miopía intelectual muy grave, y es el que consiste en no ver en las obras más que el lenguaje. Tal es el que podremos llamar Gramaticalismo.

Para adquirir esta enfermedad, se necesita estar afectado de un cierto raquitismo cerebral proporcionado, y a *nativitate*. Entonces al enfermo se le figura que el estilo de un autor y aun la importancia de una obra, dependen especialmente de la construcción gramatical de la frase, y, a veces, hasta de su ortografía. El gramaticalismo es el grado más acentuado de la miopía cerebral. Llegado a este grado, el mal siempre es incurable, dado que de endémico pasa a ser académico varias veces. En este caso, el enfermo español se convence de que toda la cuestión de componer un libro estriba en escribir castizo, es decir, arcaico, o lo que él llama castellano puro y neto, *sin mezcla de algodón*; y hace gala de nimiedad en sus escritos que lima y pule, después de haberlos construído como un mosaico, por medio del ajuste de palabras, consagradas por el uso, tomadas de escritores que vivieron en épocas que no son las nuestras. Su bello ideal es el *escribir el castellano* tomando la lengua, no como un medio, sino como un fin, y fin de toda literatura posible, en vez de *escribir en castellano* los conocimientos, ideas o sentimientos que tenga. Pero como no los tiene, encuentra que a la lengua le basta y sobra con expre-

sarse a sí misma, y así se deleita en esa especie de masturbación mental. Las formas literarias que afectan sus secreciones, son en general las de comentarios indigestos, las de disquisiciones nimias, las de poesías insulsas, en metros consagrados por el uso, también de poetas de otros tiempos, tan correctamente rimadas como vacías de sentido; de cuando en cuando suelta alguna definición que nada define, o alguna sentencia insípida que no va a ninguna parte, haciéndola preceder de mil preámbulos tan altisonantes como pretenciosos.

En tal proceso de estrechez cerebral sobreviene una parálisis de la visión. No ve que la lengua es un instrumento para expresar los estados de nuestro espíritu, que toda la dignidad del lenguaje consiste en el pensamiento; que la lengua es un órgano viviente que evoluciona, y que en cualquier momento de su historia, una lengua se halla en estado de equilibrio entre dos fuerzas opuestas, la una conservatriz o tradicional, y la otra revolucionaria o innovadora. No ve que la fuerza revolucionaria que obra por alteraciones fonéticas o sea de sonido, por cambios analógicos y por neologismos, es necesaria a la vida del lenguaje para que éste no se muera falto de sentido y de flexibilidad. No ve que la vida y la salud del idioma consiste en el equilibrio de conservar lo antiguo que corresponde a las ideas cuyo uso sea lógico y adecuado, y de enriquecerle con nuevos sonidos, nuevas significaciones, nuevas palabras y nuevos giros, creados siempre conforme al genio de la lengua, genio que también evoluciona con el de la nación.

Nada de eso ve, y se complace en mostrar la inconsecuencia de las faltas del lenguaje tal cual el pueblo lo ha hecho, y corregir las divergencias del uso inveterado, por medio de raquílicas deducciones gramaticales, sin apercibirse de que los giros que intenta suprimir son más lógicos, más naturales y más claros que los que él propone para sustituirlos.

Como en tal estado de raquitismo mental no cabe el conocimiento de las leyes de la Naturaleza, cree que la lengua vive por sí propia, que desde que la fijaron los clásicos, es perfecta *per in eternum*, y a veces omnipotente y omnisciente; y se figura un sacrilegio toda innovación, y toda alteración un atentado. Su trabajo es el de limar, pulir, miniar, y así se le pasan las horas, días y aun años convirtiendo el castellano de lengua viva en lengua muerta. Le sucede lo que a los romanos de la decadencia que a fuerza de aferrarse a su latín, se les quedó una lengua litúrgica, incomprensible, en frente de las lenguas populares fecundas y poéticas que dieron lugar a las lenguas neolatinas. No ve que el mundo marcha, y con él las expresiones escritas. Cervantes para él no tiene más mérito que el de sus giros. Discutirá en páginas y en tomos si un nombre propio debe terminar en z o s, y si una de sus sílabas debe escribirse

con b o v, como si fuera una cuestión que le importara a nadie, cuando Cervantes y Quevedo escribían indistintamente Felipe con F o con Ph.

¡Ay del que equivoque un artículo, ay del que construya de un modo distinto que los clásicos! ¡Ay del que de un nombre haga un verbo, de un verbo un nombre, de un sustantivo un adjetivo! Para él será esto mayor crimen que el de haber faltado a la moral o a la conciencia.

Y, ¡cosa rara! A causa de esta ceguera intensa redacta diccionarios que pretende imponer como códigos de la lengua, y que en cuanto a ciencia filológica están a cien metros debajo de los conocimientos vulgarizados. Tal es el cuadro sintomatológico del infeliz atacado de esta enfermedad esencialmente española. Pero apesar de esto, la lengua continúa haciéndose por los escritores que vienen preñados de conocimientos y de ideas, por los que sienten y piensan sin curarse de tales insignificancias. Y esos son los que se llaman Cervantes, Dante, Shakespeare, Calderón, y otros que de esta manera nacen, pues la savia que produce el genio aun no se ha estruncado en la Naturaleza. Y contra todos estos pseudos gramáticos, el lenguaje continúa siendo un organismo sonoro que la mente humana crea y transforma de una manera sensible e indefinida, bajo la acción inconsciente de la concurrencia vital y de la selección, al par de los demás organismos naturales. Y las obras de genio siguen produciéndose y dando lugar a nuevas estéticas, y los estilos nuevos surgen con los nuevos temperamentos, independientemente de todas las reglas. Y la mente humana continúa produciendo e innovando en las letras como en todo pudiéndose decir a pesar de los académicos:—¡E pur si muove!

POMPEYO GENER.

BIBLIOGRAFIA

Armando Donoso.—Ediciones Selectas América.—*Un hombre Libre.*—Rafael Barrett.—Director, Samuel Glusberg.—Buenos Aires, 1920. in 4.º; numeración continuada de la colección de 195 a 224.—Retrato de Donoso y juicio crítico sobre el autor.

Si, como Donoso lo dice en las páginas de este estudio suyo donde palpitan los ecos de un fuerte impresionismo rápido y admirativo por los problemas sociales de la hora actual, la más acentuada característica de la amargada y dolorosa vida del punzante autor de las *Moralidades Actuales* y de los *Cuentos Breves* fué, precisamente, una rebeldía feroz y a toda prueba, un gesto despreciativo y cortante para con los falsos valores sociales de la Europa y de la América, un apostolado ardiente y santo por la causa de esa grande y hermosa ideología que se llama la democracia, un elevado y noble magisterio por el levantamiento y dignificación de las masas, para redimirlas de la oligarquía dominante, egoísta e insolente; el caso de Barrett, singular y maravilloso, merece exac-

tamente el nombre que Donoso le ha dado de un *hombre libre*, profundamente libertado de los convencionalismos del día. Porque Barrett, nacido en Algeciras, llevó siempre en su alma el convencimiento, experimentado por él mismo de la hipocresía de la justicia y de la caridad humana, de la falsa estupenda en que se envuelven los dolores de los de abajo y de la cínica explotación de esos mismos de abajo que constituyen, sin embargo, el músculo y la fuerza de todo progreso y desenvolvimiento material. Intensamente admirativo de las desigualdades sociales y entregado por ello a las meditaciones sociológicas, después de arrastrar en España una vida miserable, vino a América a continuar siempre esa existencia y a levantar su látigo crujiente para pregonarnos verdades de honda sinceridad cuanto profunda amargura. Se hizo americano. Traía todo el sol de Africa para quemar con él en la joven América, el rostro de los expoliadores inmorales del peón de los bosques paraguayos, de los obreros tísicos y extenuados de las fábricas de Buenos Aires, de los gau-

chos rudos y melancólicos de las pampas y de los mendigos harapientos del pequeño Uruguay; y venía a decirnos con voz fuerte y sonora que muchas veces tuvo el acento conmovedor de los extertores de una larga y difícil agonía, que aquello no era posible en pueblos nuevos, llenos de viriles ideales. Y entonces escribía Barrett, sus moralidades; moralidades breves, quemantes, de un amargor horrible, de una alternería inaudita y de un arrojo temerario, porque no reconocen límites ni paran en señorones de abigarradas campanillas. Tienen todo el sello de epigramas agudos e incisivos; pero las moralidades, así como son diminutas, trazadas nerviosamente, no son páginas de arte, en su verdadero sentido. Acaso más bien, por la enorme sinceridad con que fueron escritas, con que fueron vividas aquellas páginas, lleguen en algunas ocasiones a tocar los lindes del arte. Pero Barrett, en el fondo no era artista, y la condición misma de su espíritu reflejada aquí en las *Moralidades Actuales* y en los *Cuentos Breves* y traducida fielmente por Donoso en su estudio, era la de un severo moralista. Por esa misma circunstancia suya de ser antes que nada un austero moralista su obra lleva impregnadas las palabras con que Pierre de Villey caracterizó el valor de los *Ensayos* de Montaigne: «Es un libro—vario decía—flexible, cambiante como el espíritu que lo anima, un libro que tiene vida. Se le ve nacer, transformarse al ir creciendo, mudar de fisonomía como de carácter, titubear entre diversas líneas de conducta, lograr madurez en la perfección de una forma y de un pensamiento originales, y, por último, como todo lo que vive, alte-

rarse con ciertas arrugas al contacto de la vejez». Ni es tampoco Montaigne el espíritu que pueda compararse al de Barrett, porque dentro de la constante agitación en que viviera, dolorido y amargado, Nietzsche es el que mejor se le parece y con quien mejor se identifica. Pero dejando de mano estas comparaciones ¿fué Barrett un espíritu amargado, pesimista y contrario a los ideales de la vida moderna? «Los que creen que Barrett hizo una profesión del pesimismo, arguye Donoso, incurren en un error de leso desconocimiento de sus ideas y de sus sentires». Sin embargo, eso no basta; y Barrett fué un pesimista, un implacable destructor de lo existente en sus días; si soñaba en un futuro de justicia, era condenando; si pensaba en el advenimiento de una humanidad sincera, era oprobando; era un visionario y un ideólogo disgustado de sus días. ¡Que sabor tan acre y mordaz tienen sus ideas! El gesto para expresarlas es noble y levantado; pero no es sólo eso. Nunca, después de destruir, dió en la tarea de reconstruir, de levantar y enderezar su causa hacia sus propios ideales y de significar cómo eran y cómo podían realizarse. Los mismos idealismos suyos parecen más bien para un futuro muy lejano, que no para las horas de su tiempo. Es decir, esa era la consecuencia de su propia vida que fué siempre un calvario, un durísimo y crudo luchar; era también la consecuencia de una facultad negativa suya y desarrollada en alto grado; era su espíritu crítico, destructor e incorregible. El mismo Donoso parece reconocer esa condición cuando dice: «Moralista implacable, con un cabal sentido nietzscheano de la vida, com-

prendió más que otro alguno, el sentido trágico de la hipocresía». Después de todo, el estudio de Donoso es una pieza vibrante de cálido entusiasmo. Está de acuerdo con su alma inquieta, apasionada, fuertemente admirativa; lleva el calor y el aliento de un espíritu juvenil, fácil de dejarse arrastrar por las efusiones de su temperamento novedoso. Escribe con energía y condena con furor. Al principio, cuando comenzó su carrera, los espíritus de la forma dieron en condenar sus incorrecciones de gramática, pero esa era una crítica insincera. Hoy, si esas incorrecciones aun se conservan, y para mí no tienen valor, el punto de crítica a Donoso es otro: su excesivo entusiasmo que le impide ver con claridad; su falta de flexibilidad espiritual para entrar con sutileza, al modo de Ventura García Calderón, e las ideas y en los hombres. Nada más.

GUILLERMO FELIU Y CRUZ.

Emilio Rodríguez Mendoza.—

Oficial de la Academia Francesa.—*En Horas de Inquietud.*—Arno Hermanos.—Libreros Editores.—La Paz.—1920.—Imprenta Artística.—Socabaya 22.—4.º—253 pps.

No cabe dudar, que hoy como mañana, el principal esfuerzo literario de la accidentada vida de Rodríguez Mendoza, será reconocido en su obra de novelista y de introductor, resuelto y ardoroso, de las corrientes modernas del arte; y no, ciertamente, en el de su cotidiano oficio de periodista donde ha ido quedando enterrado, en la hoja volandera, mu ho suyo y que no representa acaso más que el

esplendor de la flor de un día. De ese pasajero esplendor que el tiempo va cubriendo con su pátina de vejez inexorable se salva este volumen, y no porque contenga las primicias de un talento madurado y artístico, sino por su condición de libro y nada más. Después de leer la última página de *Horas de Inquietud* queda en el espíritu una impresión dulce y agradable provocada por la variedad e incoherencia de materias, por el discurrir entusiasta y vehemente del autor, por sus semblanzas y recuerdos, y, sobre todo, por ese afán constante de llegar a dar al artículo de diario, dentro de su dolorosa actualidad, una forma artística, novedosa e incitante. Si ese ha sido el propósito del autor, debemos confesar que no lo ha conseguido, o que, por lo menos, nosotros no lo hemos descubierto. Sería entonces el suyo un arte demasiado simple que, si lo tiene como *croniqueur* Gómez Carrillo, a Rodríguez Mendoza le falta en absoluto. Sus páginas son menos nítidas, más confusas y sin esa estupenda flexibilidad del autor de *Almas y Cerebros*. Porque Rodríguez Mendoza, que en la novela llega al fondo de sus personajes y de las cosas en análisis de fina psicología, en el escrito periodístico apenas toca los interiores y sólo se contenta con las manifestaciones exteriores y a veces únicamente con lo que podríamos llamar accesorio. Pero no puede negarse que cuando mejor destaca su personalidad, es en el recuerdo de sus tiempos de mozo; allí comunica su espíritu y reviven sus días; sabe evocarlos y hacernos sentir el durísimo contraste de los nuestros que corremos. En *Horas de Inquietud* lo que menos me gusta es aquel

razonar a montón y aquel despifarro de escepticismo amargo y contagioso.

GUILLERMO FELIU Y CRUZ.

Eduardo de Salterain Herrera.—*Cartas Fundamentales.*—Ensayo de crítica epistolar con una noticia acerca del autor, de Salvador Rueda. Ilustraciones de Lila Pujadas Ferreira.—Flores Chans & Cía., Editores. Montevideo, 1919.—312 págs. en 8.º

Parece percibirse en este libro algo de la augusta huella de aquel *Tranquilo paso de Patricio* del maestro Rodó.

Rodó abarcaba en su prosa continentes y su frase no se animaba sino al calor de vastos temas humanos. Salterain, empero, trata de conservar en su frase el período del maestro y no conserva su mismo tono mayor. El asunto de sus prosas, al lado de aquel de las de su maestro Rodó resulta ínfimo. De ahí arranca el primero y el principal de sus defectos: falta de armonía entre el amplio período de la prosa magnífica y el tema, que, las más de las veces está muy por debajo del estilo. Esa tranquila serenidad y majestuosa elegancia de su estilo no la abandona ni al hablar de cosas violentas. Especialmente en una crónica, que data de 1915 y que es un poema en prosa en contra de las guerras, no pierde el autor su habitual modalidad descriptiva y razonadora.

En la forma liviana de cartas cuenta a Fabio las impresiones que le merecen los hombres y los hechos que tiene ocasión de ver. De esa manera toca los más variados puntos: desde la crítica de libros hasta las consideraciones sobre la alimentación y sobre los modos de entretenerse. Empieza, eterno hablador,

hablando del silencio. La condición normal de la naturaleza es el silencio, así como el bullicio lo es del hombre tal como nos lo debemos representar si lo imaginamos en su actual estado común. Del contacto del hombre con la naturaleza, compenetración que cada día es mayor, ha de resultar el conflicto. Salterain recomienda a Fabio en su primera plática, las excelencias del pensar en medio del silencio. Pensar en silencio y teniendo por tema el silencio es vivir de una cosa y para ella; es el pensamiento dedicado a investigar la causa que favorece su propio desarrollo. «Los hombres no quieren al silencio por miedo a pensar, y no quieren pensar por miedo al silencio», dice Salterain en una ingeniosa figura que nos muestra como los hombres huyen de dos cosas que no se pueden aprovechar en su totalidad sino juntándolas. El que habla mucho concluye por no hablar más que de sí, no dejando hablar a los demás, ni a las cosas, ni a los acontecimientos, y termina en un eterno monólogo que no es más que el canto de su culto egoísta.

El Uruguay es para nosotros americanos un laboratorio de reformas administrativas y sociales, mal que le pese a Mariano Latorre. Es por eso que a primera vista nos extraña que uno de sus escritores como Salterain ataque abiertamente el régimen ejecutivo colegiado (pág. 13) y haga observaciones irónicas a la Democracia (pág. 18) y al feminismo del divorcio (pág. 187) y a la *Página Femenina* de los diarios (pág. 279).

Después de escribir ampulosamente lo que ve, se dedica (págs. 250 a 251) a narrar lo que sueña. Salterain, en lo que dice haber visto,

manifiesta una tendencia decidida a amplificar hechos y conceptos. De ahí que esté tan bien al describir sueños que, dicho sea de paso, nada tienen de sentimentales.

En la carta XVI comenta, como lo ha hecho nuestro Angel Pino, lo antipático del individuo que se toma confianza excesiva con los que veranean con él, y describe a continuación la belleza de la vida campesina, «lejos del eco ronco de los poblados» y de la «árida estepa del hastío común». En otra parte defiende a Rodó y recoge el guante que innoblemente han arrojado contra la gloria del maestro los envidiosos y los necios.

Como todo buen reidor, no tiene dificultad para encontrar el motivo de sus burlas. Un recorte de un diario en portugués en que lo daban por muerto; un anónimo de un autor que se considera injustamente criticado, bastan a Salterain para hilvanar sus compactos capítulos.

En la carta XIII se dedica nuestro autor a analizar los motivos de contentamiento de la gente de «este poblado de Montevideo» como él dice. Unos se divierten en la Rambla creyendo gozar de las fingidas delicias de una playa artificial; otros imaginan encontrar un encanto irremplazable en la vida de restaurant; los más buscan en las conversaciones de salón y en la contemplación de la concurrencia de los teatros (ya que no de la representación) la alegría que no les proporciona su vida hastiada, y todos, hombres y mujeres de las más diversas edad y condición, se dedican al pelambre, para encontrar en él una dicha indefinible. «En toda la naturaleza se cierce tenue la melancolía del mundo» y el tedio

invade a todos los hombres, que van a buscar la mentida delicia de la vida urbana, dando con este motivo a los latigazos que les propina Salterain con su sátira.

Hace el autor más adelante consideraciones sobre el aburrimiento de las gentes y los chistes del carnaval que tan bellamente se celebra en Montevideo... carnaval, que cubre el rostro y descubre el corazón «¿Será que el carnaval, breve representación de la existencia, tiene aun más humana verdad que la vida diaria?» son sus pensamientos. Como se ve, al hablar de cosas alegres el pensador se ha tornado serio. El libro de Salterain es una extraña mezcla de cosas bien razonadas y de burlas. Es un pequeño filósofo y al mismo tiempo un reidor. La ironía y el pensamiento que define deben, por lo general, excluirse. En Salterain se armonizan, y su mérito está precisamente en eso. Dice por ahí: «...lo subjetivo, que es la asimilación de la realidad objetiva». «...poseer la dicha es una miseria, y una delicia, en cambio, el haberla poseído». «Pero tengo para mí, Fabio, que si el saber nos lo da la vida, el ser nos lo va ella quitando...» «...la filosofía, que aunque llamada la ciencia de la verdad, es el arte de errar omnímodamente...» «el intelecto advierte mejor la certeza en la vacilante frecuencia varia que en la categórica continuidad uniforme». Conceptos como los anteriores se encuentran a cada paso en las *Cartas Fundamentales*. La ironía, la otra parte de su personalidad literaria, sin ser punzante es demoledora.

Su norma es hacer de cualquiera exageración o de «cualquier vicio un tema de burla».

Termina su libro con algunas entusiastas críticas de escritores como Alfonsina Storni, Reyles, Lafinur, Vigil y Stefanich.

A veces el estilo de Salterain nos hace el efecto de un río que se desborda. En buena parte deben contribuir a ello el período tal vez demasiado extenso que acostumbra, la frase a veces inflada y ese «estilo metafórico y campanudo» que el mismo confiesa usar en algunas ocasiones. El vuelo que toma comúnmente es demasiado amplio y vasto para las pequeñas cosas que trata en sus crónicas.

En suma, el señor Salterain reúne en su libro dos cosas que, por lo general, se excluyen,—ironía y pensamiento hondo—y las expone con un estilo que si peca por algo, es por su magnificencia verdaderamente oriental.

VICTOR ALFONSO.

José María Cifuentes.—*Las Municipalidades en Chile.*—Santiago.—1920.—1 vol. de 51 págs.

Comienza el señor Cifuentes su interesantísimo estudio con una somera, pero muy exacta, reseña del desarrollo del régimen municipal en Chile desde que don Pedro de Valdivia fundó en 1541 el primer Cabildo hasta que, tres y medio siglos después, ese mismo régimen alcanzó su plena madurez con la promulgación de la ley de 22 de Diciembre de 1891. El señor Cifuentes, espíritu ampliamente liberal ¡quién lo hereda no lo hurta! no paga tributo a la necedad en boga de creer que el régimen de la comuna autónoma que esa ley estableció ha sido un fracaso total y ha ocasionado al país males sin cuenta.

Cree, por el contrario, que ella ha producido grandes beneficios, entre los cuales, con perfecta razón, cita, en primer término, la conquista de la libertad electoral, o, hablando con más propiedad, la extinción de la intervención gubernativa en las elecciones. Hasta 1891, en efecto, el Presidente de la República hacía a su sabor las elecciones, tan sólo en contadas ocasiones la opinión independiente lograba imponerse a su despótica voluntad. Desde 1891 para adelante, la influencia del Presidente en las elecciones ha sido escasa, casi nula. No tenemos, cierto es, elecciones propiamente libres, basta recordar para comprenderlo el escandaloso desarrollo alcanzado por el cohecho; pero, por lo menos, las elecciones no están en manos de un solo hombre, ni los abusos electorales constituyen el patrimonio exclusivo de un partido. Esto, por sí solo, basta, y aun sobra, para afirmar que la ley de 1891, lejos de haber sido un fracaso, fué un éxito brillante, el más grande que la República ha alcanzado, en el orden político, desde la promulgación de la memorable Constitución de 1833.

En el orden meramente administrativo, la buena ordenación del Gobierno local, no ha sido tampoco esa ley el fracaso de que con tanta ligereza se habla. No tenemos, por lo regular, fuerza es confesarlo, una administración municipal buena, ni siquiera mediana, principalmente en los grandes centros de población; pero tampoco la teníamos antes de que esa ley entrara en vigencia. Los defectos de antaño, con el transcurso del tiempo, los hemos echado en olvido y, en cambio, vemos y vemos muchas veces con vidrios

de aumento, los que hoy sufrimos. Basta, sin embargo, hojear la prensa de tiempos pasados para convencerse de que entonces como hoy había municipios negligentes, ignorantes, politiqueros y hasta poco honestos. En un punto, con el nuevo régimen, hemos ganado a ojos vistas. Antes todas las rentas municipales se invertían en beneficio casi exclusivo de la ciudad cabecera del departamento. El sostenimiento de una banda de músicos, el embellecimiento de la ciudad, el arreglo de sus calles, etc. consumían casi todas las rentas municipales. Hoy, con la creación de numerosísimas municipalidades rurales o en centros de población que no son cabeceras de departamento, esos fondos se invierten más equitativamente. Se benefician con ellos los campos y las aldeas que estaban antes totalmente abandonados. Quien recuerda los campos y las pequeñas poblaciones de hace treinta años y observe los de hoy, puede darse cuenta cabal del cambio que han experimentado. Entonces, todo era abandono, no existían rastros de los más elementales servicios locales; hoy, son numerosos los municipios rurales que sostienen dispensarios y escuelas; que atienden los caminos; que mantienen servicios médicos, de alumbrado, etc.

Y, como acertadamente lo observa el señor Cifuentes, si la ley no ha producido todos los beneficios que de ella lógicamente debían aguardarse, ello se debe, en primer y principalísimo término a que Gobierno y Congreso han confabulado sus esfuerzos para que esos beneficios no se produzcan. ¿Como? De una manera bien sencilla. «Por una parte, se las ha sitiado por

hambre, privándolos (a los municipios) de los recursos más indispensables. Por otra parte, se ha ido retirándoles las atribuciones y los servicios que le son más esenciales. Si no tienen rentas ¿cómo obligarlos a prestar servicios? Si no prestan servicios ¿para qué aumentar sus recursos?

«Primer círculo vicioso que ha engendrado otro círculo semejante.»

«Si las municipalidades no tienen servicios ni rentas; si, por lo tanto, es imposible hacer en ellas labor útil, ni mucho menos honrosa ¿cómo conseguir que acepten el cargo de regidores, personas respetables y preparadas? Si esas personas se ausentan de las municipalidades ¿cómo confiar a estas, servicios importantes y recursos cuantiosos?

«Así se ha conseguido dejar al municipio autónomo sin rentas, sin atribuciones, sin hombres capaces y probos que los administren. Es la muerte por asfixia. (Pág 27).

Cada una de estas afirmaciones las comprueba el señor Cifuentes con la cita de las numerosísimas leyes que, una a una, pero sistemáticamente, han ido mermando las rentas municipales o sustrayendo a esos cuerpos atribuciones de importancia.

El remedio a todos estos males lo divisa el autor, principalmente, en una modificación del electorado municipal. En su concepto, «nada sería más conforme al precepto constitucional (artículo 116), a la justa representación de los intereses, a las conveniencias más claras de la administración local, al concepto mismo de un régimen democrático serio y eficaz que el entregar a los contribuyentes la elección de los

alcaldes y a los electores comunes la de los simples regidores.»

«No se tema, agrega, que esta solución fuese insuficiente. Para asegurar su éxito podría aumentarse el número de alcaldes; pero, aun sin recurrir a este arbitrio, ella bastaría para obtener en la práctica la constitución de mayorías serias y dignas de confianza. A los buenos elementos que levantara el electorado de contribuyentes se agregarían los buenos elementos que también triunfan, aunque por excepción, en el electorado común. Y saneadas así las mayorías municipales, esto contribuiría a alejar a muchos candidatos no deseables, que verían ya como problemático, sino como imposible el ejercicio de sus malas artes en la administración local.

«Esta proposición hallará, sin duda, resistencia. La hallará en los ideólogos, enamorados de la quinta esencia de la democracia, ideólogos cuyas teorías pertenecen más bien al dominio de la comedia que al de la ciencia política; pero cuya obstinación basta a veces para detener las más sensatas reformas.

«Curiosos engaños de la opinión! Ella puede ver pacientemente y hasta con indiferencia que se despoje a las comunas de todas sus atribuciones; que se transfieran estas a otras entidades sin origen popular; que las municipalidades sólo tengan de tales las apariencias; pero no consiente que dejen de ser elegidas en la forma democrática más pura. Esto le basta para su satisfacción. Los alcaldes y regidores estarían convertidos en maniqués inútiles; pero esto no importa mientras sean designados por el sufragio netamente universal.

«¿No sería mejor para la demo-

cracia misma que el pueblo eligiera menos municipales, pero que los que eligiera tuviesen verdadero poder? ¿No sería mejor para la democracia misma que los servicios municipales marchasen con mayor regularidad? ¿No sería mejor que hubiese menos amplitud en el sufragio y más verdad y más justicia en la representación?»

Propone, asimismo, el señor Cifuentes que se cree un régimen especial para Santiago y Valparaíso, que se remuneren generosamente las funciones alcaldicias, etc.

En Chile, el país por excelencia de la crítica negativa, señalamos con gusto a la atención pública un libro como el del señor Cifuentes en que se exhiben defectos y se indican sus remedios; un libro en que faltan por completo las declamaciones y se estudian en cambio concienzudamente los hechos; un libro, por fin, en que no se alardea de falta de confianza en las soluciones de libertad.

X.

Máximo del Campo.—*El Conflicto del Pacífico.*—Santiago.—1920.—1 vol. de 56 págs.

Demostración clara, elegante y, sobre todo, contundente del buen derecho de Chile y de la absoluta inanidad de los mujeriegos clamores peruanos.

El señor del Campo pone el dedo en la llaga cuando afirma que la mala voluntad del Perú para Chile, mala voluntad que desde hace cerca de un siglo perturba las relaciones entre ambos países y estorba su progreso, arranca su origen de un inconfesable sentimiento de

envidia. El Perú no puede perdonar que la última, la más remota, pobre y atrasada de las colonias hispanoamericanas, sin el auxilio de nadie, por la sola pujanza de sus hijos, le arrebatara a él, el orgulloso y opulento virreinato, la hegemonía política y comercial del Pacífico.

A esta causa inicial de mala voluntad, pueden agregarse otras, tan innobles como aquella. Chile, en ocasiones repetidas, ha prestado al Perú servicios señalados. En 1820, cuando todas las colonias llevaban diez años de rudo batallar por su independencia y las más de ellas la habían ya definitivamente conquistado, Chile, con enormes sacrificios, equipó una escuadra y armó un ejército y envió a ambos a pelear por la libertad del Perú, que, sumiso e indiferente, se mantenía bajo la dominación española. Esas fuerzas y el dinero chileno contribuyeron eficazmente a la independencia que el Perú obtuvo, mal de su grado, gracias a extrañas ayudas, no a esfuerzos y sacrificios propios. Años después, el Perú, sumido en la más tremenda anarquía, fué fácil presa de un esforzado caudillo boliviano que, en el hecho, respetando apenas las formas, le arrebató su independencia. Dos expediciones envió Chile para devolvérsela, lo que consiguió a costa de enormes sacrificios de sangre y de dinero. Treinta años más tarde, una mala aconsejada política movió a España a tentar la reivindicación de las que habían sido sus colonias. Amagado por esa política el Perú, Chile hizo al punto causa común con él, lo que le valió, entre otros infinitos perjuicios, el, para los españoles, tristemente célebre bom-

bardeo del puerto indefenso de Valparaíso. Todo esto, amén de las numerosas ocasiones en que Chile, con discretas mediaciones, con bien intencionadas influencias, evitó al Perú dificultades de todo orden, hasta guerras que estaban próximas a estallar.

¿Y cómo pagó el Perú todos estos inapreciables servicios? Como los pagan las almas mal puestas; con una hostilidad sorda y permanente, que se tradujo en guerra de tarifas, en esfuerzos por concitar a Chile la enemistad de las naciones vecinas, con vergonzosos recursos, propios de deudores tramposos, para evitar el pago de lo que le debía; con el cuadrillazo que trató de darle con su famoso tratado secreto de 1873, etc.

Y con todos estos antecedentes, los peruanos se dicen víctimas, afirman que nunca quisieron la guerra, que hicieron lo posible para evitarla, hasta que Chile los arrastró brutalmente a ella. A todas estas falsedades, opone acertadamente el señor del Campo un testimonio poco conocido, que emana de la propia Cancillería limeña: las instrucciones que el Ministro de Relaciones Exteriores Riva Agüero dió al Ministro del Perú en La Paz, La Torre, el 6 de Agosto de 1873.

«Así, pues, le decía, lo que a Bolivia conviene es no perder tiempo en dilaciones inútiles, que a nada conducen sino a permitir que Chile se arme suficientemente. Si el Gobierno de Bolivia comprende sus intereses, si quiere no perder todo o parte de su litoral, debe decir de una vez su última palabra respecto al tratado de 1866 y de la Convención Corral-Lindsay; debe romper definitivamente esos pactos, bien

sea haciendo que la Asamblea Extraordinaria desapruébe el uno y resuelva la sustitución del otro, por los insuperables inconvenientes que ha encontrado en la práctica, bien sea adoptando otro medio que conduzca al mismo resultado; *pero procurando siempre que el rompimiento de relaciones no lo haga Bolivia, sino que sea Chile quien se vea precisado a llevarlo a cabo.* Rotas las relaciones y declarado el estado de guerra, Chile no podrá ya sacar sus blindados, y sin fuerzas bastantes para atacar, con ventaja, *se verá en la precisión de aceptar la mediación del Perú, que, en caso necesario, se convertiría en mediación*

armada, si las fuerzas de aquella República pretendiesen ocupar Mejillones y Caracoles.

Y los que tales consejos daban se atreven aun a declararse arrastrados a la guerra, se atreven a decir que el tratado secreto fué puramente defensivo!

Mucho alargáramos esta nota si diéramos en ella cuenta de todo lo bueno y de todo lo nuevo que el estudio del señor del Campo contiene. Basta a nuestro propósito llamar la atención pública hacia él y recomendar encarecidamente su lectura.

L. A. A.